

Max Aub

CAMPO CERRADO



Lectulandia

Rafael López Serrador, un joven castellanense que llega a Barcelona en los preámbulos de la Guerra Civil. Allí encontrará una atmósfera de efervescencia política, de enfrentamientos dialécticos y físicos, de crispación y ruindad muy distinta al ideal adolescente que le llevó a tomar el tren y alejarse de sus orígenes. Esta obra constituye la primera entrega de la mítica serie denominada *El laberinto mágico*, el monumental retablo de Max Aub sobre la guerra civil española y sus consecuencias, con el que quiso escribir los penúltimos Episodios Nacionales de la literatura española, tomando cumplida venganza en esa otra forma de memoria que es la escritura de los desmanes de la guerra y del olvido.

Lectulandia

Max Aub

Campo cerrado

El laberinto mágico 1

ePub r1.5

ugesan64 31.08.14

Título original: *Campo abierto*

Max Aub, 1943

Diseño de cubierta: José Belmonte

Retoque de cubierta: orhi

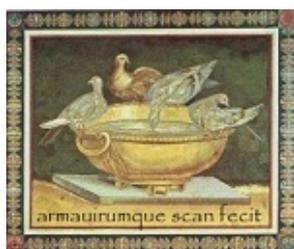
Editor digital: ugesan64

Corrección de erratas: dekisi & Josebagotxon (r1.3), Josebagotxon (r1.4), nixkevan (r1.5)

ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

PRIMERA PARTE



1. Viver de las Aguas

De pronto se apagan las luces: las diez, la luna luce su presencia en las paredes jaharradas: el jalbegue se parte, mitad blanco, mitad gris. El silencio corre por las calles del poblado como un calofrío, de la cabeza a los pies, desde la plaza al Quintanar Alto, ya pegado al alcor. Primeros de septiembre y el aire frío bajando por el Ragudo; más arriba las estrellas de monte, tachas del viento.

La plaza, por ocho días ruedo verdadero, apuntaladas las fachadas limpias de derrengaduras con escaleras y tablones; el casino adargando su última luz tras las talanqueras; en el centro, la fuentecilla barroca con su canto de agua de cuatro caños recobrando su calaña de abrevadero; la plaza, acabadas de tocar las diez, ombligo del mundo. Mil quinientas almas y la Raya de Aragón. Hacia abajo, caídos hacia la mar, por Jérica y Segorbe, los pueblos de Valencia; cuesta arriba, por Sarrión, el áspero, desnudo camino de Teruel.

El reloj de la iglesia tiene la luna de cara; a todos les baraja el regustillo del miedo con el de la espera, un no se sabe qué otea por las espaldas; hay menos aire entre las gentes. Las diez y cinco: un rumor levanta su cola, asoman por los postigos las cabezas de los valientes, ya corren y cazcalean frente a la casa del notario y la contigua del doctor los que quieren presumir el tipo, puesto el ojo a las hijas en edad de merecer, agrupaditas en los balcones de los probos funcionarios, con su dote por delante y el pretendiente detrás, bálano en ristre, manos invisibles bendiciendo la oscuridad. Las blusas negras de viejos renegridos, que no quieren dar su brazo a torcer por los años, se escurren por las paredes. La albórbola recibe su corrección inmediata: un murmullo la acalla.

En lo más remoto de su memoria Rafael López Serrador no halla un recuerdo más viejo; de su niñez es ésa la imagen más cana: el momento en el cual, por las fiestas de septiembre, van a soltar el toro de fuego; eso, y el ruido del agua viva por la tierra: fuentes, manantiales, acequias.

El toro de fuego siempre ha matado a cinco o seis hombres: un animal bárbaro y terrible, mejor encornado que «Fávila», que el 89 mató a ocho en Rubielos de Mora; su dueño, a quien los niños tienen por rico y misterioso, pasea el basilisco de feria en fiesta; algún año, cuando la pez lo ha dejado cegato, echan el bestión a unos torerillos para que acaben con él. Cuéstales Dios y ayuda, cuando no corralones, porque el bicharraco sabe ya más que Lepe. El ganadero toma café en el círculo maurista. Los chiquillos le rodean a prudente distancia: «Ese es, ése es».

Las vaquillas corren, los mozos las jalean y les dan cantonada; la gente, hombres y mujeres, sale a recibirlas por la carretera en busca del susto, (¡ay, qué susto!), del miedo, (¡ay, qué miedo!), de la topada y del escalo de las rejas de la casa amiga perfectamente determinada de antemano, o del amparo de las cercas, murallones y

albarradas de las veras del camino. Los hombres llevan gayatos y blusas negras, los veraneantes van en mangas de camisa; hay quien intenta quiebro y sale con los calzones descalandrajados para mayor burla y risotada. Polvo y cerveza, carreras de cintas mientras la banda enhebra pasodobles.

Pero el toro de fuego llega por la noche y está solo en las orillas del río, nadie se atreve a citarlo. Por veredas y balates van mayores y mocosos desde las primeras horas de la mañana a divisar y apreciar el ganado. Se apacienta éste en las márgenes de la torrentera, medio escondido por los carrizos, en una madre seca y cantalinosa. Los olivos y las higueras sirven de burladeros. Las señoritas dan grititos que animan al jabardillo. Los novios se apartan a derecha e izquierda «para ver mejor», según aseguran, y sofaldar sin sobresaltos. Hay quien almuerza. Allá abajo, sin dar importancia a los torillos que pacen, cruzan hacia el pueblo tres cavatierras, segur al hombro, colilla terciada, salivazo trallero:

—¡*Paece* que nunca hayan visto animales, rediós!

Una mula remacha el lendel circular de un azud quintañón y martillea el jolgorio con el ritmo de sus pezuñas ciegas; corre un agua estrecha. Rafael Serrador pasa el meñique derecho de su fosa nasal diestra a la siniestra, bájase luego a coger un guiyo e intenta largarlo al río, y se queda corto. Otros, ya muy crecidos, lanzan a voleo pedruzcos a los lomos de las vaquillas. Algunas, las menos, levantan el testuz y miran indiferentes, otras, a lo sumo, adelantan un paso, el belfo rastreante en busca de hierbajos escuálidos entre tanta cárcava.

El río corre al amparo de una cortadura que raja, del ocre al cárdeno, los verdes de la ribera contraria. Las aguas se saben y adivinan tras el cañaveral; donde muere la corta se ven las aguas arremolinadas. El cielo, de su propio azul; rayándolo crascitan unos cuervos. Ya llegan las gentes que salen de misa, atajan por las albardillas y los caballones, despreciando sendas, pisando alfalfas, las enroscadísimas calabazas, las cebollas; roban uva y melones.

—¡Así reventaran *tós*, hijos de la gran madre que los parió! —rezonga un ganapán que trabaja un cuartel, al socaire de un paredón a medio derruir, en el camino del barranco, cuando cada año, tras las fiestas, tiene que recavar ardillones y replantar cercas y varasetos. Entre el sendero y el cuadro corre la acequia, menean las clarísimas aguas transparentes ovas sobre musgos, crecen los culantrillos por los balates. (Ahora hace dos años estuvo Rafael en cama de un fuerte resfrío y le dieron, para curarle, culantrillo en infusión). La madre es un tanto rabisalsera y amiga de gaiterías. Hay quien mira a Rafael y dice que se parece a su padre. Aquello le choca: le parece lo natural, pero se da cuenta de que no es verdad. ¿Qué quiere decir con eso la gente? El padre es corto y negro. Rafael está contento de parecerse a su madre, más alta; con su corpiño negro, su falda negra y su pañuelo anudado en la garganta, cuando tiene que salir, sobre todo si lleva zapatos abotonados, con un dedillo de tacón

y puntera fina.

Ya toca la música dándole a septiembre el calor que le falta. Vino el diputado y su familia. El registrador, el boticario y don Blas bajan cada día al casino; se runrunea que este año habrá un día más de vaquillas. El padre sigue maldiciendo de todo lo habido y por haber: desde el lunes hay un tren más, de Valencia al pueblo y viceversa, y el ómnibus amarillo que él lleva y trae a su trote mulero tiene que hacer cuatro viajes suplementarios, del pueblo a la estación, llueva o solee. El faetonte es republicano y enemigo de las vaquillas, que tiene por espectáculo bárbaro y retrógado, pero no falla el verlas. Las moscas parecen soliviantarse por aquellos días, dan más que hacer que nunca; a la hora de la siesta óyese el runruneo silboso que forman, alrededor de ligas y vinagres —colgadas las unas, engañosas con su terrón de azúcar los otros— en sus desesperados esfuerzos sobremosquiles por no malmorir.

Hacia el sur, por el abra de Jérica, se descubren lejanías azules y verdes; hacia los nortes sólo se encuentran carrascas, jarales, tierra de nieve: lo uno horizonte, lo otro monte.

De la cocina del Casino bajan, todavía calientes, empanadillas de pescado: doradas, la masa curcurrosa, la panza mollar, el olor del buen aceite, la pasta vuelta sobre sí, encerrando tras el borde bien horneado las tiras verdes o granas de los pimientos asados gustosamente casadas con el rosicler del atún desmenuzado, el carmesí o la rojuela color de los tomates fritos, el amarillejo de los piñones enteros. Resbalan por las mejillas de los niños bien vestidos unas gotas azafranadas dejando un reguero brillante.

—¡Tu traje nuevo, José Luis!

—Los pimientos son de la finca.

Córrese la voz. Don Blas se arrellana.

—Los ha ofrecido al casino.

En el umbral se apelotonan los chicos del pueblo, procurando despuntar cabeza.

—Los pimientos son *tós* de la finca.

Miran con entusiasmo cómo se repapilan los sentados.

—¡Mejores que los de Martí, don Blas!

—¿Cómo se va a comparar?

—¡Aquí no hay química que valga, ni invenciones!

—Al pan, pan, y al vino, vino.

Y don Blas, cruzando sus manos de abad:

—El buen paño en el arca se vende.

Al toro de fuego le tienen atado y cubierta la cabeza con un saco, en una jaula de madera, formada con estacas bajo el sotechado de la casa del tío Cola. En cada cuerno le fijan una gran bola de alquitrán sostenida por unos flejes de hierro, ya las encienden y flamean, ya sueltan el pavoroso bruto. Por las calles blancas y negras

culebrea la serpiente del terror pánico.

Anúnciase por su luz. Tíñese la cal del más leve rosear cuando todavía le separan cincuenta metros de la esquina inmediata. Aparecen larguísimas sombras; a todo correr se empequeñecen, reduciéndose a la nada para volver a surgir, creciendo contrarias según la carrera del basilisco. De portones, portaladas, portillos y balcones, recovecos, esquinas, escaleras y mástiles, de la plaza y de las calles ligadas entre sí en círculo para que el toro persiga su propia sombra hasta que se le acabe, surgen, se alzan, levantándose los unos a los otros, gritos y voces, clamores y chillería. ¡Ya viene! ¡Ya llega! ¡Ya está ahí! Lo llaman, lo desean, lo quieren y cuando la luz, las llamas, la bárbara mole nocturna se abalanzan por el callejón, vuélveseles pavor el deseo, como tras un primer coito frenético y furtivo.

¡Ya viene! ¡Ya llega! ¡Ya está ahí! Pasa la bestia velocísima, huyendo de sí misma, viril maldición ardiente, mito hecho carne y uña, con olor de cuerno quemado. Ya se despeña hacia arriba, ya vuelven la luna y su sombrilla leve por la lechada nueva de los paramentos. Ronda el toro su forzado circuito; el amplio rumor de la plaza señala a los espectadores de las callejas la vuelta cumplida.

¡Ya vuelve!

Busca ardiente cinco, seis, siete veces su salida inalcanzable. Rueda su fuego. Párase frente a una casa, revuélvese en un callejón sin salida; baladran las mujeres, cían los valientes. A lo tarde se entablara a la querencia del campo en una esquina de la plaza. Los más osados, viéndole rendido, se atreven, desde lejos, a desafiarlo, sálense de naja al menor reparo del bruto. Rafael Serrador odia a sus convecinos: al Mario, al Pindongo, al tío Cuco, al Tartanero, al Serranet, que se lanzan ahora a citar el espléndido animal. «¡Si los moliera!».

Todas las tertulias del pueblo, de la del Casino a la del Círculo Radical —que ahora se llama Unión Patriótica— condenan durante 357 días al año la cruel costumbre; nadie, sin embargo, cuando llega la época de las fiestas de septiembre, deja de desear la aparición mítica del toro de fuego. Rafael Serrador quisiera, con la fuerza de sus ocho, de sus diez años, que el toro la emprendiera con todo el pueblo, que no dejara piedra sobre piedra; y se figura, en su noche, el pueblo humeante y todos sus vecinos malheridos, y por los cielos una gran procesión de toros de fuego en forma de arcoiris. El corre por las ruinas, camino de la escuela, quemándose los pies con los rescoldos. Porque la aparición del toro de fuego prejuzga ya la vuelta a clase. A Rafael lo mismo le da ir como no ir. Don Vicente es inocuo y lleva barba; ha perdido toda autoridad desde que todos saben que le ha hecho un chico a la hija del montanero de don Blas. ¡Un tío puerco! —dicen los padres—. ¿Cómo va a atreverse a castigar a los niños? Estudia el que quiere. Rafael no es de los peores. En casa hay dos libros que su padre le ha prometido dejarle cuando sepa leer bien: una historia de la Revolución Francesa, de don Vicente Blasco Ibáñez, y el otro, sobre los

romanos, de don Emilio Castelar. Alguna gallinácea ha pagado con su vida el olvido de defecarse en ellos.

A Rafael le suele despertar el cloquear de las gallinas a la altura de su cabeza. Los polluelos van y vienen por los aledaños de su jergón. Para entrar en la casa hay que bajar dos escalones. El corredor no está enlosado, la tierra batida por generaciones se basta sola. A la derecha viven las mulas, la una se llama «Lucera», la otra «Gabriel». Murió hace años una que se llamaba «Fraternidad», para escándalo de bienquistos, cuando, en el recuesto, el carruajero arreando zurriagazos en los lomos del penco, guiñaba el ojo volviéndose cariaçado, gritando con segundas:

—¡Toma, Fraternidad, y que no se entere Gabriel!

Con las mulas engorda, una vez al año, un cerdo. Suelen llamarle «Perico».

—El Perico de hace cinco años, cuando se casó la Juana, ¡aquél sí que era...!

La casa huele a establo y estiércol; cuando Rafael remira su niñez percibe el vaho y el tufo a muladar de la casucha, lo blando de la paja nueva, el lamedal de los excrementos podridos. Tras un portalón descansa un solarcillo donde cabe justo, alzada la lanza, el deslustroso y amarillento ómnibus, fuente de vida.

Cada año, con la vendimia, nace un crío. A veces se muere, otras no. Entonces se va alzando, sucio, con costras, granos, ulcerillas y lagañas, sin conocer lo que es el frío ni el hambre, porque son su aire y su alimento. Crecen renegridos, escuetos y duros, muy hechos a hacer lo suyo y a no importarles un comino los demás, como no sea, muy luego, el sexo de sus hembras, que tienen en mucho, y las caballerías, que aprecian otro tanto: lo atestiguan dichos y canciones: todavía llegan allí los zorongos y las jotas; se las oye por montes y campos.

Mueren por aquella tierra los olivares; más arriba sólo quedan carrascas, jaramagos, romero y zarzas. Los inviernos son largos y con nieve. Ido el toro de fuego, muérense los campos quedándose quietos. Algunos perdigachos más listos que el hambre salen duros al menor ruido. Las casuchas pardas sólo saben del cielo por los lentos humos de sus chimeneas. El agua sigue corriendo igual a sí misma. Por los campos dormidos va y viene cada día el carromato amarillo del padre de Rafael Serrador. Cada día las pocas palabras que se cruzan son para tratar de la compra de una camioneta de ocasión, una Ford casi nueva, carrozada que no se puede pedir más. El tráfico es escaso, sólo los días de mercado en Segorbe bajan unos cuantos del pueblo para volver a la noche. No traen en los ojos ni reflejos del pueblo grande.

Los años van cayendo y Rafael Serrador los atraviesa; crece poco a poco sacando la cabeza por unas hojas enormes que cada año, cual corteza, caen sobre la serranía añadiendo canas donde ya no cabe gloria. Ya deletreó los dos libracos sin enterarse de gran cosa; ya le tienen por mayor y le mandan a Castellón, de aprendiz en una platería. Aquel año, por casualidad, no hubo toro de fuego; había gobernador nuevo de la víspera y, con el acostumbrado lujo de adjetivos laudatorios en la prensa local,

prohibió las vaquillas en toda la provincia —siempre dispuesto a conceder autorizaciones especiales—. Como pedía más que los anteriores y no hubo tiempo de regatear ni modo de complacerle, quedóse el pueblo sin toro y el gobernador como político «nuevo» y hombre integérrimo.

2. Castellón de la Plana

Castellón es un pueblo chato, ancho, sin más carácter que la falta de él. Las casas son blancas, con un piso a cuestras, desván y terrado donde secar la ropa; sin más fantasía que el zócalo imitando mármol, veteado gris, rosa o verde. Las impostas y las cornisas sin adorno; los balcones corridos, de serie; las barandas, jarrones o voleos que el moldeador haya tenido a bien enviar al maestro de obras; las persianas, verdes o sucias. De tarde en tarde —una docena por toda la población— un caserón estilo «renacimiento español» con blasón y tragaluces de cemento portland, el dintel y el friso rameado, las pilastras de estilo incierto, gran portal, gran balcón de forja, todo ello rematado con florones esféricos, veleta y pararrayos; las maderas pintadas de oscuro resaltan sobre la cola gris pinteada del blanco de las falsas piedras; cruzando la barandilla, una palma con su lazo descolorido; da la argamasa en cartón, la madera en papel, el aire en pataratero, rimbombante, pompeado. Las calles anchas, el calor pegajoso, los carros muchos; el polvo se releva, retuerce y deposita a capricho de las blandas tolveneras de cada esquina: no levanta polvo el viento sino el propio polvo.

El mar no existe; hay puerto a lo lejos, y su comercio. Los negociantes —tez parda, nariz cinzolina, manos rugosas y duras, mesas escritorios con salvadera, poco amigos de filaterías— garganteros, desconfiados, regateadores, gustosos de cierto toreo efectista, agarrados a muerte a las rejas de los bancos, viven para su comercio; todos son hijos de la tierra rojal, ricos por herencia, mohatra o tozudez; no tienen más Dios que sus naranjos, ni más Virgen que la de los Desamparados (la patrona es la Magdalena, pero se la tiene en menos que a la valentina). Andan con blusa negra, camisa blanca, sombrero negro, pantalón negro, zapatos negros o alpargatas blancas, luciendo sus cheques, sus amigos de Hamburgo o Liverpool, sus perros de caza. El que más y el que menos estuvo en *Les Halles* o en Bremen; traen de Europa un gran desprecio por lo que no sea suyo.

—*Xe, allà fa molt de fret.*

Para ellos la cocina con mantequilla es un insulto personal. Hay quien se ha pasado meses y aun años nutriéndose en París o en Londres de huevos pasados por agua y jamón, y de este último tienen mucho que decir:

—Lo llaman jamón de Parma y lo venden italianos.

Todo vive de la naranja, que es sagrada —ella, sus manipulaciones, sus cursos, los abonos, los fletes, la temperatura y los cambios—. Lo demás inexistente: importa la tierra y su cuidado: a nadie se le ocurrirá construirse una casa a orillas del mar, sino huerta adentro, aunque el calor y los cínifes le obliguen a vivir a oscuras y a dormir entre tarlatanas. Los baños llegaron hace poco, y por el qué dirán, que en el mar, nunca —o, a lo sumo, mojarse las posaderas un día en San Sebastián, después de la feria de Valencia, en compañía de la cónyuge, para dar que hablar—. El pescado no

suele ser plato corriente, como no esté dignificado por el arroz. Cuando se habla de agua se sobrentiende siempre que es la de riego. No hay rico que tenga canoa automóvil, coches, sí: Castellón de la Plana, paraíso de los Ford y de los Chevrolet; América del Norte les suena muy fuerte en los oídos y en las imaginaciones, y se ha injertado, estos años, mucha «California».

El Casino es el Casino, muy Renacimiento español, más Renacimiento español que todo, con sus partidas de julepe, de dominó y sus tiradores: porque aquí, y en Valencia, el tiro de pichón no tiene el tono aristocrático que cobra en Andalucía o en Madrid.

Alrededor de los naranjeros vive la ciudad, secuela de sus granjerías. En los penetrales sus: «mi señora», sin faja, en unas mecedoras, abanicando desmazaladamente sus sobaquinas; la anea se comba al peso redondo y blandengue; una alcarraza suda sobre un velador, cubierta con un paño de cáliz.

—La Enriqueta, la Felisa... doña Perpetua... don Martín... En casa Pampló...

El gobernador es de tercera; las mancebías, pocas y sucias; los cafés se oyen de lejos: el dominó es el juego capital. Los únicos trabajadores que se ven son los carreros; las fábricas están en las afueras, la estación en la periferia; país de recaderos, ciudad quieta, lenta, pequeña, blanda y rica. Un Ateneo languidece frente a una acacia y algún maestro de escuela escribe modosos versos en valenciano.

Un borracho es un acontecimiento; Rafael Serrador entró al servicio del borrachín del pueblo; los primeros días miráronle con lástima unas boquirrotas. Le sorprendió y les hizo visajes. Alzáronse de hombros, diéronle la espalda y le dejaron en paz.

Lo que importa no es el platero —carantamaula y por mal nombre, el Rioja— sino la platera: baja y regordeta, mofletuda; la boca, la nariz y la barbilla caben en un duro, lúcele un tantico el apéndice; huélele a lo que se dirá el aliento; tiene el mentoncillo partido como un melocotón; los ojos lelos, el pecho grande y alicaído, las caderas al vuelo, los tacones altos y un delantalillo finolis. Dicen que están casados por detrás de la iglesia y ella se adarga barbullando chismes a voleo: lo sabe la ciudad, tiénele por ello cierto respeto y vienen, so capa de fírmales o arracadas, a cazar a la queda, a lo que caiga, a costa del procurador o del sobrestante.

La tienda hace esquina, estuvo pintada de blanco con filetes dorados; el mostrador impide el paso al taller donde el maestro le da al tas lo que el trabajo dispone y el vino permite. Los escaparates se hacen a montón, los géneros se desparraman en orre, las novedades se cubren de polvo con la suficiente rapidez para no diferenciarse de las maulas. Las principales diversiones son los viajeros de comercio y los mandilandines. Suele intentar la dueña enredar a los primeros con cierta filis, en busca de descuentos; algún simple se deja engañar y la cariampollada se crece sobre sus tacones; tiénese por gran comerciante, no deja de recordárselo cada noche a su legítimo: ¡Si no fuera por mí! Las ventas son al menorete, aunque algún revendedor

viene de cuando en cuando al hilo de la recova; sale entonces el platero al palenque con su gandaya a cuestras para discutir precios y cantidades.

La criada tiene quince años y tamaño de doce, las choquezuelas cárdenas de tanto darle a la aljofifa, las carnes magras, los ojos grandes y morenos, el pelo como tizne, las téticas limoneras, las articulaciones al parecer desgoznadas cuando trae y lleva el cubo de agua a la atarjea. Suélela ludir Rafael por puro gusto, sin saber por qué; ella lo rechaza con desvergüenza. Gusta de oír lo que no le importa; llámanla ya «la Piruja», y se suele probar pinjantes, manillas o brocamantones cuando los amos andan en otros menesteres. Rafael siente cierto respeto por la rabisalserilla que, además, conoce la población como pocos y anda siempre a la caza de noticias para los plateros, porque no hay nada que importe más al negocio como saber a tiempo de bodas y lutos. —Este año no hay bodas, dícese para declinar cualquier oferta ininteresante. La importancia de una coyunda precipua se mide por el número de azucareros, convoyes y estuches de seis cucharillas de café del mismo tipo que los interesados coleccionan. Los lutos dejan menos, pero son más; el comercio está especializado en ellos; cadenas para abanicos y de reloj, leontinas, pendientes, peinecillos y gemelos, pinjantes, rosarios y ajorcas, alfileres, imperdibles y botones, monederos, dijes y collares, abalorios; todo negro, de cristal, corozo, madera o acero pavonado adornado con falsas ágatas o azabaches, o sencillamente de latón pintado; lo largo del luto mide la respetabilidad.

Rafael entró para recados y teníanle de trajín todo el día. Cuando no andaba correteando y le tentaba —y se dejaba tentar de ella— una silla, recibía un escamón o un cachete, que de todo había, una orden y un plumero:

—Quita el polvo, majareta. ¡Si no abriera una el ojo!

Dábale a las plumas hasta que la platera le enviaba a otro mandado. No solía la dueña estar en la tienda, sino en sus adentros. Lo sabía la clientela y la llamaban; a voces, después de un precipitado «ya voy» tardaba en salir, sofocada y arreglándose el moño brillante de bandolina. Tomaba entonces su aspecto más impertinente, levantaba las medias almendras de su barbilla, mirando al intruso y cortándole con tajante:

—¿Qué quería?

Miope que era sin querer reconocerlo. Quien se atrevió a recomendarle un oculista viose cubierto de improperios:

—¡Métase en lo que le importa! En su casa falta gente y aquí aire. ¡Miope yo! ¿Yo con gafas? ¿Qué se ha creído?

En cualquier otro momento era la obsequiosidad misma, melosa, dándole coba al más pesado, desollando al ausente. Debíanse estas ausencias y tardanzas a la descocada rijosidad del personajillo. Bastábale probar bocado de su gusto o echarse al coleteo un vaso de vino, al que no tenía en mucho, pero que apreciaba como vehículo

de sus carnalidades, para, si el negocio lo permitía, acorralar al platero en un rincón, quillotrarlo y enredarse a él en las posturas más incómodas. El la solía enristrar a la buena de Dios, pensando que algún día aquello se acabaría con la muerte. En la involuntaria altanería de la tendera, interrumpida en sus naturales retozos, debía verse la preocupación de no transmitir al cliente el tufo fétido del platero; combatía ese hedor atiborrándose de pastillas de menta cuyo olor formaba, para quien hubiese sospechado algo, la cola, remate, girándula final del amor.

A la noche emborrachábase el patrono, en casa o fuera; cuando esto último sucedía, traíalo el sereno hecho un mar de lágrimas. La mujer lo desnudaba sin decir ni pío, y con delicadas atenciones; eran los únicos momentos en los cuales le mostraba ternura, lo lavaba, peinaba y encamaba como un niño pequeño. Cada luna le traía una ilusión de preñez; a pesar de ciertas precisiones médicas, podía más el deseo. Rafael no entendía de esos altibajos del humor. Menstrualmente se le agriaba el carácter a la dueña, guiñábale el ojo la Piruja, pero él se quedaba *in albis*. Cuando el platero no estaba bebido, poníale la señora como un trapo y él lo aguantaba.

Otro personaje importante de la tienda era el michino, un gato blanco de pelo largo y fino, ojillos de almendra verde jaspeados de jalde, zaíno para los desconocidos que le carantoñearan, muy sabedor de sus prerrogativas, celoso de sus dominios. Traía locos a sus amos, desvelados en todo momento por su humor, su salud y posibles deseos; lucía gran collar y placa, candado y toda la pesca. Su comida era función pertinente de la platera: si alguien entraba en el momento de la condimentación de los manjares debidos al mamiferillo tenía que esperar o volver; por nada de los mundos, éste y el otro, hubiese almorzado el felino a las doce lo que le tocaba a las once. Los andares reposados, despreciativo de juegos sin provecho, miraba desde lo alto de su superioridad los afanes de ciertos corredores de bisutería empeñados en ganarse su simpatía a fuerza de bolitas de papel, maullidos engañadores, rascaduras en el mostrador u otras tretas infantiles. Paseábase señor por las vitrinas y el banco artesano, entre reasas, anillas, mosquetones, gargantillas y alambres, pisando aljófár, falsos corindones, aretes y demás zarandajas que esperaban compostura de la lima y los alicates del joyero. Era sagrado, aun cuando metiera los bigotes entre ama y comprador, y éste se esturrufara. Hablábale entonces la filatera:

—¿Qué quieres, precioso bonito? ¿Qué quieres, encanto? ¿Qué le dices a tu tururú?

Se lo echaba al hombro con la esperanza de que tal prueba de cariño le permitiese liquidar el negocio; pero si el gato volvía a las andadas, le respetaba el gusto. Teníanle por hijo; le regañaban, muy serios, los zarracatines, cuando se iba de picos pardos, lo cual sucedía a menudo. La rebusca del minino por los alrededores era obligación de Rafael y parte importante de su trabajo.

De toda esa época, que dura tres años, conserva muy pocos recuerdos de adentro.

A lo sumo se le pintan en la memoria los aledaños del comercio; se representa fácilmente ese tiempo bajo la forma de un grifo de latón; se encuentra ahogado, sin agua corriente; le falta la albórbola de los manantiales por la tierra. El agua es escasa y gorda, sácanla a fuerza de andarajes y motores, la reparten por acequias y azarbes, la retienen en depósitos y la distribuyen, ciega, por tubos de plomo; gástanla con parsimonia, cae en cazos y vasijas, cubos y palanganas, sobre el peltre y la loza, con un sordo ruido de columna trunca, cortada a gusto del consumidor. Rafael duerme en un catre, puesto en un recoveco, cerca de una pila de mármol ennichada en la pared; no ajusta la llave, y gotea la boca. De esta compañía constante Rafael Serrador se acordará siempre.

La vida es chata y Rafael sólo se preocupa y sorprende cuando, de tarde en tarde, se le erecta el pipí. El ama no le tolera amigos, robándole tiempo; los domingos se los pasa en el «maset», ayudando a los albañiles que lo levantan sin prisas; porque el negocio, a pesar de los bandazos, prospera, y los plateros construyen su casa de huerta, le dan forma a un jardincillo, plantan, como todos, una buganvillera —Josefa-Augusta dicen que se llama de verdad—, pasionarias, murcianas, geranios, dondiegos, malvarrosas y hierbaluisa. Un limonero y un mandarino les hace figurarse un huerto posible; ya venden, en sus conversaciones, las naranjas al mejor precio. Cada domingo traen un arbusto que plantar: jazmín o heliotropo; se va y se vuelve en tartana.

La tierra es roja y parda, los árboles —cipreses y naranjos— verde eterno, los montes a lo muy lejos azulencos y violáceos, el cielo sin nubes, altísimo y cerúleo; las chicharras y las ranas roen calor y tiempo; los cuérnagos y las zanjas tienen el color subido, huelen a tierra llovida y revuelta, dejan —en horas— de ser acequias para venir a caminos hasta la hora del riego; el frescor permanece soterraño; barro a la pisada, la arcilla asciende a cascarria, su oscuro tinte cuadrícula la llanura; por los balates crece poca hierba: el aprovechamiento del terreno no las permite.

A Rafael, la Plana no le parece campo; para él el campo es cosa de altozanos y declives, gándaras; barrancos cantalinosos, con hazas colgadas al azar de las aguas; es el río y sus hocinos; tomillo, romero, piedras, retama y chaparros, alguna higuera y colmenas; lejanía: sorprender desde lo alto la boira dormida del valle envolviendo el pueblo montesino: los vientos fríos, la nieve; ni siquiera el cielo es idéntico: las estrellas son contadas al lado de las de su tierra dura.

La vida fácil y lo caliginoso no le sorprenden, ni le ganan; ve la riqueza, pero le tiene sin cuidado, no comprende el respeto al solo dinero y la tierra no le parece de más precio por su rendimiento. Tiene a los naranjeros —orondos, un tanto pasmarotes y un mucho tragaldabas— por blandengues y demasiado bien afeitados; todo se le alcanza fácil y adormilado en ese país sin cuestas. Barrunta que existe algo en el mundo que exige esfuerzo: no sabe qué. Se retrae y calla y aprovecha la primera

ocasión para arrearle una paliza al zurumbático hijo del vecino, que tiene la cara boba. Luego le pesa, por fácil.

Algún domingo ve trasponerse la tarde, sentado en una piedra calcina, olvidada cerca de la verja; menea sin sentir y juega con una azadilla, rayando la tierra, buscando augures, los ojos fijos en no sabe qué, sin pensar. La atmósfera le sostiene. Cuando algo se mueve en la luz ya corrida, piensa: ¿Qué seré? El ser artífice joyero le gusta poco. ¿Volver al pueblo? El salir presupone no volver, como no sea con permiso, cuando sirva al rey.

Al soplo de un jadeillo descubrió Rafael el amor, al revuelo de una cortina; platero y platera en polución le sorprendieron grandemente. Hasta la fecha había creído que la boca era la única cavidad propicia al amor y conducto natural de la generación, aunque no imaginaba fácilmente el modo. Alegróse infinito de su descubrimiento; se tuvo por mayor, y las nalgas y la horcajadura de la familia ganaron miradas de nuevo cuño.

Inauguróse por aquellos domingos, con una paella excepcional y riojas alambrados, el nuevo excusado del «maset», taza de porcelana, asiento de caoba pulida y, aunque le prohibieron el uso del mismo al mozo —ancho es el campo y todavía hay clases—, le sonrió al joven la idea de sentarse para defecar; asombrado de lo cómodo de la postura, púsose a manosear su pene y vino sin más a descubrir la masturbación, más contento que unas pascuas; con esas le empezó a sombrear el bozo, graneado de barrillo.

Tomaron los propietarios a su servicio, para guarda de la finquilla, una mujer hecha y derecha, viuda, como de cuarenta años, sin más cintura que el cordón de su delantal, con sus buenos ochenta kilos; de nombre Marieta; pescadora de oficio en otro tiempo; se quejaba amargamente de reuma, razón de su cambio de vida, aunque la verdad era que el trabajo no había sido nunca su debilidad; dióse a buscar el sol por donde pegara y a hacer media para entretener las manos; sus hijos andaban al «bou», criados por una hermana suya que más tenían por madre que la verdadera. Venía a entretenerle las veladas, en las que el servicio le dejaba libre, cierto guardia civil muy amigo del difunto usufructuario, galleador, cariacuchillado y zancajoso, muy pagado de sí, que tenía un mucho el machihembrarse con aquella mole pazpuerca y morena; ello le permitía aguantar con conmierada sonrisa al triste de su sargento, seco y de cara larga, bigote cansado, dientes sarrosísimos, poco pelo y con una mujer que era una tormenta, con los rayos continuamente al dispararse, más celosa que una avispa sin flores. El sargento se refugiaba en la aureola de sus galones y les hacía la vida dura a sus subordinados; especialista en tundas a huelguistas, guarduños y novillerillos sin billete, descargaba en ellos su botaratería y los golpes con que soñaba acardenalar a su irresistible consorte. Salía reconfortado de las palizas: hay dos clases de polizontes apuñeadores, los que gustan de la sangre y los que prefieren las

contusiones internas; los primeros suelen cumplir su cometido a mano limpia, los otros prefieren para sus garatusas la culata del mosquetón. El sargento era de los primeros, el concubino de la Marieta de los segundos. Este último también tenía mujer: un tanto tísica, medrosa y triste la pobre, muy agarrada a la vida futura, que se figuraba como un cuartel enorme —hija y nieta de guardias civiles— lleno de ángeles con alas y galones, y Dios de Director General; tenía el concúbito conyugal en horror y por pecado y lo rehuía en lo posible; el guardia, Manolo de nombre, dábalo todo por bueno con tal que no le preguntase dónde compensaba. Manolo y Severiano, el de la celosa aragonesa, hacían, en lo que cabía, por lo que del sargento se ha dicho, buenas migas; se contaban sus miserias y hermaneaban a menudo en su afición al arroz, aunque el uno lo prefiriese caldoso y el otro seco, fuente de discusiones desapasionadas.

Rafael llevó un sábado, a última hora de la tarde, unos aperos al «maset». Se le había hecho tarde en la tienda puliendo una pulsera acabada de componer. Dijéronle los plateros que se quedara a dormir en el campo, que ellos ya irían al día siguiente, a la hora de siempre: aquella noche pensaban ir al cine donde anunciaban una película de Francesca Bertini. Los horteras se remozaban con ello: habíanse conocido en un cine de Valencia, a la sombra de Pina Menichelli, y todo lo que oliera a cinematógrafo italiano les hacía mirarse con languidez. El viaje del rey y de Primo de Rivera a Italia, realizado por los días en que sucede lo que se narra, acababa de dar aire y peso a este extraordinario, porque no solían ir a espectáculo alguno.

Rafael llegó a la casa cuando el anochecer se cubría de marino. No se sentía el vivir: la temperatura abolía todas las leyes, un grillo cosía en las esquinas el cielo a la tierra con puntadas en forma de serrucho. Marieta le daba a las agujas enculada en una meridiana.

—¡Hola, *xiquet*!

Dejó el muchacho su carga en la habitación que servía para todo y vino a tomar el aire. Cenaron a poco entre el pan cenceño unas chuletas asadas y tomate frito, bebieron su porrón de tinto, la merdellona hizo café y aun tomaron una copa de coñac. La mujer le ofreció tabaco, que él con gran extrañeza de la prójima rehusó: no había fumado nunca.

—¡*Uy, quin siñoret! ¡Deu sap quines coses faràs quan no estinguen davant!*

Rafael se caía de sueño y se fue a la cama. El casal, como sus lindantes, tenía en su planta baja la sala abierta a todos los vientos y dos alcobas. La guardiana dormía en el sobrado, frente a la azotea, donde sólo se sube a tender: el paisaje les importa a todos un comino, aunque, quiéranlo o no, sobre los naranjales, hay al fondo una rayita de mar para alegría del corazón.

Dormía Rafael, por una condescendencia sólo explicable por la imposibilidad de volver aquella noche a la capital, en uno de los dormitorios de abajo. La cama era

nueva, de madera marqueteada con nácares irisados, a su lado la mesilla de noche con su loncha de mármol rojizo sobre la que descansaba una palmatoria de aluminio, con bujía, y una caja de cerillas de cinco céntimos. Todavía no habían instalado la luz eléctrica, a pesar de las promesas hechas cada lunes al platero por un amigo suyo, empleado en la Electra Castellonense desde hacía veinte años. Las paredes estaban recién encaladas y el alizar brillante, verde y colorado. Rafael se desnudó; extrañó las sábanas limpias. Hacía calor y no se dormía. Se destapó y, por distraerse y buscar el sueño, empezó a masturbarse. En aquel momento, sin otra razón que el acecho, entreabrió la puerta la morena salaz y sin decir ni pío subióse a la cama arremangándose las faldas e introdujo ella misma la razón de ser del atónito mancebo en su muy arrastrado cauce.

—Así no, bobo, así no —barbullía la mole.

Rafael estaba callado y quieto.

—¿No lo has hecho nunca?

Y como asintiera negando con solo menear la cabeza, convirtióse la quillotra en devanadera loca, con gran susto del primerizo que no sabía a qué santo encomendarse. Comíaselo a besos la gran ladrona y el mocoso se dejaba. Repitieron dos veces la suerte variando las posturas; quiso la zalamerona quedarse a dormir, pero el estrena se negó en redondo. Fuese rezongando la maridada, no sin cien requiebros, prometiéndoselas felices para el amanecer, antes de que llegaran sus dueños, y así se lo hizo prometer a su irresoluta víctima. Tan pronto como la oyó por los techos se levantó Rafael y vistiendo camiseta y pantalón salió por la ventana al escaso jardín y por sobre el cercado a la huerta.

«¿No era más que eso?». Le sorprendía que el placer no fuese mayor, de otra manera. Le parecía el amor una cosa caótica y hecha de cualquier manera. El se lo había figurado más ordenado: una ascensión al paraíso según las normas del catecismo, con tiempo sobrado para ver el paisaje a derecha e izquierda, con una llegada al destino que tuviese algo de la arribada a Nueva York: de un lado la estatua de la Libertad y del otro los rascacielos, como en el cine. Atemperaba su desilusión el sentimiento de haber cruzado el difícil estrecho que le separaba de los hombres; humillábale que aquello hubiese sido tan fácil, sin dolor, tan sucio, pegajoso y maloliente. Pero todo, ahora, en la vida, se le antojaba coser y cantar, puerto vencido. «¿Te das cuenta? —se decía—, ¿te das cuenta?». Y no se contestaba. Había luna y el campo estaba embalsamado de azahar. Un tren corría a lo lejos.

«Y ahora, ¿qué?». Por primera vez pensaba claramente en el futuro. Se imaginó Barcelona como algo que existía verdaderamente; se dio cuenta de que el correo de las diez y diez llegaba efectivamente a Barcelona. Hasta aquel momento, «el correo de Barcelona» era la denominación de un tren que pasaba por Castellón; ahora se percataba de que aquellos vagones iban a parar a una gran ciudad, que la gente que en

ellos viajaba llegaba hasta allí, y allí vivía y trabajaba. Un millón de habitantes. Cuando un campesino piensa en algo más que en la capital cercana sus vecinos le miran con atención y cuidado. Rafael se miró a sí mismo y se dijo: «¿Por qué no?». Su virginidad perdida trasformábase en geografía y la vida se le presentaba por vez primera como un camino.

Volvióse a la cama con una gran locomotora en el cerebro y se durmió como piedra. Cuando salió el sol, no es que no quiso oír los nudillazos de la halconera en la puerta previsoramente apestillada: dormía. Despertó con los plateros en casa. Buena se la armaron. El mozo bajó la cabeza, sin más disculpa que la del domingo.

Pasó así un año. Repartíase la cuarentona entre su civil y el chaval, hasta un día en que el primero husmeó un no se sabe qué y se presentó el sábado, día que tenía rigurosamente prohibido: bebió las heces y fuese a llorar sus cuernos en la pechera del sargento.

—Le vamos a sacudir... —Severiano acabó la frase con cierto imprevisible ingenio— el polvo.

No se dio Manolo por aludido y sonrió largando los dientes al aire:

—Puñetero niño.

Le esperaron a favor de un cañaveral, camino de la estación, y sin decir palabra empezaron a arrearle, dándole gusto a la mano y a la culata. El joven se zafó y les plantó cara tres metros más allá.

—¿Por qué me pegan?

—¡Ven acá, ladrón!

—Ustedes se equivocan, yo no he robado nada a nadie.

Miráronse los tricornios.

—¿Tampoco te acuestas con la Marieta? Preguntó Manolo con odio y sorna. «¡Un mocoso así!...» —pensaba.

Quedó Rafael muy extrañado de la pregunta. Ignoraba los tejemanejes de la esparrancada.

—Sí —contestó ciando.

—Conque sí, ¿eh?

Cayeronle encima y le atizaron a modo, enzurizándose el uno al otro.

—¡Cuidado con lo que digas! —dijo Manolo—, y si no: ¡vuelve por otra!

—¡A ver dónde te metes, valiente! —recargó el sargento.

Y se fueron a campo traviesa, hurtando naranjas para atemperar la sed.

Platero y platera se sorprendieron y asustaron del relato y supusieron que Rafael habría sido cogido robando cualquier cosa en la huerta; porque el muchacho tuvo el natural cuidado de callar las deshonrosas razones del bárbaro meneo.

El platero se atrevió a preguntarle si estaba afiliado a algún sindicato:

—Porque nosotros no queremos líos.

Se emperró el chico en no dar explicación de la paliza; enfermaron de hipótesis, suposiciones, sospechas, dimes y diretes los bisutereros, acabando por echar a la calle al mozuelo motivo de tales reconcomios.

La Piruja, que lo había oído todo, cantó de plano el día siguiente a la marcha de Rafael. Mucho se indignó la platera, que trató de indecente al joven:

—Parece mentira, ¡cría cuervos y te sacarán los ojos!

Lo que más le dolía a Rafael Serrador era que le hubiesen vuelto a pegar después de decir verdad. Sus padres no le habían vapuleado nunca. Se quedó con un oscuro y cruel afán de devolver golpe por golpe y un sentimiento de inferioridad de no ser lo suficientemente fuerte para quedar en paz. El gusto de la sangre le dejó sin cuidado y no tuvo espejo para poder lamentarse de su triste estado —la acequia donde se lavó traía el agua rojiza y andaba sin remansos—. Cojeó ocho días, las señales duraron más.

Corría mayo del año veintinueve cuando tomó, a las diez y diez de la noche, el correo de Barcelona, con doscientas cuarenta pesetas en el bolsillo, después de haber pagado su billete. Tenía dieciséis años.

3. Barcelona

Era un vagón de madera corrido; hacía calor y todas las ventanillas estaban bajadas. Entraba el aire de la noche y la carbonilla. El tren iba abarrotado; las rejillas, atestadas: maletas de fibra, cartones atados y reatados con bramantes o hilo de palomar, sacos, líos envueltos en pañoletas; los bultos mayores estorbaban el pasillo, con viajeros sin plaza, resignados y soñolientos como entregados sin remedio a un fatal destino; ramos de naranjas bien ordenadas se intercalaban entre los equipajes.

Rafael, enjuto, consiguió un sitio, apretándose en un asiento seis en el lugar de cinco, entre una vieja, con pañuelo negro en la cabeza, que volvía a Vinaroz y un empleado de la Telefónica, de Barcelona. Pudo encajar su maletín bajo el asiento entre un atado de ropa y dos gallinas resignadamente maneadas. «Voy a dormirme en seguida, y cuando despierte estaré cerca de Barcelona. Te duermes, y abres los ojos a trescientos kilómetros de distancia. ¡Y eso puede hacerse todos los días, parece mentira!». Le iba ganando el calor de sus vecinos. El campo llano daba su hálito de azahar, empenachado de humo y pavesas. «Ahora como sardinas, y no nos volveremos a ver». ¿La locomotora? Cuchillo decentando España; arado que le labraba un surco, dejando estela: como si él fuese el primero en efectuar el viaje, descubridor de nuevos mundos, macheteando una senda por la selva virgen. El runrunear de la gente, el traqueteo de los ejes sobre los empalmes de los raíles. Unos departamentos atrás alguien apuntaba una malagueña, dos jaleaban. «Bar-ce-lo-na-Bar-ce-lo-na-Bar-ce-lo-na». Le parecía que el repicar de las ruedas le iba salmodiando el nombre de su destino. Las cabezas vencidas por el sueño o la vela se mecían a compás, de derecha a izquierda y viceversa. «Bar-ce-lo-na-Bar-ce-lo-na. Me va a entrar el sueño. Quiero que me venza».

Tres personas más allá ronca un soldado. Su vecino le corta el resuello con unos chasquidos. Tras una pausa vuelve el bendito a las andadas; antes se cansa el amaestrador que el durmiente. (Lo chusco: pasada Santa Magdalena, duérmese el interruptor y ronca en otro registro). Benicásim, Oropesa, Alcalá... «¿Por qué no duermo?». Las paradas violentas, los arranques con grandes estrépitos de cadenas tendidas y aflojadas no son razón suficiente. «Tengo sueño. Estos que me rodean»... Frente por frente duerme un niño, la cabeza en las rodillas de su madre. En una de las esquinas barbotaba un cura. «¿Qué tenemos que ver los unos con los otros? ¿He dormido? El vaivén, lo-na-Bar-ce-lo-na-Bar. ¿Oirán los demás lo mismo que yo? Chirriar de los frenos. Vinaroz. Baja mi vecina, ahora estamos más anchos». Rafael sigue su viaje en el mapa colgado en la estación de Castellón, frente al que estuvo media hora, haciendo cola, esperando que abrieran el despacho de billetes; todo él cagado de moscas, sobre todo las Baleares y el azul del mar. «Ninguno de éstos sabe que voy a Barcelona, a quedarme a vivir allí». Con el codo apretujaba contra el pecho

la cartera con el dinero y la carta de un representante para un almacenista de quincalla. «¿Qué saben todos éstos de mí? Lo mismo que yo de ellos. Cada uno tiene sus razones de viajar. ¿Qué pensarán de mí? No piensan nada de mí. ¿Qué es éste? ¿Qué haré en Barcelona? ¿Me perderé? ¿Qué quiero ser? No sé lo que quiero ser. No puedo querer ser, tengo que ser lo que quieran. Haz lo que quieras. ¡Qué irrisión! Los ricos, los que viajan con las posaderas sobre muelles». Rafael siente los coche-camas como un insulto personal. «¿General? ¿Viajante? ¿Obrero?». Desconoce la palabra «ambición», unida en el pueblo y la pequeña burguesía a una definición peyorativa de abogado y política. «¿Me perderé?». Se representa a Barcelona como un enrejado de calles infinitas y por ellas una multitud corriendo sin casi mover los pies, como en una película cómica vista, ¿hace cuánto? Estaba rendido, con su maletín en la mano, deambulando por unas calles todas iguales, y mudo, frente a portales cerrados, como una barrera. De pronto se queda solo y las calles se alargaban. La soledad le daba a conocer su propio cuerpo. Se tentaba. «Dejarme solo. Que me dejen solo». Era en la plazuela de Viver, había toro de muerte y un pobre maleta, franelilla al viento, frente al novillo, le desafiaba, descolorido; el bicho se arrancó y el torero salió por el aire. Recogieronle entre varios, pero el muchacho se zafó. Alzó la muleta del suelo, gritando: «¡Dejarme solo!, ¡qué me dejen solo!». Por la lívida cara morena del matador sombreaba el cardenillo; embermejecía la pechera; el novillo, lejos, no le hacía maldito el caso. Fuese el mozo para él, y se le plantó delante. «Yo solo, sólo yo». Rafael López Serrador. «¡Entra, toro!». Y adelantaba la pierna contraria. Dio ésta en el vecino. El traqueteo lima fronteras. Monotonía. «Bar-ce-lo-na-Bar-ce-lo-na».

El revisor es un jarro de agua fría. Tras él, y porque sí, dos tricornios. Todos se figuran, por un fragmento de segundo, estar en falta, haber perdido el billete. «Si viajase en primera». Pagan con su cartón, y vuelve a oírse el andar. Pero con la presencia de lo coercitivo, Rafael se siente unido a sus compañeros de viaje, como si estuviese enhebrado; advierte tras sí, como una masa, como un calor, todo el tren. «¿Qué une a los hombres? ¿La protesta? ¿El miedo? ¿El deseo de alcanzar algo? El valor es cosa individual, de estarse solo, de desafiar el toro con los pies juntos, de mandar». Rafael López Serrador pasa rozando la fraternidad. Ulldecona, Santa Bárbara. Un ruido circular, atunelado, de hierros. Un dormilón rezonga:

—El Ebro.

Tortosa. «Tengo sueño: un pozo. Algo me liga a los vivos. ¿Cuándo volvería?, el carricoche. Su padre, sus hermanos. No es posible que la mentira proporcione palizas. Si todo el mundo mintiese, no existiría mundo. Hay que decir la verdad y pegarse por ella, a pies juntillas; no ofender a padre ni madre. Siempre a pies juntillas, y a volapié».

Despertó en Rubí. El sol, a ras de horizonte, le calentaba el muslo derecho. Tenía

las manos sucias y ganas de mear. Fuese a hacer cola a la puerta de la «toilette», como ella misma decía llamarse. Salía a la llanura del Llobregat como si el sueño y la noche hubiesen sido un gran túnel de Garraf. Le pareció la luz más clara y delgada que en la Plana. Enseñéronle el Tibidabo y luego Montjuich.

—¿No ha estado nunca en Barcelona? No deje de ver el Parque.

Sobre el campo, una capa de niebla. Divisaba una parte de la ciudad puesta en el horcajo de dos collados. En la falda fronterá, los viajeros se pirran por ver las construcciones de la Exposición. Adivínanse andamiajes. Los humos suben derechos hacia el cielo, en toda la llanura. Se empeñan en enseñarle las atracciones del Tibidabo.

Sans. Por los andenes vocean *La Vanguardia* y *El Día Gráfico*. «Hasta la noche no llegarán a Castellón». Un túnel entrecortado. Casas de cuatro, cinco, seis pisos, vistas desde lo hondo de una trinchera.

El apeadero de Gracia, todo de mayólica blanca, más estrecho, más poca cosa de lo que se había figurado. Salen de nuevo a la luz de la mañana. Una plaza de toros, de ladrillo y azulejos blancos y azules, varios pasos a nivel, con autobuses rojos con imperial, y largos tranvías amarillos. La ciudad tiene, a la altura de sus tejados, un tinte morado carmesí de sal que huye al zarco de una mañana sin nubes. Brilla la rosada en las escasas hierbas de las esquinas de solares pelados, cuya cerca los convierte en campos de fútbol. Lo que más sorprende a Rafael son los menhires apanalados de la Sagrada Familia. Se promete ir a verlos de cerca tan pronto como pueda. Se multiplican las vías; ya se separan y ordenan entre andenes.

Ya está con su maletín en la plaza Palacio. Se asombra de los árboles. Nadie le había dicho que hubiese plátanos copudos sombreando calles, y si se los figuraba, eran raquíuticos como los de las plazoletas de Castellón. Los grandes parques eran otro cantar. Es su mayor sorpresa: ¡grandes árboles en medio de la ciudad! Las palmeras del Paseo de Colón. El platanar de las Ramblas. Los pájaros, los miles de gorriones. Lo demás le parece natural y pequeño. Da sin dificultad con la calle del Hospital, con la fonda de la Estrella, a la que va recomendado por un ferroviario conocido suyo.

Danle y toma café con leche, se refresca la cara en una jofaina rosa realzada con dorados. Vuelve a la calle. ¡Qué pequeño y oscuro todo! ¡Cuánta gente para tan poco espacio! No se amilana por nada, nada le sorprende. Va en busca de trabajo: tiene toda la vida para ver Barcelona.

Le gusta el piso alquitranado de la Boquería. Nunca ha visto calle tan dulce de pisar, pero ¡qué estrecho y negro todo! ¿Por qué tan hacinados? Cada casa una tienda, los portales sirven de escaparate. Aquí hasta los porteros son comerciantes. Y tanto hablar de tiendas... ¡Bah!: no tienen nada de particular.

Llega a Baños Nuevos, tuerce a la izquierda, encuentra su número, sube a un primer piso: «Bisutería y Quincalla».

Don Enrique Barberá Comas lee la carta de su representante de Castellón. Entra Rafael de aprendiz con veinte duros al mes.

—Supongo que serás un muchacho serio. Yo no admito aquí ningún cantamañanas. Te tomo porque no estarás maleado. Y aquí podrás aprender. ¿Vas a misa? ¿No tienes familia navarra por casualidad?

El chico no sabe qué contestar.

—Bueno, no me importa. El ir a misa no le hace daño a nadie, a nadie.

Llama al encargado, un viejo con guardapolvo gris.

—Lo pone en el lugar del Quimet. Y ojo con él.

Don Enrique Barberá Comas es carlista, pertenece a un círculo tradicionalista y lee *El Correo Catalán*. Tiene un gran desprecio por casi todos sus conterráneos, pero ese desprecio es grano de anís en comparación del que siente por el resto de los españoles, exceptuando a los navarros. Sus viajeros no pasan los umbrales de la Gran Cataluña, don Enrique tiene en menos comerciar con quien no entiende catalán. Es posible que sea difícil explicar cómo un monárquico absolutista puede sentirse tan unilateralmente arraigado a Cataluña, es posible que él mismo no se lo explique, seguramente no ha querido intentar explicárselo. Se encuentra bien así, y vive.

El trabajo de Rafael no es divertido ni molesto. Consiste en hacer paquetes y llevarlos a la estación o a los recaderos. ¿Cómo son los catalanes? Es gente atada, se dice a los pocos días nuestro mancebo, replantada en su mismo mantillo, abonada por su mismo humor, irrigada por su propia lengua, más dada a los dineros que a su honra, y muy pagados de esta última. No hay gran descubrimiento, gran hazaña, Gran Metro, gran poema, gran puente, religión, pintura, batalla o cuerno que no tenga su catalán a la vuelta; ni filósofo como Llull, ni poeta como Maragall, ni general como el conde de Reus, ni aéreo como el de Montserrat, ni Exposición como la suya, ni salchichón como el de Vich, ni butifarra como la de la Garriga, ni músico como Albéniz. Todo esto lo sabía Rafael a los ocho días de su empleo por el afán proselitista y pedagógico de uno de los empleados, secretario de una entidad turística catalanista y tamborilero de una cobla muy principal. Y aprende que no hay agua como la de Canaletas, ni Vichy como el catalán; Enrique Borrás el mejor actor, Margarita Xirgu la mejor actriz y *Terra Baixa* el summum. Rafael oye y calla. No acaba de creerlo todo, pero se alegra de haber caído en país de tan buenas prendas.

El otro aprendiz, cachigordete y fargallón, sólo habla de fútbol; del gol de Alcántara en Burdeos, del traspaso de Samitier, de la semana de diarrea que tuvo él cuando lo supo. Echa llamas, sapos y víboras, orín y cámaras cuando alude al Club Deportivo Español, entidad anticatalanista, sostenida por algunos industriales en mal de baronías o marquesados o del reconocimiento afectuoso del Gobernador. Dios, o séase Zamora, ha dejado de ser Dios, a pesar de ser catalán, desde que pertenece a esa compañía. Y eso que las razones crematísticas ablandan corazones. Rafael no alcanza

a comprender ni interesarse por la batalla de los goles, y menos con su actual salsilla política. (Va a desaparecer la dictadura de Primo de Rivera; las contiendas Barcelona-Español no volverán a tener el frenesí de aquellos años). A Rafael le parecen muchos hombres veintidós para un solo balón de cuero.

Hizo migas con el mozo, un hombre sin edad, pequeñajo, todo él arrugas y muy subido de color, pelo ralo y salpimentado, malhablado a mediavoz, muy cumplidor, con la ojeriza del patrono que olía, sin pruebas, que el hombrecillo no era muy católico; teníanle todos en cuarentena porque el quincallero no dudara de las buenas prendas de cada cual.

—¡Mala hierba! —mascullaba el almacenista con su *Dios, Patria y Rey* auestas, pero como no había razón para despedirle aguantábalo de mala gana—. Se añadían a esto otros motivos: don Enrique había heredado al mozo con el negocio de su suegro putativo, casado que estaba con una hija habida fuera del sacrosanto matrimonio del anterior dueño, hija única por otra parte y poseedora a la muerte de su padre de cuantiosas cuentas corrientes, bien pobladas anaqueleras que una vida asaz inmoral no le había impedido reunir al ya hacía tiempo finado. Mariano —así se llama el mozo— está muy enterado de todo, un tanto echacuervos que fue del difunto.

Desde el punto de vista de la moral que defendía el actual patrono era un poco difícil explicar la boda de éste. Sabíanlo todos y era fuente de comidillas y bordón de las nada divertidas bromas. Es de suponer que el bueno del partidario de Don Carlos se lo olía, y andaba roído por los adentros. Salíale ese gusano por la nariz, que tenía muy grande y diagnosticaron cáncer. Con monises curáronselo unos médicos famosos.

—¡En la mejor clínica de San Gervasio, los mejores especialistas de Europa! — como decía luego, ufanándose en café y familia, pavo, el empleado músico y excursionista.

Don Enrique Barberá Comas es de buena edad, como de cuarenta años. Su mujer le pone los cuernos con un joven de la mejor sociedad.

—Nació cabrón —dice Mariano—, por eso le va bien en los negocios. Aprende, jovenzuelo, no hay como eso, porque ese zurriburri llegó como tú a Barcelona: fue último dependiente de una zapatería, siempre alacranado por ser «alguien». Así llegó a secretario del sindicato del ramo, y revolucionario, y tragafrails y quemaconventos como no tienes idea. En cuanto olió la cueva del bacalao de la hija del viejo —¡aquél sí que era un hombre!—, se volvió más chupacirios que Güell. Es un collón que sólo vive al olor del dinero. Tiene una querida a la que obliga a trabajar para redimirse del pecado de carnear con él. ¡Si el viejo levantara la cabeza...! Y no es que se engañara, no. Pero la hija se emperró. Las mujeres, *m'hijo*, son todas una desgracia.

Naturalmente, Rafael prefería la mala lengua del mozo a la bobaliconería de sus otros compañeros. El tal Mariano, menudete y charrán, era bastante mocero, casado

con una infeliz, impedida desde el primer parto. El hombre había tenido que hacer de madre de su hijo, de enfermero de su cónyuge, y que aguantar a su madre, viejísima ménade que se pasaba el día farfullando insultos contra su nuera y la noche en quejas, para no dejarles descansar o hacer lo que les viniese en gana, que para lo último tenía el olfato podenco; el hombrecillo había ganado con ello cierto aire lascivo. «Parece un mono», decía la gente. Era un inventor. Dio en sus años mozos con una fórmula para bruñir el hierro, la guardó celosamente y cuando fue por ella, meses más tarde, para tratar con unos fabricantes que se interesaban por su procedimiento, no la encontró. Desde entonces dedica todos sus ratos libres, que son pocos, a la rebusca de la fórmula; cada año, cada primavera cree haber dado con ella.

—¡Ya está! Las primeras pruebas dan un resultado estupendo.

Después, por culpa de un ácido cualquiera, aquel intento fracasa, pero él está seguro de dar con la solución tarde o temprano.

—Si uno luciese cuernos como quien yo me sé, otra cosa sería mi suerte.

Adora los toros, le cuenta a Rafael las cosas prodigiosas que ha visto u oído. Como hace tanto tiempo, no distingue lo uno de lo otro. Su ruedo es el viejo de la Barceloneta, y sus lares Mazzantini, Fuentes, el Bomba, Fernando el Gallo, Frascuelo, Freg, cuando joven. A él no le gusta una clase de toreo, ni un matador determinado, ni tiene preferencia por una suerte, le gustan los toros, así en general, del todo. Se acuerda de sucesos insignificantes que le llenan de satisfacción y alegría: cuando ése puso banderillas en silla, cuando tal otro mató seis Miuras. Desde la muerte del antiguo patrón no tiene dinero para ir a los toros.

—Además, la enfermedad de mi mujer...

Pero por nada dejaría de leer las crónicas taurinas y comentarlas detenidamente; tiene en su casa una colección de *La Lidia* donde su niño aprendió a leer. Mientras cortan el papel de embalar y miden el bramante, cuéntale a Rafael de toreros de hace treinta años, de quienes nadie se acuerda.

A los tres días de su empleo envían a Rafael a llevar una mercadería a la avenida de la República Argentina.

—Sales a la Rambla y tomas el veintidós.

Rafael se iza a la imperial del tranvía por la escalerilla de un caracol subido, se sienta en la delantera. ¡Eso sí que es la ciudad, y nuevo!: el trole y su poleílla, el cable grasiento y sus chispas imponen respeto y ofrecen el aliciente de la muerte cercana; las ramas de los árboles rambleros raspan y chirrían contra las planchas del carromato, retozón por el desnivel de los carriles. El silbido del motor en las paradas y su arranque fino. Todos los automóviles parecen pequeños; no hay Rolls, por rumboso que sea, al que no se le vea el techo. Los hombres aparecen menudos, poca cosa. Rafael, en la proa de su tranvía, siéntese capitán anfibio. La iglesia del Carmen con sus piedras realzadas puestas al tresbolillo. El Siglo, ¡por fin un comercio grande!

La plaza de Cataluña vista desde su altura le produce una gran impresión. Tanto es una ciudad: lo ancho. El Paseo de Gracia le llena de vanidad, como si fuese satisfacción que se le debiera. Mira el Tibidabo, azul, frente por frente, y respira hondo. Triunfa, le parece que uncidos a su tranvía arrástranse los despojos de sus victorias. ¿Hácelo el viento? Se le va el cabello, partido por el aire. El coche penetra por el embudo de la calle de Salmerón. Gracia no le gusta, achaparrada, llena de ires y venires, rellena de fábricas, plantada de altas chimeneas. Lesseps, y en seguida su recado. Al salir, sigue hacia arriba, llámanle unos barrancos y alcores, la pinada del horizonte. Vallcarca. Por primera vez mira hacia atrás pensando que se le hace tarde. Quédase quieto, monote. No se dio cuenta de haber subido tanto. La altura engendra lejanías. El mar se esfuma con blanco, invisible su ludir con la tierra. Desde Montjuich hasta San Andrés, la ciudad, como una alfombra, sube hasta morir de verde. Las manzanas del ensanche van del rosado al gris, calafateadas de esmeralda. En la falda de la colina de Montjuich cuatro chimeneas rayan de sepia su flanco. Lo prodigioso es el aire; sobre la ciudad, un vaho; sobre el puerto, los humos; sobre el mar, la bruma, como si el mundo estuviese espolvoreado de plata. El cielo, como salido del agua, se va convirtiendo al azul, tendido a secar, mojado todavía en su horizonte.

Rafael sigue hacia arriba, toma la carretera de la Rabassada. Sube. La ciudad se reduce y aumenta. Rafael está solo en el campo. Se sienta y mira. «El paisaje más hermoso del mundo». Sonríe, se desbraguetta, y en homenaje a la naturaleza altibaja su antebrazo hasta la polución. Abajo, en su hálito, Barcelona.

—Me perdí.

—Parece mentira, ¡a tu edad! ¿No te da vergüenza?

El domingo quiso ir a ver la Sagrada Familia. Se lo desaconsejaron Mariano y el gordinflón del aprendiz, que le llevó a ver un partido matinal de fútbol.

—Estaba loco —dicen de Gaudí.

—Y no está terminada —recalcaban: por la iglesia.

Por el contrario, el turistólogo clamaba al genio. Pasó tiempo. Siempre tenía «que ir a ver la Sagrada Familia»; era un peso sacrosanto en sus decisiones a tomar para los asuetos. Corrieron ocho o diez meses.

En medio de unos desmontes cerrados por un tabique de panderete, formada la plaza por unas casuchas que no se ven y dan impresión de desierto, álzase la fachada del inacabado templo; Rafael se quedó turulado; nunca había visto nada parecido.

Altos tornos calados, mezcla tozuda de gótico flamígero y de la pompa en curvas de su tiempo finisecular, segregando volutas, rodeos, paños complicados, atlantes, medusas, pinabetes, palmeras y paulillas, caracoles y rinocerontes, con carúnculas de argamasa por chapitel, encarrujándose, ensortijándose amalgamados con mayólicas blancas, cerúleas, rúbeas y glaucas con aires de vidrio embebido de espaltos

tornasolados. Y todas esas lajas, archivoltas y dólmenes de piedra, cemento y loza, en movimiento, estalagmitas de arena mojada y fe, andando, creciendo, alzándose hacia los cielos en difícil equilibrio.

Las construcciones que Rafael había visto hasta el presente estaban hechas para el reposo; con medida, quietas, cuadrículadas, muertas. Veía ahora columnas que más le parecían vertebrales que de cualquier estilo, queriendo meterse como sacacorchos o tirabuzones en las nubes, andando como era evidente sobre la cuerda floja; y al mismo tiempo atolladero, remanso, rabión.

Iglesia para gentes con el alma en pena, para conciencias dispuestas, en último caso, a no salir demasiado limpias del templo, capilla de toma y daca, catedral para fariseos, fachada. En eso había quedado: bastábales a los capitalistas barcelonines; tenían la gloria, las monografías artísticas, y más que nombre: renombre; no había ni altares, ni confesonarios; para que no dijese, catacumbas. Rafael no bajó a la cripta, ignoraba su existencia.

Ya por entonces conocía Barcelona: el movimiento circulatorio de las Rondas, la cruz de sus túneles; tenía en la mano como cosa viva: su esternón el Paseo de Gracia; sus costillas, de Diputación a Córcega; sus húmeros, Diagonal y Cortes; sus radios, el Paseo de San Juan y el Paralelo cruzados, unidos por sus manos de mar, sosteniéndose el corazón y las tripas: las Ramblas; sus arterias y sus venas: acuchilladas por la Vía Layetana, apuñaladas arteralmente por el Portal del Angel; desangrándose en el mar; su coxis, el puerto; sus piernas y su andar, el viento y las olas. Barcelona, herida de sangre y lisiada, alegrísima de sol y abundancia, ciudad anclada y siempre dispuesta al viaje, piojosa y desnuda; libre con oscuras rémoras; trabada la lengua y agilísima de deseos.

Rafael Serrador va a unas clases nocturnas organizadas por la Diputación; es un buen alumno. No le divierte demasiado la gente, catalanista toda ella, de izquierda en la casi totalidad, muy aficionada a «aplecs» y sardanas, que a él le tienen sin cuidado.

Cayó Primo de Rivera, sustituyóle Berenguer con huelgas, manifestaciones y constitucionalistas. Todo eso lo recuerda Rafael como un sueño. Tiene 18, 19, 20 años; todos estos acontecimientos, —¿importantes?, ¿sin valor?— le rozan, los oye, no le dejan huella. Vive, nota que alcanza a más, que en el día de hoy haría, ante las mismas cosas, algo distinto de lo que hizo ayer.

Sale, pasea, merienda, toma café, se acuesta con una chavalilla que gana lo suyo bailando en un «taxi-girls», el «Izquierda». El gana trescientas pesetas al mes, dentro de diez años ganará seiscientas. Esos años son para él una noche.

El 26 de enero de 1930, vuelve de la Plaza de España en el «metro»; saluda a un compañero empleado en casa de un competidor de su patrono; le alarga el tal un periódico, diario de los comunistas. Dáselo a leer.

—Quédate con él. Se meten con el lila de tu jefe. A la noche me lo traes al

«Tostadero».

Rafael se las promete felices con Mariano; échase la hoja al bolsillo del gabán, que cuelga, al llegar al almacén, de la percha común. A la hora llámalo don Enrique, periódico en mano.

—¿Tú lees este papelucho?

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo lo llevabas encima?

—Me lo han dado.

—Mentira.

—¡Si no hubiese ido usted a mirar donde no le importaba!...

—Ya sabes dónde está la puerta.

Cógela y se va. No intenta justificarse. «Es la segunda vez que digo la verdad cuando me la piden con cara seria, y la segunda que me arrean candela. A la tercera, la vencida, pero el vencido para la próxima no será este hijo de su madre. Se trata de abrir el ojo y cerrar el pico. ¡Marica! Todos estos que gastan cuello y corbata están hechos para que los ahorquen con ellos. ¡No sé cómo no lo comprenden los que debieran comprenderlo! ¡Qué asco! Tanto ir y venir, ¿para qué?». Estaba plantado en medio de la Rambla de las Flores. La gente bajaba por su derecha, subía por su izquierda. Le parecían ludiones o tente-tiesos. «¡Tío mamón. Si le digo que leo el periódico, se asusta y me sube el sueldo!».

Convirtió el miércoles en domingo. Buscó a la niña y se la llevó a merendar al «Patria». Se llama Carmen y tiene la misma edad que él. Llámala Miss Pantorrillas; se ha aficionado a Rafael por su falta de adornos, lo estrecho de caderas y cierta seguridad; porque nunca pide sino que toma sin palabras lo que sabe que puede alcanzar, sin ir más allá, dejando siempre un canto menudo al deseo. El la ha ido descubriendo con gozo. Nunca supuso, por sus anteriores experiencias, que un pecho fuese firme, que la epidermis llegara a tanto camino de la nada, que la carne fuese fuerte y resistente, líquido sin salida, que las palmas de la mano desvarasen con tal suavidad por lo blandísimamente duro de un dorso.

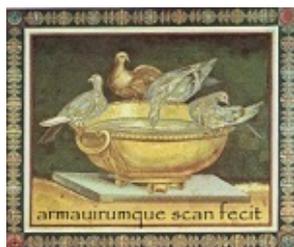
Un condiscípulo de las escuelas nocturnas le proporcionó muy pronto trabajo, en un taller de niquelado. El taller estaba en Hostafranchs; Rafael para acortar distancias cambió de casa y se fue a vivir cerca de la Plaza de España. Cuando la niña se enteró de su cambio de ocupación mostróse muy reservada. Para ella contaba un dependiente, no un obrero, según lo que va de un traje a otro: acabáronse las relaciones sin sentimiento.

En el mismo piso donde él vivía tenía subarrendada una habitación un compañero de taller, Celestino Escobar, cartagenero, de familia minera, venida a Barcelona hacía siete u ocho años, cuando cerraron las minas de La Unión. Era delegado de la CNT en la fábrica.

El piso pertenecía a un matrimonio, obrero portuario él, antigua corsetera ella, Matilde de nombre, zangarilleja de siempre, holgazana y cantarina, bastante bien parecida, cirigalla, emperejilada y boquirrota. Vivía con ellos su madre, que la defendía en todo. No se comía mal; guisandera, daba con el punto del arroz; pero lo limpio era otro cantar.

Hubo elecciones y se proclamó la República.

SEGUNDA PARTE



1. El Paralelo

—Sí, en mi familia, siempre hemos sido así. Cuando queremos una cosa la queremos de verdad. Nosotros somos de la Rioja.

—¿No eres de Cartagena?

—Fuimos allá al olor de las minas; ¡estiércol y gracias! No sé qué historias y papeles nos habían dejado sin cinco. Yo era muy chico, y me lo han contao. Mi padre se ha quedado allí en La Unión, vendiendo *cacahuets* por las calles abandonadas esperando que vuelvan a abrir los pozos. ¡Antes volverá él a la tierra! Cuando decimos diez, no es nueve ni once; diez, así caigan albardas. Lo grande es lo de mi abuela. Todo el mundo la cuidaba, y ella mandándolos a paseo: «¡Me moriré cuando a mí me dé la gana!». Parece que teníamos casa y unas coseras, y toda la pesca. La abuela estaba sentada, muriéndose, en el zaguán. No quería meterse en la cama por nada del mundo. Carlea que te carlea. En eso baja por una escalera que había en el fondo (la casa tenía piso y todo), baja un ama que había sido de mi madre y empieza a lamentarse y a hipar, y mi abuela entre sus estertores a insultarla: «¡En esta casa no llora nadie! ¡Me moriré cuando yo quiera! ¡Cállate, que pareces un flan!». Todo esto, rota y a media vela. Y la criada hecha un mar. «¡Ay, no diga eso!». Bueno, hijos, pues va mi abuela, se levanta, coge una tralla y la emprende con la plañidera que, ¡para qué os voy a contar! La familia quieta, alrededor, sin decir ni pío. Cuando la hubo curtido bien, salió al patio, tiesa como un palo, y se tiró de cabeza al pozo. Se murió cuando le dio la gana, para fastidiar a Dios y a mi padre, al que no podía ver.

—Bueno; ¿y qué?

—Ah, nada. ¿Tienes algo que hacer hasta las tres?

El café donde se reúnen es uno de esos locales enormes que bordean el Paralelo entre la Ronda de San Antonio y el Teatro Español. Por la noche van a un bar, en la acera de enfrente, tabiquero del Teatro Victoria.

El Paralelo tiene tres caras: día, noche y domingo por la mañana. De día es una calle ancha, chata, tranquila, un tanto absurda de tan ancha. Los edificios de cartón piedra que encierran los teatros están hechos para que el neón impida ver sus límites; cuando éstos aparecen al sol la calle no tiene salvación. En el fondo derecha, Montjuich se escapa hacia arriba, más allá de Pueblo Seco, pardo, ralo, sucio, con barracones de tablas grises; toda la vertiente carcomida de ocre, jaldes y verdes. Lo único que se aguanta, de día, es la fábrica de electricidad, con el carbón reluciente y cuatro chimeneas inmensas, columnas a los aires dándole seriedad a la tierra; lo otro: las aceras, los puestos, los cafés, los teatros, los music-halls, los vendedores de pilongas, huevas, mojama o molinetes, los aguaduchos, los castañeros y cacahuateros, los bares de gruesa barra niquelada y mármol multicolor, Ron Negrita y Anís del Mono y fanalillo de Sidral; los puestos de periódicos o el titirimundi, muestran su

cruz con las horas diurnas. Con el atardecer llegan las tornas brillantes, pero de día hasta los rufianes, macarras y ganchos parecen personas decentes. Únicamente las putas, churrianas se quedan; que las que no lo parecen pican más alto. Las rabizas vienen a hacerse el café en espera de lo que caiga del cornijal.

—Se es revolucionario o reaccionario; lo demás son sandeces, lilailas o ganas de pasar el tiempo. ¿Liberalismo? ¡Vamos, hombre! O entonces lo que te importa es el régimen democrático. Podredumbre, Cortes y condecoraciones, porquería escogida. Pero si de verdad te plantas ante tu razón y tu memoria sólo puedes ser revolucionario y no hombre de izquierdas. Un hombre de izquierdas huele siempre mal, a caca. Lo que importa es el hombre; el universo, para freírlo. O estás con el orden de cosas actual o estás con el hombre desnudo. Lo demás, pedir que las cosas se arreglen poco a poco: vergüenza y cobardía. Los terremotos, los incendios, un ciclón son fenómenos naturales y que no requieren gradaciones ni medias tintas. Con la evolución social pasa lo mismo. Lo que se necesita es fuerza suficiente. Y cojones.

En el extremo de la mesa, un tanto aparte, hablan Rafael Serrador y un limpiabotas, picado de viruelas.

—Lo que a mí me pasa —le dice Rafael sin oír lo que dicen los demás—, es que no sé lo que quiero. Por eso estoy de malhumor. A ti te parecerá idiota.

—No, a mí, no. A mí me pasaba poco *má* o menos lo que a ti. Hasta *er* día en que me pregunté: ¿Y por qué ese tío *tié* coche y yo no?

Púsose a hablar el Anacoreta y, como siempre, las conversaciones particulares se soterraban. Desgarbado, la nariz interminable, sus cuatro pelos revueltos, sin afeitar y sin barba, las manos largas, finas, bien cuidadas, revestido de una chaqueta sin color y oscura de manchas, las mangas demasiado cortas, dejando al descubierto los puños rozados con abultados gemelos salamanquinos de filigrana de plata, pantalón andrajoso y calzando sandalias sobre pie descubierto. Voz ronca y gestos comedidos, índice señoreador.

—Los lugares comunes, ¡he aquí la ciencia, la sabiduría! Un refrán dice más acerca del pueblo que todo lo que emplean para una estadística. Es la entraña.

No lo toman en serio, pero lo escuchan con gran atención. Los fantasmas, los idos, la locura, les parecen algo importante.

—Toda la literatura no es más que hinchazón; las cosas son sencillas. Con la música pasa lo mismo: para hacer algo, los musicantes no tienen más remedio que hinchar el perro. Son unos aprovechados. Y los escritores. A éstos se les nota menos porque hay más palabras que notas. Y sin embargo las palabras, a fuerza de usarse, pierden sus cantos, su fisonomía particular, se convierten por sus encantos en cantos, y nos quedamos embobados, encantados, y nos la dan con queso.

—No nos vengas con monsergas y déjate de filosofías.

—¡Calla, cojo!

—Se vuelven jarabes, de esos que toman antes de comer carne.

Beborroteó en su vaso de agua.

—Todo el sentido del mundo de hoy cabe en dos frases dichas o mejor desdichas: Ganarse la vida, dicen los pobres. Matar el tiempo, dicen los ricos. Lo oís cada día y no os suena. Porque nadie sabe lo que se dice, sino lo que quiere decir. ¡Santas Pascuas, y que se cisque el oyente!

Subía el índice a los cielos, al cielo raso, como él decía.

—¿Os dais cuenta? ¡*Ganarse la vida!* Os la dan y luego os la tenéis que ganar.

—Y nos la ganamos.

—¡Y tanto que os la ganáis! No soy yo tan tonto.

—Vives del aire —masculló uno.

El Anacoreta no hizo caso y siguió:

—Para los que tienen lo suyo y lo de los demás, ganarse la vida es *perder el tiempo*. Perderlo sin perderse. Y así, dicen, ganan la otra vida: a fuerza de enseñar los calcetines en la terraza de los círculos.

—No nos saques hoy el disco de los círculos viciosos, ¡qué ya está bien!

—Nosotros, vosotros —rectificó—, cuando perdéis, perdéis sin querer y sin remedio. Ellos tienen con qué. A eso le llaman lujo. Se dan el lujo, pueden darse el lujo. ¿Sabéis qué es lo que odio más en el mundo? El teatro.

Había en la peña un actor y dos maquinistas del Apolo.

—¿Qué burradas estás diciendo?

—Entendámonos; yo hablo en alto sentido.

Lo del alto sentido formaba parte de su sistema.

—Vuestro trabajo, en el momento en que es para «ganarse la vida» no tiene nada que ver con lo que yo digo. El espectáculo es una cosa indecente, sentarse para «perder el tiempo» y ver cómo trabajan los demás es el colmo de la hediondez. A ver si los gatos o los pájaros hacen otro tanto.

—Entonces, según tú, Anacoreta, ¿qué debemos hacer?

—Nada. Pero protesto de que me llaméis anacoreta. Yo no hago penitencia, ni creo en la muerte. Mirad el mundo y alabad a Dios, que no es nadie y lo es todo.

Aquel ser se pasaba lo más de su tiempo vagando por las faldas de Montjuich; sentábase en un hornazo repitiendo hasta más no poder ciertas palabras «de alcance»: *jamás, hondo, siempre, nada, luz, mañana...* Era su «sistema». Vegetariano, pederasta y sodomita, inspiraba, sin razón valedera, cierto respeto en el barrio; era, además, confidente de la policía sin hacer misterio de ello, quién decía que para poder vivir, quién para que le dejaran en paz. Los anarquistas lo toleraban en sus tertulias y ateneos porque hablaba esperanto. Aseguraban que había sido capitán en Cuba.

—Lo terrible —decía— es que al obrero lo mismo le da fabricar cosas que sirvan

para algo, como que no. Les falta «finalidad». Entonces, ¿para qué ganarse la vida? ¡Por eso no trabajo! Si todos hiciesen como yo...

Le gustaba adoptar cierto aire profético y de jeremías.

—¿Os representáis todo esto en ruinas? Casas podridas, hierros mohosos, vigas apolilladas, escombros deshecho, broza, cascote, ripios, labra, piedras con el solo fin de calentarse al sol...

Para él, el paraíso.

—Y todo os sucede por comer carne y no medir el valor de las palabras.

Aquel ser no pertenecía a ninguna organización.

—Yo soy anarquista, pero ¿cómo queréis que me afilie a nada sin dejar de serlo?

Y si le venían con indirectas a cuenta de sus relaciones con la policía contestaba muy serio:

—Es lo único que me deja en libertad.

Algunos le tenían por sabihondo y gran filósofo; había descubierto manantiales y algún tiempo vistió clámide.

«¿Por qué éste tiene coche y yo no?». Rafael pensaba allí porque: ¿Dónde si no? Ahora era muy leído. Devolvía puntualmente los libros al Ateneo Libertario, sin manchas, con lo que ganó la confianza del bibliotecario. Atravesó Max Nordau, Eliseo Reclús, Bakunin, Tolstoi y Eugenio Sue sin grandes dificultades. Al principio no sabía cuál preferir de estos dos últimos. Diose cuenta de que le hacían más caso al conde ruso, lo aceptó así y llegó a comprender el porqué. De esta manera entró en la política o, por lo menos, así se lo dijo un compañero suyo, valenciano, muchachote de buen tomo, gran correa y jacarandoso:

—*Xe, ¿tú també?*

La política consistía en leer la «Soli» y en cotizar.

La peña del mediodía era mucho más numerosa que la nocturna. Aparte de siete u ocho hombres de la Confederación, siempre diezmados por la Modelo, acudían gentes de toda calaña, vagos, periodistas, actores, uno o dos maestros, un librero de viejo, algún italiano, un mendigo, algunos sablistas; hombres puntuales eran un viejo republicano federal de barba blanca a lo Pi, un chófer sin trabajo y el taquillero del «Sevilla», café cantante vecino. A Rafael le tenían por zahareño; le trataban bien porque lo había llevado Celestino Escobar.

—Eso se decidió un día en casa, de cualquier manera —decía el italiano—. Lo que sucede, dijo mi padre, es que no quieres ni respetas a tus padres. Contesté, sin darme cuenta: —¡Pues es verdad!, me levanté y me fui, muy asombrado de mi descubrimiento—. A mí me gustan muchas cosas en este mundo, y muy pocas personas. Me gustan los gatos y las patatas fritas. Creí que me podría entender con los comunistas, pero no. El comunismo es una cosa seria, pero los comunistas lo echan a perder. Me molestan las consignas y otras zarandajas. Me gusta el mundo y me

molesta como está organizado; me gustan las ciudades y me dan en las mismísimas narices los cuarteles y la disciplina. Y no quiero aceptar que para acabar con los cuarteles haya que construir otros.

—Porque a ti, como a todos, lo que nos molesta...

—Calla. Y tú, sigue.

—No es que yo me marchara del partido, es que me echaron.

—Son como los jesuitas —dice el taquillero.

—Sí —engarzó uno del Sindicato de Espectáculos Públicos—, el catolicismo es el comunismo en el otro mundo.

—¿Te parece poca diferencia? —apunta un cualquiera.

—Yo no sé si el comunismo y el catolicismo son una cosa seria. Lo que te aseguro es que el partido comunista y la Iglesia...

—Tan seria —dice uno de la Organización—, que si no acabamos con ellos, ellos acabarán con nosotros. Y si no, al tiempo.

—¡Me revuelve las tripas oíros hablar así! —clama el republicano federal, que se llama don Félix—. Proletarios y trabajadores son todos. La pena de muerte es lo que hay en la base de todas nuestras desavenencias. Encerrarlos y tratar de convencerlos.

—¿Y si persisten?

—¡Suicidarnos! —apostilla una voz menuda.

—Los hombres evolucionan —sentencia la barba blanca.

—¿Diquelas o no diquelas? —chunguea la voz meliflua.

—Tú, cállate —interviene el de los Espectáculos Públicos—. ¡Aquí todo Cristo dice lo que le sale de los cojones! Que el tiempo de las tortas ya vendrá.

—Si anteayer fuese mañana... —corta el chófer, y sonrén, los más hacia los adentros, porque la alegría no suele ser, allí, muy bullidora. La frase se había hecho muletilla y entraba su padre, muchachito desarrapado, contrabandista de tabaco, a quien acudían difícilmente las palabras más sencillas, no porque farfullase, sino sencillamente porque no daba con ellas. Envolvía y rellenaba las frases más naturales de múltiples: *esto, aquello, la cosa, lo que te dije, lo que sabes, el chisme, la historia aquella, el trasto, ya sabes hombre*; confiando a los dedos la misión de perfilar exactamente de lo que se trataba. «¡Si anteayer fuese mañana...!» Sin razón, la frase hizo fortuna. Se la espetó a uno de los contertulios a quien había prometido una libra de picadura Gener.

Para ciertas gentes, el puerto huele a tabaco americano. Crecido número de marineros, camareros, limpiabotas, carabineros y policías viven a costa del «Lucky» y del «Camel», tabaco que desprecian, paja buena para señoritos y rameras. Ellos fuman tabaco de la fábrica, cuarterones y farias, lentejuelas u hojas pardas que les huele a hombres y a Ultramar.

Los tertulios de la noche no son más de siete u ocho. Fuera, los tranvías con su

ruido de cadena, dándole repique a los remolques; los autobuses corren con su imperial a cuestras y su cola de gasolina a rastras; los cafés cantantes aran la noche con sus anuncios eléctricos, del cárdeno al rosa, y su ruido de grillos se mezcla al de diversas orquestinas, al de algún arístón, al de varios altavoces en mal de estaciones diferentes. Los cafés se despanzurran por las aceras. La gente discurre entre dos luces, la de la calle y la de los establecimientos, enmarcada por vendedores de piedras, encendedores, mecha, boquillas, pipas, peines, cerillas y papel de fumar. Barcelona entreabre por ahí su costado, herida brillante de cada noche, desde siempre; por esa sonda se le van los humores, sangre, pus y tiempo, todo revuelto, con los anuncios de remedios para enfermedades venéreas presidiéndolo todo, para no engañar a nadie.

Rafael tenía simpatía por el Maquinista, hombre de cuarenta años, calvo, cojo de un balazo, ganado en la puerta de un banco, cuando la Organización, hace años, necesitó fondos para sostener una huelga. Estaba empleado en las oficinas de la Marítima Terrestre. Seco de carnes, descolorido, tenía el estómago hecho polvo; más cárcel que calle desde que tuvo uso de razón.

—Lo que vale, lo que vale de verdad, pero de verdad, es la indisciplina, la voluntad sin control de cada individuo. Lo que hay es que cada vez que se han afrontado la disciplina y la indisciplina siempre ha vencido la disciplina. ¡Espera!: no por su fuerza intrínseca —el hombre sabía hablar aunque era machacón—, sino porque la disciplina, ya sabes lo que quiero decir, traía más fusiles, más ametralladoras o más borregos. No sé si me explico: a fuerzas iguales, gana siempre la indisciplina, siempre. Apuesto lo que quieras.

—No se trata de apostar.

—Déjame en paz. La indisciplina es la suma de todos los esfuerzos voluntarios, ¡voluntarios!, de todos. La disciplina es una esquiladora mecánica. Fíjate en la diferencia que ha de haber entre un hombre que quiere luchar con otro a quien obligan a ello. ¿Cómo se ha de dudar un solo momento del resultado? Y si no, ya se vio en Sallent. ¡Pudimos con los civiles!

—Sí, pero en cuanto mandaron refuerzos, unos se fueron al monte, otros a paseo, y os quedasteis solos.

—Bueno, ¿y qué? Ya eran ellos más. La disciplina mata los mejores impulsos, el deseo de luchar, lo mejor del hombre, las raíces con las cuales uno puede entenderse siempre con los demás. Y si hay que morir, quiero morir como me dé la gana; y que no venga zutano o perengano que, porque tenga galones, crea poder disponer de cómo he de estirar yo la pata. Cada uno ha de saber arreglárselas como pueda. Mi vida... Eso de la disciplina lo han inventado los políticos para poder salir en los periódicos; es muy fácil dirigir o preparar acciones desde la cama. Eso se queda para los jefes socialistas. Si tengo una pistola en la mano moriré donde yo quiera. Y lo

demás son historias. Un responsable nuestro no tiene más remedio que andar entre nosotros, donde se recogen las aceitunas, las negras, las verdes y las grises. Y hacer la faena de todos. Por eso son los más bragados. ¡A ver si los capitostes socialistas o comunistas se atreven a tanto! ¿Ir a la cárcel? ¡Valiente cosa! Donde se conoce a los hombres es con un arma en la mano.

—Así acabarán con vosotros.

—¡Ya saldrán otros!

Por lo general todos estaban de acuerdo en lo fundamental, que era considerar a los políticos de los partidos obreros como unos farsantes y vividores. Para ellos el prototipo del género era Largo Caballero, a quien tenían por vendido y cobarde.

—¿Para qué tantas vueltas —continuaba diciendo el Maquinista— cuando las cosas son tan sencillas? Este tiene lo que el pueblo no tiene y sanseacabó... Si lo puedes tomar lo tomas, y si no, a freír espárragos. ¡Los discursos en el parlamento, para limpiarse el culo!

Había estado complicado en los asaltos de Gijón, y todos le tenían en mucho.

—Oye tú, Serrador —le dijo González Cantos, hombre gordo, secretario de uno de los sindicatos del puerto—, ¿no te han tocado ya las quintas?

—Sí, supongo que sí.

—¿Te han dado por inútil?

—No sé. No me he preocupado de eso.

—¿No te han avisado del pueblo? ¿De dónde eres?

—Nadie sabe si vivo o si me he muerto.

—Pueden cogerte cualquier día.

—Ya lo sé. No quiero ser soldado.

—Eso siempre está bien, pero si las cosas se pusieran feas, avisa.

González Cantos era un hombrón sucio que había vivido mucho tiempo en la emigración, hablaba bien el francés y era muy amigo de Durruti. De él decían sus mismos compañeros que era muy bruto. Fue de los deportados a Bata. Andaba siempre vestido con una camiseta de manga corta y unos pantalonzos que se le caían y que él se subía con un movimiento violento de izquierda a derecha; luego se tentaba las partes y se sorbía el moco ruidosamente pasándose la mano por unas narices de buen ver.

—Al pueblo —decía— no le salvará más que el pueblo, y nadie más que el pueblo. Todas esas zarandajas políticas e intelectuales, peor si son de buena fe, no tienen nada que ver con nosotros. Si creen que les vamos a sacar las castañas del fuego se equivocan... Ahora mismo esperan una sublevación de militares, cedas, alcalazoristas o como les llamen. (González Cantos se refiere al movimiento del 6 de octubre de 1934). ¡Están frescos! Porque lo cojonudo es que esperan que nosotros nos hagamos romper la crisma por ellos en la calle para luego dejarles como angelitos

en las poltronas ministeriales. Ni poltronas, ni nada. ¡Poltrones ellos! Liebres. Para nosotros lo mismo da. Siempre tendremos los guardianes enfrente, con Companys o con Cambó. Buscan salvarse aupándose en el pueblo. ¡Si por lo menos buscaran su salvación! Lo que quieren es el poder. Y como los bancos se lo dan a los suyos, pues ¡tira, que nos lleve el pueblo! ¡Republicanos de mierda! ¡Pues mira que los intelectuales! ¡Angelitos míos! Mira a dónde han ido a parar los del Servicio de la República. ¡Criadas! Bueno, esos han enseñado las posaderas antes que nadie. Querían hacer cultivos con nuestra sangre. ¡Yo, conejo de Indias! ¡No ha nacido el Maraón! Ellos en sus despachos, los pies calientes, los mondongos rellenos, la barbiana en el catre, con calentador eléctrico, ¡ah!, y la cabeza fría. Y lo mismo te escriben sobre el porvenir de la humanidad, cuando todos seamos muy buenos y muy santos, y no hagamos huelgas confiados en el Señor Ministro del Destrajobo, socialista por más señas, que sobre la psicología de las ranas o el cante flamenco. ¡Figúrate tú lo que le importa al pueblo la psicología de las ranas!

—¡Qué burro eres!

—¡A Dios gracias! Pero, tú, habla con la gente. Para esos cantamañanas, un cuadro, un museo, son más importantes que la vida de un obrero. ¡Si todavía lo dijo Azaña el otro día! ¡Sí, hombre!: que le importaban más las Mininas —el hablador atropellaba las palabras adrede— que otra cosa cualquiera. Y la gente lee eso y no se indigna, ¿y nosotros vamos a pegarnos y a morir por eso? ¡Vamos, hombre! El pueblo se tiene que salvar por sus puños, y se salvará. Y meteremos a todos esos gramófonos y grafómanos en un establo para que se ordeñen los unos a los otros. ¡Leche, qué espectáculo!

—Y la inteligencia humana, ¿qué?

—Para que se acaben las desigualdades, necesito bien poca inteligencia. Me lo pide el cuerpo. ¿Oís?, el cuerpo. Además no te niego que si nos pusiéramos a discutir acabarían convenciéndome.

—¿Entonces?

—Ahí está lo malo. Que me dejaría arrastrar por la letra, por la palabra, por la palabrería. Y volvería a mi cuchitril muy convencidísimo de que el mundo está bien tal y como está, o de que Dencás es un genio y que le debo de ir a poner los cirios a la Virgen del Pilar.

—¡Si yo no digo eso, puñeta!

—Tanto monta para el caso. Lo que importa es que me convences de una cosa que anda por los aires. Y lo que yo quiero, lo que me pide el cuerpo, el alma, si crees que la tengo, es lo que desean mis manos, lo que ansían mis dedos, mis brazos, mi pecho, mi tripa —y se da grandes palmadas en la panza—, mis cojones y mi cabeza, y la cabeza, y los brazos y las manos de los trabajadores. Y para realizarlo no necesito de ideas. Lo que me hace falta son armas, fuerza, poder. Lo que importa en la lucha

es ganar. Como sea.

—¡Sí, en eso estamos todos de acuerdo!

—Sí, pero os entretenéis en pensar en cien cosas: que hay que tener en cuenta esto y lo otro; ¡parecéis burgueses!

—Parecemos lo que somos.

—¡A mí no me importa lo que soy, sino lo que quiero ser! Y quiero el poder para el pueblo.

—Y para ti, ¿qué es el pueblo?

—¿Quién coño ha de ser? ¡Vaya salida de pipiolo! ¡La CNT, hombre, la CNT!

Luego solían enzarzarse en cuentas, números y disconformidades con los sindicatos provinciales:

—Ya veremos lo que dice el comité.

Con eso resolvían todas las cuestiones. Rafael estaba animado de la mejor voluntad, pero no acababa de ver las cosas claras. Veía la lucha, la comprendía y estaba dispuesto a participar en ella.

«Pero ¿y después? Lo más probable es que no haya después. ¿Y si lo hay? Lucha por un mundo mejor, pero ¿qué mundo?». Bakunin no le sacaba de dudas, ni Celestino Escobar, que en realidad se llamaba Celestino Morales. Con el trato de los días se afirmaba su amistad. Había en Escobar una honradez fraternal que le ligaba a todo lo inmediato, sin meterse en zarandajas; un no preocuparse más que del momento, un hacer las cosas bien que consolaba a Rafael de muchas inseguridades. Escobar, a su llegada a Barcelona, había sido empleado de banca:

—He nacido con los misales de los bancos por pesebre.

El jefe de su sección era un hombre de lentes, pegado a su departamento con sus puñetas de merino pobre, cadena chapada y dije con la fotografía esmaltada de su fallecida consorte: moño alto, gorguera y broche de oro bajo con las rosas de la familia.

—Por las tetas muere el pez —afirmaba Celestino; y era que el tal señor procreó tres hijas y ninguna tuvo sazón, ni ventura; y la mediana, con más reconcomios que una gallina.

El subordinado, bien visto en la casa, hizo lo que pudo por alzarles dique primero, curarlos y satisfacerlos luego, con tan poca ocasión y tan sin ella que el cagatintas enmaromado, a lo que aseguraba la halconera, en una adoración perpetua —muy de sacristía todos, de Acción Católica—, entreabrió la puerta de la sala en la peor hora; no que peligrara el recóndito pomo de su vástaga sino que el pobre vio visiones engendradas seguramente en los mismísimos infiernos y artimañas sólo sospechadas, pongamos por caso, en la artera, liberal, traidora y livianísima república gala, que Dios confunda. Empezó el enjuagatorio. Intentaron convencerlo de que era cosa de jorguinería. Púsose fiera y exigió bodas. Celestino era un niño y prometió tierra y

cielo, y se las piró. Quedó sin blanca; hizo de todo, lo que pudo y no supo, cruzando y hurgando los barrios de Barcelona: garduño en el puerto; mandil, matasiete y pueblacementerios en la calle del Este; chino de collares en la Rambla; abrepuestas y revendedor en los soportales del Tívoli; meseguero en el Prat; limpiarraíles a las órdenes de Foronda, dio en la fábrica donde trabajaba Rafael, muy considerado por su buen trabajar y seriedad. Era hombre que nunca decía que no cuando había que hacer algo que requiriese precisión, buena vista y arrojo. Al margen de sus ocupaciones ganó la confianza de la Confederación y de la FAI en las que nunca había aceptado cargo alguno:

—Yo hago las cosas. ¿Para qué las voy a pensar? No quiero responsabilidades.

Alegre y despreocupado, reía las dudas de Serrador:

—El hambre viene andando. El mundo está lleno de cerdos; cuando queden menos, ya hablaremos. Mientras tanto tira *p'alante*.

Solía ir por el café un sablista, poeta a sus horas, más amigo del cáramo que de las rimas, cazcalero, zanquilargo, con los hombros nevados de caspa y liendres, sinvergüenza y borrajeador, el bozo alacranado del mal comer, casado y con una pila de hijos. Se le murió uno en mantillas y anduvo cerca de quince días con el cadáver a cuestras, encerrado en una caja de cartón, pidiendo para el entierro del desgraciadito por cafés y mancebías. Cuando hubo dado fin a la retahíla de locales parecióle muy gordo volver a empezar. Además, el ido, gusarapiento, carcavinaba. Enterró la criatura en la falda de Montjuich. Celestino le ayudó en la cavadura.

—No sabes lo más grande —le dicen a Rafael—; hace unos días, de los primeros en que buhoneaba con el fiambre a cuestras, al llegar la noche se bebió el entierro del día para no faltar a la costumbre y olvidó el paquete en la taberna. Eso no es nada, lo grande es que al día siguiente no se acordaba del lugar de la trúpita y de su lamentable olvido.

—¿Cómo dio...?

—No era muy difícil. Acertó a la tercera. Pero en el primer aguaducho armó la marimorena porque se le había metido en el caletre que había pescado allí la curda.

—¿No habían destapado el pastel?

—No, ¿para qué? Ya sabían lo que iba dentro. Y además, el olor. El pide por todas partes, pero se lo bebe todo en cuatro o cinco bodegones. Allí se siente seguro. Le aprecian en lo que vale, dice, y es verdad. Le llaman de Don y ponen sus versos por las paredes.

Algún sábado por la tarde fueron al lugar donde estaba enterrada la criatura. Desde allí se veían las dársenas y el mar libre y, volviéndose, la ciudad azacaneada. Rafael se acordaba de su primera visión de Barcelona desde los contrafuertes del Tibidabo; ahora, desde la altura, sentía cómo trabajaba la ciudad, veía el carbón, sabía por dónde le corría la electricidad, notaba cómo todo se engrana, traba, une y

engarbulla, conjunta y enlaza; engargante del trabajo de un techo con el de otro. Y notaba sobre ese vaivén regular e inmenso el cadáver niño a sus pies, con la tierra en los huesos. Era una emoción primitiva que le causaba, sin que supiera el porqué, cierta callada vergüenza. Un cielo manso lo embadurnaba todo de colores.

Aquella tarde habían subido cuatro: don Félix, barba blanca; un metalúrgico, amigo de Serrador, que lee *El Capital*. (—A mí no me engaña nadie. A mí no me lo cuentan—), y un gallego, de nombre Fernández, que daba clases de historia en un Instituto Obrero. Fueron hasta Miramar para volver por los jardines de Leforestier.

Los bojes escamujados, los tamarindos, los ladrillos escafilados, la mayólica a lo sevillano, los rosales por las parrillas verdes de las pérgolas, los manantiales, por atanores y cascadas, los bejucos, la hiedra, los moscardones, la soledad; lo construido y lo falso fermentaban tranquilidad y descanso. En lo inculto adrede algún rayo de retama daba su apoyatura salvaje. La ciudad se queda muda por la distancia, gánanla el agua y los pájaros.

A don Félix le saca de quicio el aprendiz de Marx.

—¡La única victoria es la vida! —clama—. Cuanto se haga por conservarla está bien, sea lo que sea.

—Confundes tu vida con la vida —responde el metalúrgico—. Con tal de tener tu peseta para el café, después de ti el diluvio, como dijo el rey de Francia aquel.

—Ya que estamos metidos en este fregado mundo, hagámosle habitable. Acábense las guerras. Nadie tiene el derecho de quitarle la vida a nadie. De ahí no me sacas.

—¿Qué quiere decir tener derecho? ¿Es que los ricos tienen derecho a hacerme trabajar para comer? No les va de la vida sino de la mía. Y para defender la vida, la del respirar, la de todos, si me los tengo que cargar me los cargo.

—¿Qué ganas con eso?

—Aclarar el mundo. Si cada uno de nosotros matara un traidor o un enemigo...

—Se puede discutir, ponerse de acuerdo —reitera la barba republicana.

—¡Cuernos! Todos los arreglos que propongan o acepten estarán en contra de los trabajadores: aunque digan que sí a cuanto les pidamos. Es cuestión de sangre y no hay más salida que la muerte. Todo eso son carantoñas buenas para los socialistas que lo que quieren es tratar con los patronos para llevarse a casa el tufo de la querida del presidente del Jurado Mixto. A eso les lleva lo que llaman la honradez.

—Y el chotis —cuaja Rafael.

—¡Qué sí! No sabéis el daño que le ha hecho al movimiento revolucionario español el Julián de *La Verbena*.

—¡Jollín!

—¡Sí, hombre! Honrado y decentito. Y el amo, padrino del primer churumbel.

—Sí —dice Fernández—, y el teatro de Arniches.

—No sé si lo dices en broma, pero no conozco nada más reaccionario. Lo imita el pueblo, y ¡la fastidiamos!

—Así —remachó muy triste el federal—, ¿no hay más salida que la acción directa? ¡Vais lucidos!

—¡A buena hora, mangas verdes!

Se pararon con el silencio auestas.

—Sois unos bárbaros.

—La anarquía es lo contrario de la barbarie —dijo el gallego tomando aires de profesor peripatético—. Barbarie y anarquía son como el bien y el mal. ¡Vé tú a saber si salió la gallina del huevo o el huevo de la gallina! Yo creo que son coevos. De un lado el que quiere hacer lo que le da la gana y del otro el que quiere que los demás hagan lo que le da la gana a él.

—Bueno, ¿y qué?

—¡Qué las hostias datan de entonces! —dice el metalúrgico.

Rafael y su amigo presienten que aquello va a continuar por lo vago y lo trascendental; pretextan un quehacer; bájanse por la calle de Lérída.

Rafael insiste:

—En eso el viejo tiene razón, lo importante es la vida.

—No —protesta el otro—, ¡la muerte! Es lo que le da calidad a la vida. La vida cobra sentido por la manera de perderla, o de jugársela.

—Muerto, ¿qué puedes hacer?

—Lo que se trata es de que las cosas se hagan. Lo mismo da que las hagas tú u otro. La muerte es una cosa particular que no tiene nada que ver con la vida, con el trabajo. Si es eso lo que quieres decir, de acuerdo. Tu muerte es una cosa personal; la madre, la calidad de tu vida; si buena, mejor para ti. Pero es para que te la guardes como un recuerdo personal, en un marco y con flores de porcelana a los costados.

—Pero así me borras del mundo.

—¿Qué puedes hacerle? ¡Qué te pongan un retrato en el nicho! Hasta que no te enteres de que un hombre solo no es nada, no nos entenderemos. Un anarquista, en contra de lo que cree la gente, es un hombre que no sabe lo que es la soledad. Mira, el único individualista es el burgués, el católico que cree y busca su salvación personal; el fascista es un burgués con careta. Yo creo en el puñado, en el grupo. Los comunistas ven demasiado grande, son unos ilusos: perderán el mar por un riachuelo, quieren burocratizar la fraternidad; la igualdad en fichas. ¡Pamemas! Y no hablemos del partido. Ya dicen todos por ahí que es la Compañía de Jesús. Cuando el río suena...

—No sé si tienes razón o no. De lo que estoy seguro es de que quiero protestar, vivir, hacer cosas. Si todo es como tú dices, la valentía no tiene nada que ver con la vida, y yo creo que sí. Lo que tú puedes hacer yo no soy capaz para ello, y

posiblemente viceversa. Lo tuyo es lanzarse al vacío con los ojos cerrados. Eso no tiene valor.

—No nos entenderemos. Tú quieres palpar los resultados. A ti te gustarían las medallas, los desfiles, los himnos y tu nombre en la historia. No te digo que no te puedas corregir y trabajar con nosotros, pero si picaras a un patrono querrías que todos supiesen que habías sido tú. Ese no es camino.

—¿Cuál lo es?

—¿El tuyo? Depende de la suerte.

Los domingos por la mañana bajaba Rafael a la feria de libros. Solía ir con un oficial barbero, gran aficionado a las novelas policíacas, que vivía en el piso bajo y tenía conchabanzas con algunos libreros. Los puestos se extendían desde la esquina de la Ronda hacia la Plaza de España sin término fijo para su acabamiento. Los puestos se alineaban sobre el encintado derecho, hasta media acera. La gente revoloteaba y picaba en los tomos dispuestos en mostradores o cajoncillos. Salían a la venta tomos desparejados, folletos, novelas por entregas, tomos encuadernados de revistas desaparecidas, zaragozanos, guías, ejemplares faltos de cubiertas o con pliegos repetidos, volúmenes sueltos e incompletos de colecciones rebuscadas, devocionarios y algún mirlo blanco, sucio y cansado de tanta mano y poco ojo. Los revendedores eran, por lo general, comerciantes con librerías de viejo establecidos en Atarazanas, en Tallers, en Muntaner, que liquidaban en la mañana del domingo lo que juzgaban inservible en sus diarios negocios de segunda mano. Reuníanse a su alrededor los aficionados a leer con pocos posibles; los hurgoneadores faltos de un segundo tomo; los que se pasaban de listos, en espera de la milagrosa ganga; los que iban a tomar el sol al olor de los libros, por no perder la costumbre de lo impreso; algunos jovencillos en mal de formarse una biblioteca. Los chavales acudían a cambiar cromos y algunos filatélicos de poca monta hacían allí sus cambalaches. Venían a ser unos «encantes» literarios donde se reunían seres que no pueden pasar día sin hurgar librería y que se alegraban de ese subsidio matinal del domingo. El sol lo doraba todo y los volúmenes se calentaban el polvo, que era mucho. Los mirones barateaban, regateando en la resolana menudas trápalas. Los tantomepides y tantotedoy variaban con la curva del sol. Los precios fijos vinieron, luego, a estropear el zangoloteo. La gente bullía con tranquilidad.

¿De dónde conozco yo a ése? ¡Ah, sí: de la feria de libros! Era una secta especial, una masonería. Los bibliófilos de posibles y buenas encuadernaciones despreciaban el aire libre.

—Yo soy siempre el mismo —le decía a Rafael un librero viejo, arrugado, forrado en pergamino, como decía de sí, y que a menudo hacía feria con Serrador, con una voz rota, áfona, como empolvada—; el que cambia es el tiempo. Y como en algo se le ha de conocer, pinta canas y desbroza calvas; pero a mí no me engaña, le

veo venir y le quiebro. ¡A mí, piscis! Ya sé que si me miras dices que he envejecido, pero como a ti te pasa otro tanto, un clavo saca otro clavo.

—¿Y la muerte, don Piscis?

—¿Quién cree en ella? Una broma del tiempo. Ya no sabiendo qué hacer, desaparece. ¡Piscis, mi joven amigo, piscis! Cuando digan que he muerto, estoy seguro de que seguiré viéndolas venir.

—¿Y el nacer?

—Falta de memoria, joven, falta de memoria.

Era espiritista y una autoridad en todo lo referente al esperanto. Presidente del Ateneo Esperantista del Distrito 5.º, amigo del Anacoreta, venía algunas veces al café, muy entendido en sus especialidades. En tiempos había publicado una gramática y estrenado una zarzuela.

—La culpa de todo la tiene la torre de Babel. ¡El día en que todos hablemos el mismo idioma, se acabaron las guerras!

No se lo discutía nadie, porque era inútil y, además, la mayoría de los tertulianos lo creía así.

Los domingos por la tarde Rafael iba a los toros. A las Arenas o a la Monumental, según donde le llevara el interés de los empresarios. Aquel otoño debutó en Barcelona Domingo Ortega. Debido al éxito, toreó Ortega tres novilladas seguidas. A Rafael le extrañó el gusto del público catalán por el toledano. A los barceloneses les gusta el boato, lo brillante; conténtanse con lo superficial, bástales lo bonito, amigan con la ostentación, aplauden lo afectado, los detalles jacarandosos más que la gracia que se les huye por delgada: en ninguna plaza se le da tanta importancia al toreo de capa como en la de Barcelona. Basta una revolera esmerada, una serie de faroles, una larga bien rematada, unos lances de frente por detrás, para salvar una mala actuación.

«Aquel quite valía por toda la tarde». Eso y el toro gordo y cornalón, todo ello fachada. Por eso han podido seguir toreando en la Monumental toreros sin contrata en el resto del país, y los matadores de más cartel: Marcial Lalanda y Vicente Barrera: domesticadores, amaestradores de fieras, mariposas del toreo, y todavía Marcial...; Chicuelo por aquello del quite, y los novilleros de las banderillas de a cuarta y Palhas: mucha carne y emoción de muerte, y los payasos: Freg, Larita y Llapisera.

Lo que le gusta a Rafael es el toro; más, si zaíno y bien encornado: las orejas pequeñas y vivas, el morrillo vedijoso y de bulto, negro collado, la cola bien cerdosa hasta las arenas, sin lengua, removiendo los aires con el solo resoplo, la testuz rizada, la mirada fija, el arranque bárbaro, oscuro, de una vez; divina majestad y la luz, el aire hecho trizas. Y el torero de estatura mediana, quieto, esperando; dándole a los brazos lo que es de los brazos: salida; a los puños, lo que es de los vientos: gracia; a la cintura, lo que es del agua: desliz; a las piernas, lo que es de la piedra: quietud.

Rafael no había visto torear a Belmonte con José, mito consagrado dios en el

cielo de los toros: un cielo de madroños y abanicos —de calañas a pericones—, con panderetas por estrellas y carteles valencianos por las paredes. Ortega traía una manera seca de plantarse ante los toros, como si no los fuera a dejar pasar —¡o te quitas tú o te quito yo!—, que entusiasmó a nuestro hombre. Luego, con los años, perdió Ortega aquella calidad de palo. Lo único que perfeccionó fue su ayudado por bajo: bronco, zafio, duro, de torero y hombre de campos. Domingo Ortega traía a la arena el color de su tierra, que Rafael suponía parecida a la de los breñales turolenses, sin tanto verde como la de los alrededores de Barcelona, donde abrojos, matas, arbustos y hierbas no le dejan a uno ver el color verdadero de la tierra, ni las ramas del cielo. El toreo del toledano le arremolinaba el deseo de verse otra vez, de veras, entre tierra y nubes, sin nada más por delante que campo llano, escajo, piedra, lo pardo de la tierra; con montes de verdad por extremo, sierras sin la engañifa de lo vegetal, desnudos, como Dios manda. Y él solo, en medio del ruedo del horizonte, con el cielo por montera. Si allí le salía un toro, allí, lo torearía por lo natural, baja la mano; el pico de la muleta, el palo, siguiendo el perfil del yermo; sintiendo rodar la tierra bajo su pierna izquierda, plantada, eje del mundo, aguantando.

En lo único que no piensa un español cuando va a los toros es en la muerte. Si así no fuese, el espectáculo sería insoportable, como lo es para la tanda de extranjeros que vienen en busca de ese asperillo. ¡Bien empleado les está! No hay cosa más alegre ni optimista que los toros. En esa diferencia de actitud ante la muerte radica la superioridad española y el asombro del mundo. Somos supersticiosos y esa es una gran cosa: La muerte es la sorprendida. Salía el tercer novillo. «Si les gusta tanto Ortega, quizá no es tan bueno como me lo parece».

Serrador solía ir a sol y sombra. No cabía un alfiler. Cada movimiento del matador engendraba una exclamación o un gesto de Rafael. Este se daba cuenta de que su entusiasmo se trasmitía a sus vecinos. Un hombre solo puede engendrar prodigios. Y eso no es un grupo. Sentía la plaza, sentíase plaza en la misma manera que años antes se había creído tren. «Y no sabemos quiénes somos. Lo mismo nos sucedería con un orador. Pero un torero es más: entra por los ojos. ¿Se puede aprovechar este sentimiento? Su fuerza está en su brevedad. Luego, la victoria es de los aprovechados. Sin los aprovechados estaríamos peor».

Le era difícil dormirse; los altercados de la patrona con su marido menudeaban. El hombre era un mamacallos desaliñado, y no era la mujer para remediarlo; maquinista de una grúa del puerto, roncero y sin alientos, llamábase Tomás; su costilla le sacaba diariamente de sus escasas casillas. Matilde había llegado a mirarle no como marido sino como yerno; cuando se le encimaba tomábalo como ofensa a su carne, como si su cuerpo fuese hijo suyo y no ella misma, e ignorando el goce quedábase fuera, marcando al hombre con una mirada conmisericordiosa, de asco y desprecio. Añádase la presencia muda de la suegra, por derecho propio, los

arrugadísimos labios apretados en seña clara de la lástima que le daba su hija ligada a aquel ser, intruso en el misterio que es siempre la relación de dos mujeres. Matilde se había contagiado de ese silencio despectivo, al que solía añadir un fleco de «Sí, sí», que glosaba con oscuros sobrentendidos cualquier observación del desmedrado personaje. Llegaron pronto a los golpes. La hembra no se arredró y contestaba moquete por puñada: eso les unió un tanto. Y así iban las cosas. El arroz y la proximidad del taller eran lo único que retenían a Rafael y a Celestino en la casa, por aquello de que «más vale malo conocido»...

En los toros conoció Rafael a dos hermanos, Atilio y Jaime Fernández, aragoneses de Jaca, huidos hacía tiempo de su tierra. Vueltos allí con el intento de Galán y García Hernández, bajaron entonces con la columna republicana hasta Ayerbe; con la suerte contraria fuéronse andando a escondidas hasta Barbastro, de allí a Lérida, donde les sufragaron los gastos hasta Barcelona. No solían hablar del pasado, pero del zigzagueo de las discusiones coligió Rafael que, siempre juntos, habían tomado parte, antes del 31, en varias huelgas con su cola de sangre. Se les habían apagado un tanto los ánimos desde entonces.

—No se puede llegar a la Igualdad y a la Libertad por el camino de la Igualdad y de la Libertad —decían—. Para recorrer un camino imaginado, lo primero que se debe hacer es construirlo; que tumbado a la bartola en la sombra de un olivo te despertarán de un mazazo y ya puedes mover los brazos como molino seco: tus enemigos te molerán. Para llegar a más, a una humanidad medio decente, hay que construirla a la fuerza, sin oídos contra los que la desean y no saben por donde van. Para llegar a la democracia, si es que se puede llegar, hay que cargársela. Nadie ocupa su puesto como le propongan uno mejor, o hay que darles en la cabeza... Hemos visto bastantes cosas para saber que si cada uno tira por su lado no se va a ninguna parte; y uno, reventado.

Los hermanos se parecían física y moralmente: más bien altos, con la nariz flamígera, aguda y un tanto respingona, el labio superior levantado en su media parte dejando asomar unos incisivos agudos, la tez blanca en contraste con el apéndice nasal; el uno peinado como cepillo, el otro con largas crenchas morenas partidas sobre la frente estrecha; un tanto flamencos en el vestir, muy cuidadosos del lustre de sus botas, las manos anchas, los dedos cortos, las uñas limpias; luciendo camisas blancas abotonadas, sin corbata, tocados de gorras claras, y muy fumadores. La paridad les había valido bastante; el que uno alabara al otro en su ausencia era natural, y aprovechábanlo; si algo no les convenía se escudaban en la necesidad de conchabarse. Intervinieron en muchos conflictos sociales, siempre con puestos destacados y de responsabilidad. El uno, carpintero; Jaime, tallista.

—Lo que importa en la Confederación es el sindicalismo —decían—. El comunismo libertario si es un nombre, no importa; si es un peto, es una vergüenza; si

es un principio moral, con eso no se hace la revolución. Lo que se necesita es llegar a una disciplina de hierro dentro de los sindicatos.

Iban poco por el café, donde todos los conocían.

—¡Todo eso son cuentos! —contestaba el Maestro, hombre alto y enjuto que se preocupaba ante todo de parecerse físicamente a la imagen de Don Quijote, predilección celeste por sus prendas que le daba voz grave y ademán circunspecto.

—Aquí estamos los que creemos que esta copa y esta cucharilla son Dios. Y enfrente tenemos a los que creen que Dios las ha creado de un bufido.

Serrador reprochaba a los Fernández su falta de asistencia.

¿Para qué ir? Cada uno anda con su mundo a cuestas, y se dejaría matar por él. ¿Qué sacamos con ello? Lo que hay que hacer es obligarles a encuadrarse en algo que tenga cabeza.

Alguna noche los trajo Rafael a casa, a tomar café. A Jaime no le disgustó Matilde, y ella, con tal de molestar al marido, dio con el retintín de paseárselo por las narices. Hasta que un día Tomás le preguntó al jaqués:

—¿A ti te gusta la Matilde?

Jaime Fernández, cariparejo, del toma al daca:

—¿A ti qué te importa?

—Por eso, que no me importa —replicó el maquinista—. Si te la quieres llevar, te la llevas.

Los hermanos no volvieron por allí.

—¿Por qué vives con esos chiticallas? —le preguntaron a Rafael.

—¡Qué más da!

—También tienes razón.

En el fondo la Matilde le gustaba a Rafael. No lo llegó a pensar nunca, pero el porte de sus tetas, el blandeo de sus nalgas a través de las habitaciones eran, para él, una cosa agradable. La extemporánea salida del marido apaciguó un tanto las disputas, con sorpresa de los realquilados. Celestino había conocido a los Fernández hacía años.

—Se han hecho señoritos. Son valientes, pero...

—¿Qué?

—Nada. No tengo nada contra ellos.

—¿Te huelen a soplones?

—¿Ellos? ¡De ninguna manera!

Por aquellos días se declaró una huelga de transportes en el puerto. Tomás volvió al trabajo el segundo día.

—¿No te da vergüenza? —le dijo Rafael, a la noche, cuando se enteró.

—Mira, no te metas en lo mío —hizo una pausa—. ¿Es que me vas a pagar tú el jornal?

—¿Y los demás? —dijo Celestino.

—¡Allá ellos! Yo me lo guiso y yo me lo como.

Por una vez, Matilde no metía baza.

—Mañana me cambio de casa —le espetó Rafael, y se fueron a dormir.

—No te *fiques* en política —le dijo en la soledad del comedor la guapa a su marido, en su triste jerga de medias lenguas, nacida que era en Alcoy, crecida en Barcelona, casada con un castellano.

—¡No me meto en *ná!* —respondió el bragazas.

—¡Sí, sí! *Tot eixó* son engañabobos. *Tú treballa* y cobra, y que no falte. ¡*Qué facin vaga ellas!* La culpa la *tenen* esos como el Celestino, y los Fernández. ¿Pero tú? *Hasta la teva dona...*

—¡Bueno, ya está bien! —cortó el escomendrijo.

—¡Sí, sí! Ya sé que *amb els teus*: «¡Bueno!» *sempre fas lo que vols*. ¡Si no vas mañana también a *treballar* es que no eres hombre!

—¿Has acabado? Si voy a la grúa es porque me da la gana y no porque una mujer... Anda, vámonos a la cama. Y, como si lo viera, ya *t'as* olvidado de moler el café.

Lo mataron a los dos días, al salir del portal: un balazo en el pecho, dos en el vientre; un trabajo fino. Por la tarde avisaron en el taller de Rafael que la viuda había denunciado a los Fernández y a Celestino Escobar como autores del crimen.

—Ha dicho que los vio desde el balcón.

Rafael avisó en seguida a Celestino, pero ya era tarde. Lo recogió la policía al salir de la fábrica. Serrador pudo alcanzar por teléfono a los Fernández, y se escondieron.

A Celestino no le fue difícil probar la coartada: estaba en el taller a la hora del asesinato. Pero la policía dio con su nombre verdadero, y como estaba declarado el estado de guerra (lo narrado sucede ahora por octubre de 1934) hubo juicio sumarísimo y lo fusilaron a los dos días. Antes de matarle lo descalabrarón.

—Como Celestino Escobar te respetamos, pero lo que es como Celestino Morales, ¡ahora verás lo que es bueno! —le dijo el inspector. Y lo vio.

Rafael se había ido a vivir al final de la calle de San Pablo; estuvo algún tiempo como si le hubiesen cercenado el brazo derecho. Le subía por la garganta un regusto de matar. «¡Si cada uno matara un traidor!». Matilde y su madre habían desaparecido; durante algún tiempo no supo nada de los aragoneses. A los dos meses dio con Jaime en la calle del Conde de Asalto.

—Salimos poco. Ven esta noche a casa.

Vivían en la calle de Aribau, cerca de la Diagonal. Rafael se extrañó del relativo lujo: cortinas de terciopelo, platos y armas filipinas por las paredes, acuarelas y cromos. No le presentaron a la patrona.

—¿Sabes que vino a vernos la chivata?

—¿La Matilde?

—La misma. Hecha un pingo.

—¿Os la habéis cargado?

—¡Vamos, hombre! ¿Nos tomas por chavales? Debe de seguir en relación con la Social. Además, con eso de las denuncias no se sabe nunca. Se ven cosas extrañas. A lo mejor no fue ella. Ella jura y perjura...

—¿Cómo no os han detenido?

—Saben muy bien que no fuimos nosotros. Y ahora estamos en paz. Fue gente del puerto, y estaban en su derecho.

—Y ella, ¿qué hace?

—Esa no tiene ni cabo ni cuerda. Si sopla ya caerá.

Donde cayó fue a puta. «¡Si me la encuentro, la aplasto!», pensaba Rafael. Dio con ella de narices, una noche ya alta, frente al café Oriente, entre las de diez, doce, quince y veinte pesetas, según el deseo y el regatear; con bolso y rápido andar menudo entre la estatua de Pitarra y el llano de la Boquería.

Rafael le hizo una seña y siguió hacia abajo. La noche conservaba la tibieza de la solanera; la luna, a medias, andaba revuelta entre nubarrones rápidos ribeteados de día. Las hojas secas rasguñaban el asfalto al breve empuje del mismo viento. Los coches encendían y apagaban sus faros dando a la luz lo de las bocinas. Ella lo alcanzó frente al Principal. El puerto negro y mudo a lo lejos.

—¡Sigue! —le dijo Rafael.

—¿Qué vols?

Rafael la cogió del brazo.

—¡Sigue!

La soledad empieza después de casa Juan; los árboles se separan y empequeñecen con la cercanía del mar. Un tranvía arrastra su vuelta con sus rectángulos de color amarillento; arriba, Colón aparece según la luna y las nubes. Un cafetucho a medio cerrar da su jalde a los adoquines.

—Anda, quiero hablar contigo un rato.

—¿Sabes que eres muy guapo?

La voz cambiada; se le revuelven las tripas. Ella se le moldeaba, su muslo derecho sobre su muslo izquierdo. «No lleva faja», piensa el macho, y le pasa la mano por la cintura. Estaban al socaire de las últimas luces de la ciudad, en la acera, pegados a la verja del pedestal de la columna de don Cristóbal.

—Al fin y al cabo, *tu tens la culpa de tot*.

—¿Por qué? (Le duele ahora hasta el desgarre del idioma).

—¡Si no os hubiese traído a casa...!

Ni siquiera se le ocurre penar que fue Escobar quien le llevó.

—Sigo sin entender.

Tiene la cabeza arremolinada. La plepa se da cuenta que va a mala parte. Esquiva el tema.

—¿Qué haces ahora? ¿Dónde vives?

Y ladea hacia la Rambla. Los tranvías dan su vuelta prendidos de un hilo, chirriando.

—¿Qué te importa?

—Me importas tú.

—¡Ahora sales con esas...!

Rafael no atinaba salidas. «Me tiene que decir la verdad». La volvió a coger del brazo y la empuja hacia el puerto. Las tres, en la Aduana.

—¿A on aném?

—¡Tira!

Cuando llegaron cerca del muelle torcieron a la izquierda.

—¿Dónde vamos? Podríamos ir a casa. *Estaríem millor*.

«No le tengo odio, se extrañaba Rafael. Estaría por decir que no tengo nada contra ella. Si es responsable de la muerte de Celestino debe morir. O yo no tengo derecho a la vida». Iban por la vera del agua, hacia la Barceloneta. Rafael la volvió a favor de su cara.

—Tú denunciaste a Celestino y a los Fernández.

—Y ara... ¡Tú estás *chalo*!

Lo dijo con toda sencillez.

—Todo el mundo dice que fuiste tú.

Se rió:

—Estás *boig*. ¿Por qué los iba a...?

El chapoteo del agua quieta contra las quillas levemente meneadas.

—Te lo habrá dicho el charrán *eixe* del Jaume. Todo porque no me quise acostar con él. Siempre me metía mano por el pasillo. ¡*Porc*! Es un marrano. ¿*Ho has vist*...?

—No me ha dicho nada.

—¿Dónde vive?

—Lo sabes.

—¿Yo?

—¡Sí, tú! Fuiste a verlos. ¿Por qué mientes?

Un tren aúlla por la estación de Francia.

—*Anem qu'es fa tard*.

—¡Fuiste tú!

—Ché, calla. ¡Pues no eres *pesao*!

Hablan a sovoz, frente a frente.

—Los denunciaste tú, ¿sí o no?

—¡No!

Sin más, Rafael dio media vuelta y se fue. «Soy un cobarde». Diez pasos más allá reuniósele la rabiza. El remecer de las barquillas, único ruido de fondo.

—Anda, no *sigues* pelma, acompáñame a casa.

En el andén había gran pila de sacos de cemento; entre ellos y el agua dos metros escasos; la luna por el cielo gris, su luz por los suelos y las cosas como lechada muerta. Aculó la piruja contra el abultado muro: con el hálito de plata viola a una nueva luz, con churretes y llena de galga, el morro mugriento de carmesí.

—Mira, chiticalla, si no dices verdad pierdes.

—Calla, que das miedo.

—Eso es bueno. Habla. ¿Fuiste tú?

—No. Y no potrees más.

Tentábale a Rafael no dejarle hueso sano. Moquetearla hasta la sangre. Le detenía una repugnancia física. Ya le parecía sentir bajo su puño la piel aceitosa, fina de la churriana.

—Dicen que chivas.

—¿Qué hijo de su madre?

—No te importa. Lo creo. Siempre te ha gustado fisgonear y meter las narices donde nadie te llamaba.

Aquello le daba asco; hubiese dado una mano por no estar allí, por estar durmiendo. «A lo mejor estoy soñando».

—Anda, déjame. *Aném*.

—Si no me dices la verdad, te ahogo —y le echó las manos al cuello—. Hacíalo por montantada, por forzar una salida, atolondrado. Le tenía fija la cabeza contra uno de aquellos sacos —un polvo gris por todo alrededor, como un resultado de la muerte—, los pulgares cruzados sobre el gaznate. Sentía cómo la nuez de la carantoñera se amollaba para los adentros.

—¡Mira que chillo!

El apretó un tanto. Ella, con la luna de cara no le veía; si no, no le hubiese dado importancia al suceso. Con un poco de empuje le hubiera rechazado; así no se atrevió a moverse, y cantó. La culpa, de la luna.

—¡A ti no te han *matao* a *ningú*!

—¡No ofendas memorias!

Rafael no sabía qué hacer.

—¡Todos sois unos hijos de puta! ¡Venderían la *seva mare* por la política!

—Tú prefieres venderlos a la policía.

—Cuanto menos *eixos* pagan.

Una sirena les sobresaltó. Un barco se enmarzaba. Ella empezó a arreglarse el moño.

—¿Quién te ha metido en estos trotes?

—No el *coneixes*. *Ningú*.

Rafael respiraba más hondo: sabía. Por los cielos, sobre los extremos de las nubes, el blancor de la luna rayado por los mastelerillos, las poleas, los ganchos de una grúa dormida; el botalón de un brickbarca los señalaba desde el mar como un afilado índice. Los cabos sueltos por los aires, las amarras negras prendidas en los bolardos negros. El olor hondo del agua salada. El chapoteo musgoso contra la piedra. Y nadie; nadie en tierra, nadie por el mar, nadie por los cielos. El leve cloquear de las olillas. Ellos solos, de vuelta callada hacia la ciudad, muda de amanecer cercano, la mujer por el borde. Contó hasta tres, y a carga cerrada, de un repujón, la tiró al mar; echóse tras ella. Los tres metros escasos de la altura del muelle permitieron que la ramera reapareciese en seguida manoteando y bufando. Alcanzóla a voleo del pelo y la mantuvo bajo el agua con la mano derecha, agarrado a un anillón, encastrado en la fábrica, con la zoca.

«Zangolotea, que te bautizo y te vuelvo a bautizar. Arremolinate. Traga, traga. Ya puedes correr; chilla, sacude, tira. ¡Qué sofaldo de aguas te empuja y sube! Puedo más que el regolfear de las corrientes y el chasquidillo del mar bobo contra los sillares».

Se afianzó contra la piedra. Las manos de la víctima se agarraban a su antebrazo; frenético, último esfuerzo, buscando salida al ahogo intolerable, desesperadamente.

«Charca hedionda, ¿qué me roza? Parece que hay arrebatina entre cien aguas por llevarte». Cuando dejó de rebullir, soltó aquello que se le fue flojamente de la mano. Nadó hasta una escalinata, subióse y, al azar de un prois, dejó que el viento marero le fuese secando, volviéndole duro y frío. Dolíanle las manos, notóse una en sangre y pensó en el hierro mohoso de la anilla; pero era la derecha, y uñas dolidas las heridoras. Pasan, fumando, dos carabineros. Los trenes silban largo y tendido. El traqueteo olvidado de un tranvía. Una hora. Las cosas van cobrando perfil, los tinglados empiezan a formar sobre un cielo moracho y abullonado. No pensaba. «Debiera de pensar en Celestino». Se levantó y echó a andar muy despacio, hacia casa.

La noche se iba volviendo día sin dejar de ser noche. ¿Por dónde se infiltran los bultos? ¿Qué venenoso licor hace aparecer las cosas? ¿Qué falso estaño embadurna el mar, soldándolo al cielo? ¿Qué traición abre las puertas? ¿Qué muerte para las luces de la ciudad se desliza a escondidas? El día nace subrepticamente. Hasta el viento muere ante tanta felonía, ante tanta muerte. Todo se queda quieto. Lo más lejano, lo alto roba color. Este adoquín empieza a hincharse de piedra. El día acude por lo frío y por lo bajo, por lo bajo y lo lejos. La noche recula de miedo, se escurre y oculta. La luz es cobarde y no viene de cara. Vendidas estas amarras, estos mástiles, estas cajas, esta grúa, este reloj, este laúd, esta hélice abandonada, como una rosa de metal, este

pañol, estos aparejos, el movimiento de aquel hombre. Lo blanco, lo rojo y lo verde ya se distinguen en esa chimenea ensortijada. Vuelve el agua a batir contra el hierro, la madera, la piedra. El agua salada, el mar. De ti viene la luz, mi cadalso desmedrado y ruín escondedero del sol, más allá de los alcances.

Dejóse caer vestido, sobre la cama, tembleteando. Hundióse en seguida en el sueño como en una ciénaga.

Un silencio gelatinoso me liga las manos, los peces envenenados flotan sin corrientes, volviendo blanca el agua verde. Las ovas pardas y negras, veneno verde. Los helechos y el musgo se hunden enredando mis pies. El agua no corre, baja. Moriré ahogado de aire. Empiezan a rozarme los peces, un estremecimiento de nubes, un calofrío de terciopelo malherido, mis venas empiezan a temblar como un gran helecho; mis venas azules y mis arterias rojas, como en la escuela. Yo hubiese retorcido la última vena de agua entre mi mano de cristal y mi mano de carne, pero estaba atado, completamente atado.

Los muertos andan entre dos aguas hasta que los meten en un fichero. Entonces, sólo entonces, empiezan a cantar. Matilde cerrará el pico —es un cuervo, un cuervo mojado— porque por lengua tiene algas y cuando abra la boca le saldrán a borbotones, llenas de pus.

Tengo frío. Me hace falta una manta de algodón.

La poca agua está hecha para correr con el olor de la tierra. El agua quieta da miedo. ¡Acequia viva de Viver, desenróllate, que te coge, que te alcanza el remanso!, ¡qué te come viva!, ¡menea y remenea tus ovas y tus líquenes como si fuese tu propia cola!

Si cogen una mano entre las dos aguas, la mano está perdida. Las algas esconden siempre algo: aguamares, medusas, flecos, escorpiones, pulpos, anguilas. Las lacinias son cabelleras de ahogadas. El pelo está hecho para el agua: baila y rebaila sin pedir explicaciones, suavemente, ondeadamente, como una habanera, lenta curva amorosamente meneada. ¡Qué importa tu visaje para tu cabello!: lo sostiene, bate, adormece, musica, envuelve, alisa, peina el mar.

¿Qué espantoso hedor en mi boca? Te tengo bien cogidas las crines, bien hundida la boca entreabierta en el agua quieta. No hay púas, batidor, ni lendrera, peine espeso o escarpidor como las aguas de Viver, ni las del mar. Las piedras nacen del agua, como los peces, aunque salgan volando de las algas. Mi mano de agua empieza a hacerme daño, no puedo mover mis dedos boquiabiertos. ¡Ay, del lento arremolinar del agua del mar! (Sus largas palmadas contra la panza de las barcazas como si fuese el vientre de un caballo negro, y su sube y baja constante contra el muro moleño). Mi mano se queda debajo del agua, y yo echo a andar por la senda del tío Quico. En la senda del tío Quico hay una culebra muerta. Si hablo, la boca se me llena de cieno, de líquenes, de algas grises y negras, lacias lacinias, madre del pus verderón y del humor

negro. Tengo ocho años y ya tenía una mano de cristal; la culebra está muerta, en medio del camino, la cabeza reventada, despachurrada, machacada, los ojos sueltos. Mi mano está fría, transparente y muerta. Seguramente porque he dejado el balcón abierto.

No me bañaré nunca más en el mar.

2. «El Oro del Rhin».

Hallaron el cuerpo al día siguiente. La policía no se metió en demasiadas averiguaciones. El indicador cuesta barato y conviene variar. Tres líneas en *La Vanguardia*, y echáronle tierra.

Rafael vivía en una fonda: «La Perla del Nuevo Mundo». Solían dormir allí algunos comarcanos del Ampurdán (el dueño era de aquellas tierras) venidos de compras a Barcelona. Huéspedes fijos no eran más que cuatro o cinco. Fue consigna general, en los días que siguieron el 6 de octubre de 1934, el no salir de noche. Idos a dormir los transeúntes, formábase una tertulia en el comedor. Se reunían allí el dueño, conocido por «el Gordo», aposentador sin trabajo por aquel entonces y garitero de más o menos; su mujer, Desideria, oriunda de Collbató, pueblo carcunda de las faldas del Montserrat; un capataz de la cercana fábrica de electricidad, sevillano, comunista, y su mujer, Emilia, madrileña, callada, poca cosa, que cosía en casa para gentes amigas. Hacia el día diez se les reunió un muchacho como de veinticinco años, delicaducho, de cara blanca y pelo albazano, con el brazo en cabestrillo, por mor de un refilón de bala recogido el día siete por la mañana —de la Alianza Obrera, organización separatista— y más enfermo de miedo que de mal. El comunista se llamaba Agustín Espinosa; el hombre de Dencás, José Reverter. La mujer de Espinosa ayudaba en lo que podía a Desideria. Rafael procuraba que el parloteo durara lo más posible: la hora de meterse en la cama le era penosa por el recuerdo de Celestino. Hablaban de todo lo humano, dejando lo divino para la costilla del aposentador muy dada a las devociones, base de considerables trifulcas con el gorrón de su marido, sobremanera inclinado a jurar, renegar y blasfemar del santo nombre de Dios.

José Reverter, después de la derrota y prisión de Companys, no se atrevía a bajar al comedor. Rafael le hizo compañía en la estrechez de su cuarto.

—La culpa es vuestra —decía el catalán—. Si la CNT se hubiese echado a la calle hubiéramos ganado. Batet se hubiese puesto del lado de la Generalidad; se decidió en contra en cuanto supo que no os moveríais.

A Rafael le causaba cierto malestar el oírse aludido como parte activa de la Confederación. Hasta entonces su concomitancia con los sindicalistas no había pasado de un sencillo acatamiento a las órdenes de la organización confederal, del pago de sus cuotas, de la lectura del periódico. ¿Es que soy anarquista?, se preguntaba y, no muy seguro, estaba tentado de contestarse negativamente. Le parecía presuntuoso expresar sus disconformidades, sobre todo cuando no tenía más que dudas con qué enfrentarse. «Las dudas engendran calamidades. No puedo dejar de dudar; la calamidad, yo».

Contestaba con el aire:

—Se ha acabado eso de que nosotros nos dejemos machacar en la calle para que Perico de los Palotes viva en el poder de la fuerza de nuestra sangre. Nos echaremos a la calle cuando el poder pueda ser recogido por la CNT. ¿Para qué íbamos a morir el otro día? ¿Para quién? ¿Por el bigotillo de Companys o por la incapacidad cobarde de un Dencás o de un Badía? ¿No nos habíais aporreado los oídos con vuestra fuerza? ¿No necesitabais de nadie? Ya se ha visto. ¿Habéis perdido? Para nosotros tanto monta.

—Así hacéis el juego de la reacción.

—Mira, hijo: para nosotros la reacción igual se llama Anguera de Sojo que Martínez de Velasco; lo mismo nos ametrallan unos que otros. Además, vosotros no sabéis lo que queréis. Y si no, a ver: ¿tú qué eres: comunista, fascista, anarquista?

—No me plantees así el problema. Creo que cualquier política, para triunfar necesita mover fuerzas jóvenes, darle una mística, una disciplina, una acción.

—Bien, pero ¿qué mística? Una acción, ¿al servicio de qué?

—Nosotros queremos un movimiento político joven, ardiente, que sostenga en lo alto dos principios fundamentales: el nacionalismo y el socialismo.

—Yo, teóricamente, quizá deseara algo parecido, aunque en la palabra nacionalista encerremos dos cosas opuestas. Pero ¿te das cuenta de que estás formulando una profesión de fe nacional-socialista; es decir, fascista?

—¡Qué va!

—Aunque no quieras. Yo no soy la CNT ni la FAI, pero tengo que estar de acuerdo con ellas: han hecho bien en dejaros solos. ¿O es que crees de verdad que nosotros podíamos restaurar bonitamente en el poder a los de Figols, Arnedo, Casas Viejas y Castilblanco? Si por milagro hubieseis vencido, ¿quién estaría en el poder? Azaña, Reverter. Azaña y los socialistas. Y Bata con nosotros. Los anarquistas queremos implantar el comunismo libertario, y mientras no haya una posibilidad de que nuestra sangre sirva para implantarlo, que no se cuente con nosotros.

—¡Pero así la República se irá a paseo!

—Por nosotros ya puede irse a donde le dé la gana. Lo mismo nos han machacado los liberales que los conservadores. Y preferimos Lerroux a Largo Caballero.

Lerroux era la piedra de toque. El Gordo había sido «joven bárbaro», conoció a Ferrer y aun hoy era punto fuerte de un círculo radical. Cariancho y manirroto, las mejillas azafranadas con el viril apaño de medias patillas, muy hecho a su papel de bú, siempre vestido con una chaqueta de alpaca gris brillante, pantalón negro en invierno, pajizo en verano, revendía cocaína, amigado con ciertas celestinas del barrio que solían acceder, por lo guapo, a ciertas privanzas sobre sus personas o las de sus negociadas. El anticlericalismo, la autoridad, la tradición y el anticatalanismo eran el fuerte del tipo, todo ello bien aderezado de palabrotas y macerado en un cósmico desprecio de los hombres en el cual él no andaba excluido. No se le

alcanzaba que nadie obrara desinteresadamente; creía de verdad que todos los humanos eran unos cerdos, que no hay virtud sin precio ni funcionario que no esté en almoneda.

—Todo es cuestión de pujar —decía—. Me contaron una vez que en no sé qué libro de esos que llaman santos anda escrito que son tres las cosas que empujan al hombre: las persecuciones, la locura y la pobreza. Todo ello para acabar recomendando, claro está, la mayor veneración a los sacerdotes, los hacer-dotes, que digo yo. (Y guiñaba el ojo). No se me ha olvidado, y como no quiero que me empujen: ni me persiguen, ni estoy loco, ni soy pobre. El mundo está bastante mal repartido, pero si tuviese un origen divino, tal y como lo cree mi señora, debiéramos suicidarnos todos en señal de protesta, para joder a Dios. Lo que sucede es que no se lo cree nadie, y quienes salen ganando con la pamema, los frailes. En esta puñetera vida no hay más que la arrebatña; y si no te andas con ojo, te dejan como te ha parido tu madre, en menos de un credo. ¡Pero conmigo, van dados!

—¡Qué perdición! —gruñía su mujer.

—¡Cállate! —contestaba el gambalúa—. ¡Tú qué has de ser cristiana! Y si lo eres, es para tu egoísmo y tranquilidad. Por asegurar el mañana. ¡Te importa un carajo de los demás! Y si no, ¿por qué no bajas ahora mismo a repartir tus joyicas entre los que pasan, y tu ropa entre los que tienen frío? ¡Anda, te doy permiso! (Y se le iba la risa a borbotones resaltándole el vientre). Y te quemarán el culo por toda la eternidad: ¡No se la fío divertida a los diablos!

Su bicha eran los socialistas:

—Hay que acabar a palos y a puñadas con toda esa morralla. Viven a costa de los obreros.

No gustaba de las armas de fuego: Eso, para los cobardes —decía—. Tener la vida de un hombre en la punta del gatillo: ¡una indecencia! Arrearle a uno bien, en la cara, eso es otro cantar. A lo más, si hace falta, la navaja, que está dentro de la ley. Lerroux sabe muy bien lo que se hace. A mí me hacen reír los que hablan del anarquismo catalán y de su tradición. Los anarquistas tienen un padre, y todavía está de buen ver, ¡don Alejandro Lerroux!

—En eso algo de razón tiene usted —dijo Espinosa, que solía callar mientras estaba presente el bestión—. La gente suele confundir el individualismo con el anarquismo.

—¡Si usted lo dice! —respondió con chunga el Gordo.

—Aquí nos gusta hacer lo que nos da la gana, pero eso es orgullo y vergüenza —apuntó el sevillano.

Hubo un silencio, como si lo comedido sorprendiese.

—Cuando las elecciones —prosiguió el acerdado personaje— ganaron los socialistas; los anarquistas y Lerroux estuvieron en contra sin necesidad de

conchabarse. Y el otro día, cuando la chabacanada esa de los Dencás, Companys y Compañía, lo mismo.

—Dencás —terció Rafael—, metió en la cárcel a los dirigentes de la CNT, el día seis por la mañana. Por si no lo sabíais. Sin duda contaba con las fuerzas del señor Maurín. Con Espinosa solía charlar Serrador los sábados por la tarde.

—No comprendo ese odio que nos tenéis —decía el sevillano—. ¿No somos todos obreros? ¿No queremos todos una misma cosa, un mundo más justo?

—Cuando estáis en el poder nos asesináis.

—Primero que no somos nosotros; y luego: los socialistas no están solos en el Gobierno.

—¡Muertos cantan! ¡Tenemos que contestar! Y más fuerte, si posible...

—Así no iremos a ninguna parte. Con nuestra división sale ganando la burguesía.

—Sí. Pero si fuésemos unidos, querríais mandar vosotros. Y eso no puede ser. Nosotros somos más.

—Pero tenemos razón. Con vuestros hechos, no me meto ahora con vuestras teorías, no se va a ninguna parte.

—Porque pensáis así estamos donde estamos. Y el pueblo está con nosotros.

—Y con eso os contentáis. Pero ¡vamos a ver!, supón tú que triunfáis, que el poder es vuestro: ¿Cómo hacéis desaparecer el Estado? ¿Con qué? Tenéis que aplastar a vuestros adversarios. Para eso hace falta un aparato, un aparato dictatorial, tires por donde tires. O se os meterán en casa. Porque ¡lo que es acabar individualmente con los enemigos...! ¡Suponte a dónde os llevaría eso! ¿Crees que es ésa la solución? ¿Tienes derecho a matar a todo el que te dé asco? Siempre se es el traidor de alguien. No iba a quedar nadie, a fuerza de emparejar.

—Entonces empezaría un mundo nuevo.

—Lo que pasa es que nos tenéis miedo. Sabéis que en el terreno de la verdad somos los más fuertes. No tenéis la conciencia tranquila, y no quiero decir con eso que tengáis algo que reprocharos, como no sea el sentimiento de vuestra inseguridad.

—No sé. Lo cierto es que en el fondo nos despreciáis, a nosotros los anarquistas. Y eso, pese a todas las promesas, lo notamos. No sois sinceros. Y vuestra táctica es clara; queréis acabar con nosotros a la vuelta de la esquina, a la primera oportunidad. ¡No sería la primera vez!

—¿Prefieres que sigan ganando los burgueses?

—¡Por lo menos, así vamos viviendo! —dijo Rafael sonriente.

Acabaron de tomar unas cervezas que la callada compañera de Espinosa había subido del bar.

—Yo —prosiguió Rafael—, tengo cierta repugnancia en aceptar moldes que otros hayan forjado como continente de mi pensamiento. Hay algo que se me levanta adentro...

—¿Qué te has creído, desgraciado: que ibas a extraer del mundo, por las potencias de tus meninges, una nueva concepción de la humanidad? Se piensa de las cosas en la medida que otros han pensado antes que uno. Recoges el mundo, al nacer, en el estado en que te encuentras, y te mueves entre las formas que otros han creado, y de la misma manera que no puedes, tú solo, cambiar el trazado de las calles, tampoco el de los pensamientos. Puedes escoger, y no mucho. Y como dejes la humanidad a tu muerte, ese ha sido el progreso y tu gloria. Partir de cero es una candidez inaudita, como no sea cosa peor. Ya sé que la rebeldía individual es algo muy bonito, pero nada más.

—Las calles, los institutos, las iglesias se pueden quemar.

—Sí, y también hay terremotos. Pero las calles reconstruidas, si son particulares quienes reconstruyen los edificios, se parecen fatalmente a las destruidas. Los estilos son perifollos, y sus diferencias cominerías. Lo que importa es la estructura, que los edificios sean de piedra y no de cartón, como hoy. Que sepamos quiénes son los que viven en ellos, y qué es exactamente lo que tenemos que hacer. El sentimiento es tuyo, pero las ideas te las dan hechas, aunque no quieras, con la lengua. El idioma es una cosa seria. La única manera de entenderse, para vosotros los anarquistas, sería que os enseñaran a cada uno un idioma; en contra de lo que creéis, panacea esperantista. Vuestra política es sentimental y palabrera, que tanto monta.

—¡Para los pies! Nosotros queremos la libertad y la igualdad para todos. Con la dictadura del proletariado o séase la del partido comunista, reducís a nada la libertad.

—¡Moléis palabras! Para un comunista el problema de la libertad no existe, porque queda resuelto desde el momento en que se es comunista. El ser comunista es olvidarse de sí mismo. Y vosotros sois el individuo y base de la burguesía. Os une el mismo sentimiento de eso que llamáis libertad y que es libertinaje: ¡Todo para mí y el que venga detrás que arree! Tú, en medio de la noche, te sientes solo, alzado hacia los cielos y con virtud suficiente para juzgar a los demás. Nosotros, no: sentimos el peso del mundo sobre los hombros, y obedecemos. Por eso el ser comunista te costaría un trabajo superior a tus fuerzas.

—¡Te veo venir, lagartija! No me convences con darme ceba. ¡Para creer en Dios padre y en Satanás Trotski, hubiera sido católico como quería el cura de mi pueblo, lo cual me hubiera ahorrado muchos disgustos, dicho sea de paso! Y tenía otros medios que tú... Y pinchó en hueso.

—En el poder seríais mucho más intransigentes y sectarios que nosotros. No sabéis dónde ir; adónde tirar sí, y bien. Aceptáis lo absurdo como factible. Proclamáis la disciplina de la indisciplina. O una cosa u otra: uno menos uno, igual a cero; uno por cero, cero; o, si quieres, disciplina de la indisciplina, igual a indisciplina. Sois una fuerza negativa. De esta forma, el único poder es el personal, sea el de un individuo, sea, para daros gusto, el de un grupo.

—¿Vas a asegurarme a estas alturas, que en la URSS la dictadura es la de una clase y no la de una persona o, para darte gusto, la de un soviét?

—Sí, lo sostengo, aunque no lo quiera aceptar la burguesía por conveniencia y vosotros... por sentimentalismo. En la URSS existe la dictadura del proletariado, ¿me entiendes?, del proletariado. Los burgueses lloran por los burgueses. ¿Qué tendríais vosotros, de triunfar? ¿La anarquía? Murió hace años, todavía están enterrándola unos señores con grandes barbas blancas, completamente chochos. Habéis inventado lo del comunismo libertario; bueno, supongo que consistiría en vivir de la carniza de la burguesía. ¿Y después? Después, la revolución permanente, ¿no? Y tras ella, enseñando la oreja, el fascismo. ¡Sí, hijo, el fascismo! Te digo la verdad: yo, sindicalista sincero, ingresaría en Falange; es lo que más se os parece. No te enfades, sabes que te hablo con toda la simpatía que mereces. Y perdona el sermón. Pero me canso de oír a cada momento: «Ya nos organizaremos en la calle». La improvisación es virtud española, pero no tanto. ¿Vuestro objetivo? ¡Derribar el gobierno!, sea el que sea. ¡Y que no os emplean en echar abajo el que le conviene ciertas gentes que digamos! En una organización tan abierta como la vuestra se entra como Pedro por su casa...

Rafael discernía lo que de marchamo oficial tenían aquellos párrafos; pero le aumentaban las dudas y las inseguridades. Aquel día cenó sin palabras y se fue, sin más, a la cama. El domingo por la mañana perdonó la feria de libros; sentóse frente a su mesa, cogió un papel y escribió lo que sigue:

Quiero empezar por cero.

I

Eso de pienso, luego soy, incompleto. Mi cuerpo, el agua, ¿no es?

¿Qué soy?

A	B
Para los demás	Para mí
1	1
Lo que hago	Lo que pienso
2	2
Mi presencia física	Mis sentimientos

Yo: manantial. Unas aguas al adentro, otras regaladas. Tanto discurre, tanto eres. Hay aguas extrañas, conócelas la gente. Personalidad, yo: cero. Todo el que tiene,

da. La avaricia no es vicio del alma, sino del cuerpo. Id: gula, ira, pereza. Vicios del alma: soberbia, lujuria y envidia. ¿Y el odio? El odio es virtud. Para odiar se necesita entusiasmo. Yo no odio, desprecio. Ejemplo: Matilde.

Me he perdido

Soy, luego pienso, luego soy.
Estoy, luego vivo, luego estoy.

II

¿Con quién estoy?

De un lado:

Los que no tienen nada, los pobres, los que convierten su esfuerzo en un pan estrecho; los que tienen ni ese pan, ni zapatillas, ni abrigo; los que no tienen dónde lavarse, los que temen el invierno, los que tienen mugre y piojos; los sucios, los analfabetos, los que trabajan desde los siete, ocho, nueve, diez años, los gañanes, sí, los asalariados: los hombres de carga, los azacanes, los que tienen la piel de la mano hecha piedra, los torneros, los aradores, las liendres, las putas, los que hieden. Los que nunca han visto el monte, los que nunca han visto el mar. *Los que viven en contacto directo con la materia*, con el agua, el fuego, la tierra.

En medio:

Los contables, los dependientes, los tenderos, los oficinistas, los periodistas, los actores, los sastres y los sombrereros sin dependencia. *Los que han realizado el sueño de su vida*. Los burócratas, los oficiales segundos o terceros, no sé. Los hermafroditas, Los híbridos. *Los que se contentan con lo que tienen*. Los retirados, los inválidos, los intelectuales, los santos, los sabios, los justos. Sobre todo, los dependientes de ultramarinos y los viajeros

de comercio, los labradores. Los mendigos.

Del otro lado:

Los que tienen cuarto de baño, los que tienen más de dos toallas y mujeres limpias esperándoles en paños de Holanda o recostadas en meridianas vestidas con batas con haldillas de encaje. Los que se adornan las uñas con especias traídas de Nueva York en camarotes con terraza y ping-pong. Los que pagan con el trabajo de los demás. La policía, los generales, los que toman taxis. Los que tienen bibliotecas encuadernadas. Los que tienen dos waters. Los que van a palco. *Los que se aburren*. Los que tienen las manos blandas. *Los que nos desprecian*.

Si yo fuese dictador los unos andarían afeitados, los otros con bigotes, los del medio con barba. Soy y estoy con los primeros. Lo sé y lo re-sé, pero bueno es repetírselo de cuando en cuando, como se mira y remira lo que le gusta a uno.

III

¿Qué he sido?

1

Para los demás

Nada

2

Para mí

Nada

¿Qué se ve, qué queda de mi trabajo?

¿He sido, soy el polvo que he quitado en la platería de Castellón?

¿Los paquetes que he distribuido en Barcelona?

¿El brillo de las barras que niquelo?

¿Vivo la vida ahogada de Matilde?

IV

¿Qué debo hacer?

a). Crear.

¿Qué? No tengo idea. Entonces *descrear*.

b). Construir.

¡Piscis!, que dice el otro. Entonces *destruir*.

Lo único que puedo hacer para dejar

jacilla: matar o quemar.
Dicen que nacer y morir son una misma cosa. Vamos a verlo,
y hacer y deshacer. Si destrozó una cosa
tiene que renacer;
luego si aplastó, creo.

¿A quién mato?
¿Es solución el suicidio?
Matilde.
Para llegar a justificarme
de nuevo, ¡tanta vuelta! ¿Es
ahí adónde quería llegar?
Me tengo en menos.

¿Qué quemo?
¿La revolución? No tenemos por
ahora los medios
para llevarla a cabo. Prueba
de ayer, el 6 de octubre.
¿Trabajar para la unión?

No soy nadie. ¿Obedecer?
Para dejar de ser yo, un
tiro.

¿Miento? Creo en mi inutilidad. Me parece que miento. Creo que miento. Estoy
frente a una pared. Una pared de hormigón armado. Como diría Celestino, no puedes
ni subirte por las paredes.

Rafael releyó lo escrito, lo rompió, se tumbó en la cama. Intentó leer más allá de
la página dos del *Discurso del Método*, que el librero le había recomendado, y volvió
a caer en sí mismo.

Lo que importa es la verdad. No para qué vivo, sino para qué debiera vivir. No
puedo escoger. ¡Tontería! Siempre se puede escoger. Uno escoge siempre. Aunque no
quiera. Vivir es escoger. Siempre se puede hacer lo que no se hace. No se hace lo que
se quiere: lo que se escoge. Se escoge entre lo que dan a uno. Escoger es vencer o
dejarse. Si escojo vencíendome, ya he vencido. Quien duda, muere; quien escoge,
vence. Dudo, luego estoy vencido. No es cierto. Sé dónde está la verdad, y estoy con
ella. Lo que no conozco es el atajo. Los caminos de la providencia, etcétera, pero

¡vive Dios!, todos los caminos llevan a Roma. Sí, hijo: ¡por los cerros de Úbeda! ¿Y si a medio camino te das cuenta de que vas errado? ¡No importa!: ¡ése es el camino! Y si te vuelves atrás, ¡ése es el camino!

La verdad es la injusticia. Yo deseo la justicia El camino de la verdad y de la justicia, es la injusticia. Con la injusticia por la justicia... ¡Vaya camino ladeado de precipicios! Si no caes a la derecha, caes a la izquierda. La cuestión no es saber lo que es justo y lo que no lo es, sino que yo esté en lo justo. Y sobre todo no ser espectador. ¡Qué teatro el día en que no haya espectadores, y sí sólo actores! ¡Ser parte de la verdad! Luchar y ver. A ver si me entiendes: importa que la cosa sea justa y verdadera, *pero que yo no la vea*, que yo sea la cosa misma.

Se durmió. Despertó a media noche y siguió con la manía de los papeles.

I

—¿Qué justifica mi vida?

—La, idea, la presencia, de mi cuerpo en el mundo.

II

—¿Qué merece que la sacrifique?

—La vida de los demás, la mía inclusive.

¡A paseo las escrituras! Vuelve a la bartola. «El mundo es una fábrica de hilaturas. Desenredemos la madeja sin perder el hilo. El mundo es un pañuelo. El mundo es como es y no como ha sido. No importa tu padre, sino tu hermano, el zapatero de la esquina». El recuerdo de Matilde como agrio regüeldo. Y el de una conversación, en el comedor, sobre los chivatos. «¡Siempre habrá muérdago!», que decía el Gordo. Y el retintín: «¡La has matado porque te lo pedía el cuerpo!».

—La he matado porque me daba asco. Punto.

«¿Debo matar a todos los que me dan asco? ¿Por qué no te cargas al Gordo? ¡Más indecoroso...! Bajas por la escalera del 95. Pasar por el terrado no es problema. Das la vuelta por la Riera Alta y cuando pase, lo picas. Vuelve todos los días de tres a tres y media. Ni visto, ni conocido. Entrás por donde saliste. ¿Hace? ¡Vamos a ver los valientes! ¿Por qué llamarán capitalistas a los que se tiran al ruedo? ¿Por pura crueldad y sarcasmo?». El sueño, como un agua de muerte.

Consiguió una Astra del 9 corto y fijó la fecha para el lunes siguiente. No había disparado nunca un arma de fuego. Fuese a dormir temprano la víspera, puso el despertador para las dos, por si se dormía. Antes de cenar había dado otra vuelta por el lugar predestinado y el embocadero escogido. Cenó tranquilamente, se acostó vestido —«mejor es que no me vean por la calle»— y se durmió como una piedra hasta un minuto antes de la hora señalada. Salió sin ruido —había aceitado cerradura y pernios—, pasó de la azotea al terrado desguindándose por los escarpiadores, bajó a

la calle y se embocó diez minutos antes de la hora prevista.

Hacíale daño la diestra de tanto apretar la empuñadura de la pistola. ¿Debía adelantar el botoncillo o dejarlo tal y como estaba? Pasaba gente a medio metro de su escondrijo. Oía a col frita, a basura. Maulló un gato en mal de gotera. Rafael, para no pensar, contaba. Contó hasta el ciento cincuenta y ocho. Hacía más de seis meses desde lo de Matilde. Sí, bastante más. Tal como estaba anunciado, no había luna. ¡No hay nada como el calendario! ¿Y si se le ocurre pasar por la otra acera? No es su costumbre. Había acordado que si así sucedía demoraría el atentado hasta el día siguiente. Debió de transcurrir media hora. Sólo vivía su mano, muerta. Unos pasos lejanos, el frenazo de un coche. Casi no le oyó venir, vio su perfil de barrigudo de Nogués a la rala luz del gas. Contó: ¡uno, dos! Saltó de la espelunca a la calle y, a través del bolsillo, disparó. El traquido y el retroceso lo dejaron suspenso. Diole violento al gatillo. Inútilmente. El Gordo se había derrumbado baladreando. El sereno, a lo lejos, echaba el hígado por su pito. Por la ciudad adormida, creciendo concéntricamente, los silbatos se contestaban. Rafael puso piernas de por medio; volvió sin dificultad a su cuarto. El arma se había encasquillado; le costó Dios y ayuda descargarla; luego hizo un desgarrón en su chaqueta para encubrir la perforación. Al cabo oyó voces, mucho más moderadas de lo que esperaba. Iba a salir, ya desnudo, cuando oyó mascullar al Gordo. Entreabrió la hoja.

—¿Qué pasa?

—Nada —contestó el vil—. ¡Gajes del oficio! Hasta mañana. ¡Descansar!

Una bala en el antebrazo. Se lo dijo Espinosa, que lo supo por su mujer.

—Sabe quién ha sido. Fulleros todos. ¡Allá se las entiendan! ¡Tan ladrón el que le ha tirado como él!

—¡Lástima no le atinaran! —respondió Rafael por ver venir.

—¿Por qué? ¿Qué más da? Un sinvergüenza más o menos no arregla el mundo.

Serrador habló con González Cantos.

—¡No, hijo, no! El atentado personal es un método de defensa. El mundo se ganará en la calle. Y lo simbólico pasó a la historia. Nadie cree ya en símbolos. ¡Ni los italianos!... Eso, frente a la guardia civil.

—¿Y cuándo? —le preguntó Rafael medio en broma, medio en serio.

—Depende más de ellos que de nosotros.

El tiempo, por sí solo, no resuelve dudas. Acaba en nieblas el año 1935.

Búscanle entonces los Fernández. Les hablan de Falange.

—También nosotros hemos pasado por ahí.

—Son anticapitalistas y anticatalanistas, lo cual siempre está bien —dice Atilio—. Te lo digo negro sobre rojo: sin disciplina no vamos a ninguna parte. El programa de Falange no está tan lejos del de la Confederación.

—Sí: ¡del otro lado!

—¡No, Serrador, no! Se trata de atacar al capitalismo por dentro.

—¿No te dice nada de eso de nacional-sindicalismo? —insiste Jaime—. Además, tienen la misma bandera que la CNT.

A Rafael todo eso le parece mezquino, pequeño: barateo del alma. El querría un mundo de acciones heroicas. No se atreve a decírselo a nadie, pero no anda lejos de creer que grandes hazañas individuales podrían cambiar la faz del mundo. El viejo regusto de matar traidores. ¡Todo eso, odres o molinos de viento!, se contesta.

—No te comprometes a nada. Ven con nosotros alguna vez al café.

Fue. Se reunían, hacia las dos y media de la tarde, en el «Oro del Rhin». A Rafael le chocaba ir a tomar café en un sitio de tanto postín.

—Oye —le preguntó el primer día a uno de los Fernández—, eso del «Oro del Rhin», ¿es alusión?

—¡Vamos, hombre! ¡No tienen un céntimo! Por ahora.

—Y como somos los primeros, nos haremos los amos —realzó el otro.

Servía aquel turno un camarero conocido de Serrador, del PSUC: negro, decidido y charlatán. El que se reunieran bajo los oídos y a sabiendas de un enemigo político predispuso favorablemente a Rafael; decidió no tomar aquello muy en serio. (En el fondo, Serrador no cree en la posibilidad de un fascismo serio en España, ni del comunismo vencedor. «Creo en la muerte y quiero un mundo justo, sin ricos ni pobres. Fuera de esto, ¿qué sé?, ¿qué quiero?, ¿qué creo? ¡Nada!»).

Sin adarme de grasa, el capitoste de aquel cotarro de ocho a doce personas, según los días, acecinado, seco, la enjuta carne asoleada, pétrea cabeza erguida, ojos corvinos desmedrados, curiosos, de rapidísimo girar y agarrarse, mandando en una importante nariz fina, que cobra estilo romano y cordobés de perfil; la frente asurcada, el pelo ralo a lo espín, la rapada barbilla, hendida como posaderas de melocotón al adelantarse cuando cierra, apretados, los puños en ademán de voluntad; bríllanle entonces las niñas como azabache pulido o aceitunas zarzaleñas; los hombros altos, el fuerte pecho abovedado; la vestimenta pobre, un tanto raída de limpia: chaqueta de pañete gris, los calzones más oscuros o más claros mostrando su desprecio de sastres y cominerías, largas manos, largos dedos nerviosos; hombre de mal fumar, chupetea los tabacos en rápidas bocanadas, dándole a los labios lo que es de la gola. Anda a zancadas, los brazos penduleando; se le ve el esqueleto a la legua. Un hablar corto, boquicerrado, hecho a obedecer y a mandar, encubriendo en moldes castrenses una fundamental timidez y un bárbaro pudor de sus sentimientos. Para él cuentan dos cosas: el valor y la escritura castellana: lo demás, en menos. Treinta y cinco años, o por ahí; montañés de pecho, con la emoción en cada mano y la voluntad de encerrarse disciplinado en lo frío y escueto. Su afición profunda a lo barroco y a la sensualidad del bien decir no le traiciona en la calle: atiende a cuantos se le acercan y juzga del mayor interés sus más pequeños negocios; le puede su indulgencia;

combátela perdiendo. Se llama Luis Salomar; ha nacido en los límites de Vizcaya y la Montaña, en una casona de las de muchos años y pocos dineros, con tíos ricos en los puertos: Bilbao y Santander, de esos que se fueron en busca de los negocios, dejando el nombre y uno de los hermanos en la tierra. Con nieves, tiempo por delante y muchos libros, amontonados al pasar de los años y azar de los continentes por un lejano tío aventurero, había llegado sin dificultad a mozo, sin madre, muerta en las primeras lejanías de su niñez; las caricias le supieron siempre a cosa de criadas. Enamoróse muy joven de una tía suya, paliducha, fina, alegre, con treinta años pequeños metidos bajo una manteleta azul: armóse la marimorena cuando la familia husmeó carne caliente. Con sus dieciocho años, fugóse Luis al África, el corazón destrozado, a alistarse en la Legión. Llevaba como equipaje un cuaderno de poemas en prosa y la idea de morir matando infieles. El silbo de las balas y el vivir blanco, lento, ardiente, devoto, de los moros entreabriéronle la posibilidad de un vivir heroico sin tumba o cuervos inmediatos. A los dos años recibió carta de su linda tía, desde Barcelona, adonde la llevó el mal ver de sus familiares. Salomar se liberó después de la toma de Alhucemas, y fuese «a donde los Condes». Curó el amor con la presencia, convirtiéndolo en dulce amistad. Traía el galán un libro y lo publicó con éxito circunscrito a su tierra norteña; comentóse de refilón en algún café de Bilbao donde se reunían gentes que tenían una relación más moral que material con la política, y que no dudaban de poder conservar indefinidamente esa posición. Nuestro hombre escribía bien, con retumba y retumbo, al estilo y gusto de los hijos de don Pedro de Eguilior y de don Miguel de Unamuno. Arremolinábanse 1924-1925.

Salomar gustó apasionadamente de Barcelona, andaba por ella con ínfulas de conquistador, le parecía vivir en unas riquísimas Indias donde cielo y tierra eran españolas por la fuerza de las armas, y los indígenas enanos apenas dignos de su suerte. Apegóse a la ciudad, amó su buen aire y el tufillo de pelea. Debíasele de fuero y derecho habitación en ella. La cercó y halló, muy de su gusto, en la calle de Fernando: un guardillón con azoteílla, que forró de estanterías y relleno de volúmenes comprados en sus diarias husmas por las librerías de viejo. Dióle por los místicos, no por procurar su salvación sino por lo enroscado, brillante, barroco, florido, flámeo, retorcido y difícil del estilo y el solo placer de los vocablos; leyó kilos de predicadores del siglo de oro, pasmábase regodeado ante palabras en desuso, modos anticuados, arcaicos, refranes, y así, para su placer y memoria, vino a formar un archivo de palabras, frases y dichos desusados y aun caídos en olvido: amontonó miles que ordenaba en lo mejor de sus noches, en muy cuidados ficheros. Vivió temporadas enteras enfrentándose con Isabel de Castilla, Gonzalo de Córdoba o fray Luis de Granada: salía de esos vis a vis con una España Imperial colgándose en papandujas por todos los intersticios. Escribía con dificultad, la constante preocupación del modelo le impedía el vuelapluma, volvía diez veces sobre lo hecho

quitándole toda espontaneidad, sacrificando al bien decir toda doctrina.

Nacían por entonces, en todas las capitales españolas, revistillas literarias; la dictadura regalaba tiempo y el ocio engendraba bravas maneras de decir. La conmemoración de Góngora ayudó a todos. Fue la fiesta de *Las Soledades*. La poesía vino a cifra y fábrica en los menores: pero rara vez se habían hallado vivos tantos poetas jóvenes con tan ricas dotes: García Lorca en Granada; Alberti en Puerto de Santa María; Guillén en Valladolid; Salinas en Madrid; Diego en Santander y Gijón, Prados y Altolaguirre en Málaga, y sus maestros Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno y Antonio Machado. Salomar decidió que Barcelona no podía vivir sin revista, y la fundó. Juntóse con vates aquejados de mal de imprenta, dependientes de comercio en celo de lectura, vagos profesores de literatura, catalanes con reconcomios de ser nombrados en las tertulias de Madrid: nadie que le llegase al calcañar. Con sus escasos dineros —malvivía de traducciones— y su tenacidad, la revista pasó adelante y tuvo su tertulia.

Luis Salomar se mantenía de leche, fruta viva, almendras y alguna ensalada que partía con su tortuga, del mismo modo que la leche era a medias con su gato. El amor se le convertía en recuerdo de mocedad, y en cuanto a la coyunda, los nada santos aledaños de su casa se las permitían frecuentes y variadas; alguna hurgamandera reincidía sin querer percibir salario, vencida por su buena voluntad, hombría y falta de malicia. Su tía, de tarde en tarde, llegaba a poner en orden la buharda; no en su mesa, siempre lucida, sin papeles inútiles. Barcelona, la segregada en siglos por el puerto, atábale y desatábale los sentidos. Permitíase sin remordimientos, cuando tuvo amigos, juergas que corrían del tinto o del verde a la más encendida solera; gustaba de broncos vinos españoles y viejos platos castellanos y norteños; chorizo riojano cocido en vino, pote gallego, cordero asado, o de una tortilla de patatas, gruesa como de dos dedos, aceitosa y fría, rebañada con ajoaceite, bien mullido de Riojas o Valdepeñas, con queso manchego, almíbar de guindas, pestiños, polvorones o alajús por montera, el todo emparedado entre los esforzados caldos de Sanlúcar o Moriles. Zahería a sus compañeros aficionados a alcoholes extranjeros tratándoles de bombones, maricas y franchutes; íbase a dormir el último, a su palomar, muy derecho y muy curda.

Para él existían los españoles y los árabes; luego —esperando órdenes a lo doméstico— los italianos y los flamencos; enfrente los enemigos: ingleses, a su lado los descarriados: portugueses y americanos a quienes, un día, habría que volver al hatillo de grado o a la fuerza; y en el centro, a medias querida y campo de flores y batallas, Francia. Parecióle, naturalmente, de perlas el movimiento de José Antonio Primo de Rivera; éste comprendió que Luis Salomar era un elemento aprovechable para su menguada, nesciente, pataratera y señoritil hueste; el escritor montañés, ingenuo, soltero, duro y obediente, modesto con su orgullo de hombre a cuestras, era

una base segura.

Los otros contertulios eran de las más diversas calañías, al azar de los enganches. Tres o cuatro señoritos de lo más o menos precipuo, algún señor-listo, los más: perdigones en busca de jarana; un fullero, un raterillo que se tuvo escondido de polizontes durante ocho días pasándolo de casa en casa de los tertuliantes; algún catalán en mal de castellano, que no solía echar raíces, y eso que para los traidores a su lengua abría Luis los brazos con singular afecto; todos quitamotas del Jefe, zangolotinos que venían a hacer la zalá al futuro triunviro; dos empleados de Hacienda, un periodista, un editor, y sobre todo hijos, muchos hijos: hijos de banqueros, de fabricantes de medias, de paños, hules, gutaperchas, de almacenistas de carbón, de exportadores de frutas, de marqueses llegados a más: dos médicos, un agente de seguros; pasaron por allí dos estudiantes, un abogado. Los únicos obreros, y era mucho decir, porque hacía ya meses que no trabajaban, los Fernández. Serrador se encontró perdido. Referíanse a una reunión en Valladolid, pero en seguida la conversación se fragmentó: quién hablaba de cine, quién de baile, quién seguía con lo anterior, quién de libros, quién de negocios, quién de coches, quién de la revista.

—¡Hola, Rubió!

Llegóse a las mesas un señorito hombrón, jovenzuelo y pagado de su facha, bigotín castaño, crudillo en los hombros.

—Por ahí andan —desparpajó— de esos que llamáis comunistas o socialistas, haciendo cerrar los comercios a la fuerza. Yo estaba en casa Morell y entran dos pintas: —¡Los cierres, en seguida! Por las buenas, como si estuviesen en su casa; y le niegan la entrada a un cliente. El hombre dio media vuelta y se fue por donde había venido. ¡Si llego a ser yo!... Y eso que no es de caballero tratar con esa gentuza.

Un moreno sentado frente a Rafael le cortó:

—Le advierto que soy un caballero.

—Nunca lo he puesto en duda —contesta el recién llegado.

—Y socialista —acaba tranquilamente el hombre.

Pasó un ángel.

—¡Claro, hombre, claro! —dijo Rubió, y fue a sentarse al otro extremo de las mesas. Y se habló de otra cosa.

A la consunción de la dictadura, las revistas provincianas y esporádicas cayeron a mejor vida. Sus paridores hicieron, en su mayoría, oposiciones o pinitos políticos: podía cambiarse de régimen de la noche a la mañana; eso reforzaba perspectivas del quítate para que me ponga yo. En 1930, el mundillo burgués fue republicano. Cuando se proclamó la que había de ser panacea, un tanto por chiripa, como si del dicho al hecho hubiese desengaño, no fue tanto: los de buen nombre vieron aquello como un insulto personal, los de buen capital con temor. Ser republicanos con la República no vestía ya nada. Y cuando los socialistas intentaron unas tímidas reformas, los de

posibles y los radicales se dieron la lengua y quebraron la niña. En noviembre de 1933 las derechas españolas —lo serio: la Iglesia, los señores feudales con sus generales a remolque— se dieron cuenta de que podían ganar decisivamente la partida y empezaron entonces a preparar su alzamiento de julio de 1936. La CEDA era buena pantalla: inconsciente en gran parte y, a lo que parecía, a lo sumo, camino de la restauración; entretúvose en reparar los escasos males que el gobierno republicano hubiese podido inferir a sus adherentes. Lerroux era el alcahuete, dechado de echacorvería. Ahí estaba, medradilla, Falange Española; diéronle empuje los que podían: los militares por conveniencias internacionales, buen pasillo hacia Roma y Berlín donde fueron recibidos con los brazos abiertos; los monárquicos, por considerarla aliada bullanguera a quien se desbarataría de un papirotazo el día que conviniese; la Iglesia, con mil amores, sin nada que perder: los falangistas se hacían lenguas de la grandeza imperial y gloria externa de la Santa, Apostólica y Romana Iglesia Católica. Ninguno de ellos reparó un momento en la doctrina nacional-sindicalista. Les importaba un comino; Falange era para ellos una careta, un sésamo, un tranquilo, un pase.

De la época en que la revista era exclusivamente literaria (murió por los tiempos de lo que se narra) quedaban dos contertulios, benévolos izquierdistas, que no tomaban en serio la organización de Luis Salomar. «Está jugando a los soldados», se decían. Uno era el que le había contestado a Pedro Rubió Masferrer: andaluz, panadero y poeta. A su lado, para diversión de media tertulia, don Prudencio Bertomeu, famoso editor, barbiblanco y bezo rijoso, alto y de buen ver, corbata blanca y botines en todo tiempo, hacía el pillín. Su gloria era creer que todos le conocían, lo cual era cierto de los barceloninos de más de cincuenta años: el mundo, para él. Gran amigo de Ramón Casas y Santiago Rusiñol, no comprendía gran cosa de lo que sucedía a su alrededor; vivía en una Barcelona chica, toda volutas y corsés emballenados. Levantaba alboroto con lo siguiente:

—Me echan en cara, decía, que comparta las necesidades propias de mi sexo con muchachas de dieciocho años. ¡Es for-mi-da-ble, amigos míos, in-com-pren-si-ble! ¡Bah, la gente es así! Pero ¡va-mos-a-ver! Sí, me dicen, ¡si usted se pusiese en re-la-ción!, en re-la-ción con señoras cuya edad compaginara, ¿se fijan ustedes?, ¡com-pa-gi-na-ra!, con la suya... Tengo sesenta años. ¡Sesenta! Y resulta que la compaginación com-pa-gi-na-da son los cuarenta y cinco. ¡For-mi-da-ble! Nadie sabe por qué regla de tres, pero sesenta macho igual a cuarenta y cinco hembra. Pero ¡oído a lo mío!

El hombre se arrellanaba en el sofá rojo oscuro; cerraba el puño, dejándolo caer con parsimonia sobre la mesa para evitar desgracias coperiles.

—¿Envejecen ciertos sentidos y otros no? El tacto, pon-ga-mos por ca-so, ¿está peor visto que el gusto?, ¿qué el ol-fa-to?, ¿qué la vista? ¿Prohíben a los hombres de

mi edad co-mer lecho-nes? ¡Sí, señores!, ¿le-cho-nes? ¿No? Si la gente fuese con-se-cuen-te, debiera o-bli-gar-nos a comer cerdos abuelos, ¡abuelos! Y prohibidas las ter-ne-ras pasados los cuarenta, y pro-hi-bi-dos los espárragos tiernos. A mi edad sólo los espigados o en conserva. ¡Adiós, pichoncillos y corderos! ¡Pro-hi-bido ver bo-ce-tos después de los cuarenta y cinco! ¡Ahora le tocan a usted los cuadros de historia! ¡Señor mío, clamarían todos! Entonces, ¿es razón que porque me gusta tentar un cutis fino, una epidermis turgente y las cosas bien puestas deba, porque el tiempo se pase de listo y largo, deba gus-tar-me lo ajado y blandengue? ¡Des-co-no-ci-mien-to de la vida, amigos míos! Envidia. ¡Hay que ser consecuentes! ¿Por qué obligarle a uno a cambiar de opinión? Yo era conservador de joven. Continúo siéndolo. Me gustan los vinos viejos; pero cuando son buenos, prefiero los del año. ¡La carne fresca, amigo mío, a los veinticinco y a los sesenta!

Rafael Serrador no sabía dónde meter las manos ni el entendimiento. Era la primera vez que oía hablar de esta manera. Sus compañeros, él, repartían a granel interjecciones y tacos al hablar, pero oír tan largo sobre un tema callado le sonaba extraño, jactancioso. Todos aprobaban ruidosamente las graciosas manifestaciones del editor.

—¡Bien, don Prudencio, bien!

Levantóse uno y al despedirse dijo:

—Tengo mucho que hacer.

—¿Tú?, ¡qué has de tener que hacer! ¡Escribir y gracias!

—¿Y es que eso no es trabajo?

Intervino el camarero.

—Ustedes, los intelectuales, no saben lo que es el trabajo. ¡Ni idea!

Protestaron los más.

—No deja de tener razón —indicó, no muy seguro de sí mismo, un dependiente de comercio.

—¿Por qué? —preguntó Salomar, volviéndose rápidamente hacia Rafael, aunque el interruptor estuviese más a su derecha. «Vivía de perfil», decía uno de los profesores de literatura, parodiando el verso célebre; y efectivamente, siempre estaba de canto, aristas a la vista—. Lo que yo hago... (no había fucilar de desprecio alguno en el tono).

—No —respondió tímidamente el aludido, no es eso—, cuando vosotros trabajáis, dejáis rastro, y nosotros no. No sé si me sabré explicar: yo trabajo en la tienda como puede hacerlo una criada en un piso. Ella quita el polvo: yo vendo, arreglo los géneros; mañana ella volverá a quitar el polvo: yo, a hacer las mismas cosas. Si ella deja de quitar el polvo, yo de arreglar las piezas, se ve.

Sí, pensó Rafael, es como si yo abandono las barras o no las pulo; y el ruido del taller se le subió a la cabeza: las poleas, las transmisiones, las correas, los motores, los

bombos del pulido, todo alborotando, reduciendo los sentidos al solo oído, volviéndole tonto.

—Pero vuestro trabajo queda patente y el nuestro generalmente no —dijo un profesor catalán.

—Sí, es posible —continuó el vendedor—, y que ahí radique un tanto del desprecio de los obreros para la gente de libros.

—¡Si no tuviesen más razón que esa! —dijo Joaquín Lluch—. Pero cada día repetimos los mismos gestos sin saber para qué los hacemos, sin otro fin que la paga del sábado.

—¿Te parece poco?

—Sí. Ustedes trabajan hoy sobre sus resultados de ayer. Adelantan.

—Nosotros —dijo Rafael, y todos le miraron— vigilamos los medios de producción, y no importa lo que salga: un tornillo es siempre un tornillo...

Se cortó. «¿Para qué habré hablado?», y puso punto en boca. Sin embargo, quería decir una cosa que estaba bien, pero se le escapó el concepto. «¿Qué pensarán éstos de mí?».

—Esa era la ventaja del artesanado —dijo Pedro Rubió.

—¡Claro! —le contestó Salomar—. Dejaban rastro. Lo que no queda es rastro de ellos. Por eso los campesinos no quieren saber nada de socialismos y otras zarandajas.

—Esos no solamente dejan rastro, sino rastrojos —triunfó un barbilampiño con voz aflautada.

—¡Bien por don Carlos! —rubricó Salomar.

El retruécano era para algunos de los presentes una manera de pensar; con la mollera vacía, les salvaba el idioma. Sus admiraciones corrían de Unauno a Muñoz Seca.

—La gentuza no ve del trabajo más que el esfuerzo muscular —insistió Pedro Rubió.

El camarero:

—Ya sé que para usted, don Pedro, la gentuza es el pueblo. ¡No!, ¡si me parece muy natural! Nosotros... —no se atrevió a terminar la frase. Enlazó—: Este sentimiento respecto del trabajo físico no es del pueblo, es de la burguesía.

—Entonces —le respondió Rubió— hay muchos burgueses entre los trabajadores.

—¡No digo que no! —dijo el mozo yéndose a servir otra mesa.

—Sí —expectoró un abogado con cara de mona—, el odio a las profesiones liberales nace de ahí. Miden el trabajo por los callos.

—¡Y tienen razón! —intervino el panadero izquierdista.

—¡No, señor! —terció un actorzuelo del Teatro Barcelona que se pasaba el tiempo haciendo bolitas de papel, lo cual revelaba la suciedad de sus manos—, con

nosotros pasa lo mismo. Creen que el representar no es trabajo, sino juego.

—La gente no concibe el trabajo hecho a gusto —continuó Federico Morales, que así se llamaba el poeta y aprovechador del candeal—. Para la humanidad el trabajo es un castigo; cuando ven a alguien escribir por el placer de hacerlo, estudiar porque sí o hacer comedias para divertirles a ellos, juzgan que aquello no es trabajar, y tienen razón si creen en el pecado original. Por eso los aficionados son mal vistos de todos los sindicatos.

—¡Ni olerlos! —dijo el actor—. Pero esa es otra cuestión.

Morales le miró con cierta guasa.

El abogado:

—La única profesión liberal con que transige todo el mundo es la de ingeniero.

Luis Salomar:

—Un canal, un puente, una carretera se tocan. La humanidad quiere ver las cosas. El oído, aire —hizo una pausa—, por eso la escuela ha tenido en el pueblo su peor enemigo. Si hubiesen querido estudiar nadie se lo impedía. Un surco se ve, un verbo: viento. Por eso odian a los maestros. A mí no me parece mal: hay demasiados. Se debe aprender para lo que se vaya a ser.

—El pueblo —intervino Jaime Fernández— siente el mismo desprecio por el político.

—Sí —contestó Salomar—, cuando no está en el poder. Por eso hay que suprimir la oposición.

—Origen de todos los males —metió por baza Rubió.

—No digas tonterías —prosiguió Luis—. El poder es la base de todo; suprime el desprecio. La gente piensa mal del político por su inestabilidad. Es la única ventaja de la monarquía y explicación de peleles.

Rubió sentó cátedra:

—No hay más fuerza que la fuerza —y abombaba el pecho—. Ese respeto que se le tiene a la inteligencia es asqueroso. Hay quien se avergüenza de que el populacho conozca a un Zamora, a un Samitier o a un Paulino Uzcudun e ignore quién es Luis Vives o Menéndez y Pelayo. ¿Es que la inteligencia de Luis Vives es a la inteligencia más de lo que son con respecto a los músculos los de Paulino? ¿Es que Menéndez y Pelayo hizo, creó, fabricó su inteligencia o, lo mismo que Paulino sus músculos, se la debe a Dios? ¿Entonces? ¿No es tan maravilla lo uno como lo otro? Uzcudun al menos se entrena y cuida lo que el Creador le ha dado; que por lo que se refiere a don Marcelino creo que las trúpitas eran de órdago. Yo tengo bíceps, luego admiro a quien tiene más, de ellos, que yo. ¿Si no tengo nada dentro de la cabeza cómo queréis que admire a un sabihondo? Lo que sucede es que los inteligentes han sido unos pillines, con sus tretas y lameloquesabemos embaucaron a los poderosos y desde hace no sé cuánto tiempo se han hecho los amos. La gente se dejó sorprender y así han ido

las cosas. Pero ¿desde cuándo se ha visto un país regido por la inteligencia y no por la fuerza? Y eso que la fuerza de la costumbre, siempre la fuerza, hace que llevemos todos una careta de personas muy inteligentes. Yo respeto a un hombre si es más fuerte que yo o tira mejor o más rápidamente con su pistola, pero ¿porque sepa más latín? ¡Vamos, hombre! Los débiles nos han amolado siempre, y continúan amolándonos: ¡Qué se vuelvan al claustro materno! Yo no desespero de echar cristianos a las fieras.

—Y todo ese discurso —apostilló Federico Morales—, ¿lo has pronunciado con el esternón o con el cuadríceps?

Se levantó la gente, por la hora. Rafael subió por la Rambla de Cataluña. Le acompañó Salomar.

—¿Son esos los que tienen que salvar a España?

—Son buenos chicos —le responde el escritor—. A mí no me interesan los hombres, sino las ideas.

—¿Y en nombre de esas ideas los lleva a la muerte?

—¡No será tanto! Pero ¿qué quedaría de ellos si muriesen en la cama?

—Su vida.

—A mí la vida no me importa.

—A mí me tiene sin cuidado la mía, pero me importa mucho la de los demás. Morir por ellos es hermoso; por una idea, grotesco.

—Lo que importa es la historia. Las carreteras, los monumentos, los libros, todo eso se gana con ejércitos. Y los ejércitos no son los caracteres personales, ni la vida de sus soldados, ni la ética. Son el valor, los armamentos, la táctica. Los hombres no sirven de gran cosa frente a eso. Una ametralladora: setecientos disparos por minuto. Desde hace ciento cincuenta años la gente, el pueblo, desprecia a los políticos; lo que hay que despreciar son ciertos sentimientos humanos; convertir el hombre en lo que siempre fue, peón de Dios en mano del jefe que nos hemos dado. La Revolución Francesa fue una ridiculez. Nuestros nietos se avergonzarán de ella. ¡Pensar que se ha querido gobernar el mundo sentimentalmente!... —se paró y miró a Rafael con sus ojillos simpáticos y negros, como clavándole—. A la igualdad opondremos jerarquía; a la libertad, disciplina. Nadie se hizo nunca ilusiones sobre la fraternidad, como no sea la de las armas. Ha llegado la hora de barrer toda esta broza amontonada desde el nacimiento de Juan Jacobo, el ya ginebrino. La compasión es una invención judaica. Y no quiero hablar mal de judíos, ni de árabes: somos demasiados.

—¿Y los pobres?

—Para nosotros no existen pobres ni ricos. Existe un Imperio y las obligaciones de cada cual hacia él.

—¡Un imperio...!

—No nos crea tan niños que nos veamos ya jugando con Cuba o con Flandes. Es

el concepto de Imperio el que nos importa. La gente se preocupa del mañana como si el fruto no fuese el ayer. Que cada español piense en lo que ha sido, y que pague los sacrificios que cuesta un pasado de esa categoría, con altanería, con orgullo, con potencia. ¡Bueno, hasta mañana, Serrador! —dijo una rápida media vuelta y se fue.

Por la noche Rafael acudió al bar del Paralelo. Estaban el Chófer, el Metalúrgico y González Cantos.

—¿Los falangistas? ¡Bah, no es para tanto! Ni el fascismo tampoco —afirmó González—. Todo eso forma parte de la táctica comunista. Les va bien con eso del Frente Popular; pero con nosotros no pueden.

—Te estoy hablando de fascistas y me sales desbarrando contra los comunistas —dijo Rafael.

—Ya sabes que para mí...

—No sabes lo que te dices...

El grandullón miró a Rafael de arriba abajo.

—Oye, límpiarte los mocos y vuelve por aquí cuando yo no esté —no volvía de su asombro—. No, pero ¿has visto al mamoncillo? ¿Qué se ha creído?

Rafael no sabía qué hacer.

—Te he dicho que ahueques. A mí no me dice un hijo de su madre, que todavía no se afeita, que no sé lo que me hago. ¿Te enteras?

—¡Déjalo, hombre! —intervino el Chófer.

—¡Ni dejarlo, ni puñetas! ¡Este se va ahora mismo a la calle, con sus mocos y los comunistas!

—Está bien —dijo Rafael—. ¡Salud!

Y se fue.

Habló con Espinosa.

—Ya te dije —le contestó éste— que te veía por mal camino. Los fascistas son los que lo son, más los que lo son sin saberlo, más los que lo son sin decirlo. Tú andarás siempre con los disidentes. Quieres resolver personalmente los problemas y eso no puede ser. Lo peor es que te das cuenta de que ese no es camino, y te empeñas, sabiendo que no tienes salida. No intento atraerte a nosotros. Te echarían a los dos días. Te gusta demasiado hacer lo que te da la gana, sin espíritu de sacrificio. Has vivido demasiado tiempo solo. La soledad se paga.

Le dio varios folletos.

—Si alguna vez vienes al comunismo, tienes que ser tú... No me perdonarías nunca el haberte enrolado.

—Tienes razón —respondió Serrador.

—Siempre tenemos razón —sonrió Espinosa—, y eso es otra cosa que te molesta, y a tantos otros. Lo que quieres es equivocarte y salvarte a pesar de todo. Y salvándote, salvar a los demás.

Cerraron el taller a los quince días de lo que antecede y Rafael se encontró en la calle. Anduvo de un lado para otro buscando trabajo, cerca de un mes, sin más subsidio que el escaso del sindicato. Solía vagar por el puerto; gustaba de la lluvia; volvió a masturbarse. Por la noche solía meterse en cualquier café cantante. Allí encontró, cerca de tres meses después de su primera conversación, a Luis Salomar y a varios amigos del mismo.

Serrador gusta, sin saber por qué, de los cafés cantantes. Le aduermen con su tabladillo, sus bailarinas, sus tonadilleras, su pornografía, su media luz amarillenta, su halo, su calor, su musiquilla, su olor, su vaho de sudores, cuartel replantado de tabacos y sobaquinas. Los trabajadores vienen a solazarse, con su trabajo a hombros, su polvo a cuestras. El patio de un teatro se llena de gentes recién lavadas que tienen con qué; al music-hall se va por casualidad, se entra y se sale sin orden ni concierto. Por los pasillos hay quien zangolotea cinco minutos, quien viene a buscar a un amigo, quien se llega a husmear el ambiente y porque no cuaja con su ánimo sálese y sigue la ronda de los establecimientos hermanos. Hay tenderos que vienen a diario a tomar el café y a leer tranquilamente el *Noticiero Universal*, bien caladas las gafas y las posaderas, echando, de tarde en tarde, un reajo al espectáculo; soldados, que son pocos; marinos y marineros, que son más; chulos que vagan por los alrededores del escenario, al ojo de su bien; los obreros del puerto; los sin trabajo; las honradas parejas del barrio; las retiradas y sus costeadores con visos de superioridad cómplice hacia la grey de artistas acumulada en los palcos proscenios, si están libres; en el fondo, atajado por una cortina, un biombo oscuro, una mampara o una cristalera, unos hombres silenciosos juegan al julepe o al burro, las fichas por lo verde, naipes grasientos bien peinados: como todos son fulleros, se juega honradamente; en el bar, en el fondo, a la derecha o a la izquierda, sirven, sin más ruido que el de las cucharillas, a los camareros morenos. Toda esta gente se encierra en dos: los parroquianos y los que no lo son; hay mayoría de los primeros, añádense los volanderos, los que van y vienen de putañear.

La pornografía escénica es sencilla y de dos clases: la primera consiste en enseñar lo suyo —¡no tienen otra cosa las pobres, y tan suyo como del primer señorito marchoso y en mal de amores!—, y suele darse en la primera parte del espectáculo; la segunda trata de insinuar con malicia, decir o menearse con segundas: fuente de la inaguantable o de la gracia. Si una artista reúne las dos maneras hácese de oro y su nombre alcanza la incandescencia en las portadas, el medio metro en las carteleras. El enseñen tiene sus altibajos y es secuela de la política, depende del gobernador y su policía. La República es casta y ha habido que recurrir a subterfugios para poder salir adelante; bajo el mando de Anguera de Sojo las tristes inventaron unas bragas con pelusilla artificial que salvaban la ley y permitían los entusiasmos; llamábaseles «Pantalones Anguera de Sojo». La intemperancia gubernamental los prohibió a su

vez. La ingeniosidad es rara vez recompensada por el Estado. El espectáculo empieza a las nueve y media; dura hasta las doce y media. A esa hora empieza el supertango, reservado a las artistas y a los señoritos. Quítanse los bancos del patio con celeridad, mientras los camareros y el portero barren el polvo levantándolo, las cáscaras de cacahuete, los periódicos que la cáfila ha dejado; recógense las colillas para fabricar tabaco inglés; cúbrense de serrín las expectoraciones. Compónese la florista, trasládase la orquesta de un lado a otro de la sala. En los cafés cantantes de poca monta este tiempo de vida suele estar hecho de soledad y tristeza; a la queda del borracho billetudo, los camareros charlan alrededor de una mesa; las tanguistas y las artistas se pasan el tiempo en el lavabo, alguna se quita los zapatos y dormita en un diván: otra está repantigada en el bar. En algún palco oscuro se oyen voces: —¡Pues a mí estas medias me han costado cuatro pesetas en casa Vehils!

Bailan una, dos, tres parejas; cuchichean luego alrededor de una mesa viendo la manera de estafarle una hora al *régisseur*. El joven rijoso o cansado va a hablar con el director artístico para pedirle que deje salir a la artista antes de las cinco de la mañana; se suele conseguir media hora, con tal de no sentar precedente.

Hacia las diez y media aparecen los agentes secretos de la autoridad, suenan los timbres y todas las artistas se ponen las bragas. El público, tan en el intrínquilis como cualquiera, chilla, vocea, protesta; las artistas se retiran sin saludar.

—¡Qué se vaya! ¡Qué lo enseñe!

Los que entran a esas horas se están quietos cerca de la puerta un momento.

—¡Te aseguro que ayer enseñaban! —dice un mozalbetillo.

—Volveremos mañana, a ver si tenemos más suerte —dice el otro. Y se van. El portero les mira pasar condescendiente.

En casa Juanito El Dorado, el tablado está en el centro del salón; en los otros locales forma en la pared del fondo. Cuélganle bambalinas viejas: un jardín o una tarlatana lisa: negra, gris, verdonada o color sangre. Una pizarra a la derecha del actor gira sobre su costado; el avisador escribe en ella, con tiza, el título de la pieza en trance de ser interpretada. El mismo oprime el botón de la luz roja que da al pianista la señal de atacar la melodía. Las canciones suelen intitularse: «Olor de España», «Claveles dobles», «Soy de Córdoba», «Flor de Madrid». Los bailables prefieren una geografía sencilla: «Granada», «El Sacro Monte», «Fado». Alguna alemana baila de puntas un vals; el público es sensible y aplaude la dislocación. Osa una atrevida interpretar «La danza del fuego». Forma en el quinteto, sin excepción, algún calvo: el pianista resguarda el cuello de su chaqueta del sudor y de la caspa con un pañuelo de seda entre blanco y sucio. Las estrellas tienen «decorado propio», rojo subido o adamascado, con su nombre inscrito al frente, brillante de purpurinas.

¡Ay, qué molesto

tener que vivir de esto,
tener que mover el tiesto
para vender!

El público es abstemio, bebe limonada y café.

En los palcos los señoritos toman Málaga y champaña Codorníu: o son muchos y «a cada uno lo suyo» les sale barato, o la mozcorra es dura de pelar. Las alcahuetas van y vienen del retrete a los antepalcos:

—En seguida viene, está con un amigo.

Y corre al otro extremo del local gritando desahogada:

—Paquita, no te duermas, que ahí tienes a tu cabrito.

Y por lo bajo:

—¡Guárdame del descorche, que se lo pudo llevar la «Peque»!

El hombre del foco es personaje importante. Páganle las artistas y cobra según los colores. En la variación está el precio. Una noche en que este importante funcionario no daba foco con artistas, falla que puede ocurrir por inexperiencia, libación o falta de pago, y llevaba la luz del lado contrario del debido, iluminando vacíos, gritóle Rubió, que a veces tenía gracia cuando estaba borracho:

—¡De tanto andar de derecha a izquierda acabará usted en escéptico, luciérnaga!
¡En escéptico, mi amigo!

—¡Lo será su señora mamá! —le contestó, muy uva, el electricista. Los separaron, y no hubo más.

De todo aquello —de las candilejas y de las diablitas, de los trajes de pacotilla, de las lentejuelas, del hálito del escenario, del misterio de la representación; del castaño de las postizas, el airoso ir y volver de las bailarinas, el lento levantarse de sus rodillas, el fugaz alanceo de los aires por la fina punta del pie por todo lo alto; del revoleo de las faralás; de la gaitería de las pasamanerías; del polvo del taconeo, el jacarandeo de un pasodoble, el oscuro rasguear de una voz ajada; del tañido de un fandango, el aire de una seguidilla, el compás de un bolero, la copla de moda por calles y deslunados, las tonadilleras derrotadas, los cuplés amargos en su picaresca intención desbastada por la indiferencia de los espectadores o la impotencia de la voz, las canciones apaches de faldillas negras, las doncellas con cofia y delantal de encaje; de los volantes de lunares, los flecos, los mantones, los pañuelos de Manila— no se sabe por qué surgía de las tablas, por aire de magia, un hálito que daba valor a lo cascado, a lo sucio, remozo a lo triste, plenitud a lo harapiento, dureza a lo sobado, volviendo deseable lo ruín. Arráncase por guajiras una vieja lastimosamente pintarrajeada, las mejillas guinda, las cuencas de los ojos verdes, las papadas de cal: cállanse las cucharillas. Un, «¡venga de ahí!» es ahogado por los entendidos: — ¡Cállense!—. Ya salen dos jovencitas meneando lo que tienen al compás de un son,

pañuelo de tules al aire. —¡Tu madre!, ¡tu tía!, ¡tu abuela!—. Revuélvense, giran, dándole a las nalgas lo que es de los astros: movimientos orbiculares. Con los años llégase a la hez. (Cuanto más viejo, más pellejo). Una jamona paséase la jamba del escenario por la entrepierna, mueve, remueve, escalofría sus posaderas enflaquecidas.

—¡Anda, salero!

El milagro lo realizan las bailarinas: las mudanzas de los pies, los giros de los brazos, los quiebro del cuerpo. Danle a la puntera, danle a la suela, danle al tacón. ¡Y anda, y dale, y venga! Jalean los espectadores el garrotín, la jota, —¡anda, mañica! —, el fandango.

—Yo he visto debutar aquí a la Argentina...

Olvídasele al público la cara, el talle, la pantorrilla por un aire que se mueve hecho verbo, una línea que se retuerce hecha garbo, unos brazos alzados con gachonería, unas piernas movidas a compás de sangre, unas manos que repiquetean las revueltas de unos flecos a la vuelta de una tonada, con gracia y donaire.

Rafael les ve a todos la cara boba, los sentimientos idos, el ánimo suspenso; vivos los ojos, amansado el oído, olvidado el resto; sin tiempo, ni más espacio que los cinco o seis metros de la embocadura del teatrillo; dales la luz de las candilejas de refilón y de frente; quién entreabre los labios como pez a punto de picar, quién mira como escondido; corre por todos cierta beatífica candidez y tranquilidad; distendidos, un poco con su cara de muertos, más el calor que lo vivifica todo.

Ya se corre el telón para el último número. Ya sale tocada con plumas de avestruz y con ropa de tisú de oro la artista de más nombre.

El día que yo me vaya
de este pequeño salón
ya no romperán los hombres
por delante el pantalón.

Ya toca la orquesta la marcha que delimita el principio del cabaret.

—El público satisfecho se va por donde ha venido —dice uno de los que venían con Luis Salomar.

—La marcha de los cabritos —comenta uno que pasa.

Fuera hace luna.

—Vamos a dar una vuelta.

Dar una vuelta consiste en ir de taberna en taberna con tal de acabar en cualquiera de ellas de dos a tres de la madrugada, ante un velador, botellas de Priorato a la mano; sopa de pescado, tortilla, aceitunas, queso o huevos fritos por delante, borrachos como unas cubas, pero muy serios, discutiendo del porvenir de España, entrecortado por algún bárbaro: ¡ijujú!, lanzado por Salomar, a quien se le saltan de

vivos los ojos.

—¿Dónde hay corderos como los españoles, ni poeta como Fray Luis, aunque fuese algo judío?

—Lo que quieras, pero siempre haremos las cosas en el último momento y de cualquier manera. Lo grande es que a veces salen bien. La improvisación es un arma española.

—No sabéis prevenir. Y *trabajarr a rratos*. Pequeños ratos.

—Ni falta que nos hace.

Con Luis Salomar y Rafael Serrador están un suizo y un joven catalán, profesor éste de una vaga arqueología o algo así: zangón, aristocrático venido a mucho menos, de maneras remilgadas, emparentado con familias de renombre mercantil, que no saca, pero que no deja de citar si viene a cuento; Viena y Londres en la boca a cada paso, con cierto aire marica, sin serlo, y procurando demostrárselo en toda ocasión a la peor pintada, lo que no le salva en los locales de *taxis-girl*, a los que es muy aficionado, de producir diálogos como el que se trae aquí a cuenta:

—¡Te digo que lo es!

—Chica, lo que tú quieras, pero te aseguro que no lo es.

—¡Para ti la perra gorda!

Dícese entendido en vinos y viandas, y no pasa de aficionado, como en todo. Llámase Bosch, de Bosch; tiene en mucho la partícula: Jorge de Bosch, distinguido, lo que se llama distinguido, como dicen las tías con sobrinas en edad de merecerlo; buena raya en el buen pantalón, leído y mejor relacionado con los Señores de Barcelona; muy dado a la juerga sorda y muy capaz, por un chisme, de vender a un amigo. Era hombre precioso para Falange, recogía aire de la Lliga y de los Carlistas y se lo daba —gratis, eso sí— a Salomar, que sentía debilidad por la heráldica y las partículas.

El suizo se llama Walter no sé qué, hombre de cien kilos, de corta inteligencia clara y lenta, cuadrado y moreno. Apoderado de una casa de seguros, tenía en menos su profesión; frecuentaba los cafés de Montparnasse, a su paso por París; leía el libro de moda en el idioma que fuese, dábales ciento y raya en lo leído a los pollitos de Salomar; atado a las citas y sus compromisos, levantábase de la mesa a la hora que había anunciado, sin que hubiese manzanilla que le retuviese, sereno o no, porque bebía como el que más.

—Aquí, en España —decía—, llamáis *liberrtat* a la mala *organitzación*. Y lo *ggrrracioso ess que ess verdat*. En Alemania no se les *ocurrirría rrelacionarr una kosa kon la otrra*. *Aki la liberrtat* consiste en *mearr* donde a uno le dé la *kana*, *mekorr* si donde está *prrohibido*. En Inglaterra uno que haga esto atenta a la *liberrtat* de los ingleses. Eso lo *rresiente* cada cual.

—Los ingleses son unos vainas, mejor dicho, unas vainas.

—¡Bravo por don Jorgito! —exclamó Salomar por el bienvenido profesorzuelo.

—Para un inglés —prosiguió el suizo— la *liberrtat* es como está organizado lo que existe. *Parra* ustedes es un mito.

—Un obrero inglés debe vivir bastante mejor que un obrero español —dijo Rafael, ya borracho.

—*Parra* ustedes muchas *kosas* son *palabrras*. *Palabrrerrría*. Pero no *pierrden* importancia *porr serr* sólo *palabrras*. Os *dejarriáis matarr porr* ellas.

—¡La palabra o la muerte! —dijo Bosch, apuntándole con el tubo de su pipa.

—Y escogemos la muerte. ¡Ijujú! —lanzó Salomar.

—Sois *kapaces* de pegaros «por unas *palabrras*». El honor español tiene mucho de eso... ¿*Kómo* lo llamáis...?

—¡De viento! —dijo Luis.

—No es *brooma* —respondióle el suizo—. Un alemán no *komprrende* eso.

—Somos un país de oradores —terció Rafael.

—E Italia un país de cantantes. Tú —le dijo Bosch a Salomar—, y éste —por Rafael— y yo, nos dejaríamos matar porque un aguamanil no se llamase un *rentamans*. O jofaina, silicua.

—No sabes lo que te dices —sentenció Salomar.

—La vida es otra cosa. No sé, me parece a mí —tajó Rafael.

—Cállate, comemojones —intervino Bosch a consecuencia de un lampazo de coñac que acababa de ingurgitar—, ¡no te lo creas, no!

Entró una ramera amiga de las soledades de Salomar.

—¡Ven acá, putilla! —continuó el señorito—. ¡Ven acá, flor de mis poluciones! No tengo un céntimo: acabo de darle a tu Luis todo el dinero que llevaba encima, y que no era poco. ¡Chist..., que no se entere nadie! ¡Multa y licencia!

—¡Tu boca, ladrón! —le previno Luis Salomar, serio de repente.

—¡Qué más da! Todos son amigos. Como dos y dos son cuatro —hizo una pausa, recapacitó y cambió de tema—. ¿No es verdad, paloma?

Que amor sus glorias venda
caras, es gran razón, y es trato justo.

—¿No es verdad, putilla? «Si buen gobierno me tengo, buenos azotes me cuesta».

—¡Y ole! —le requebró Salomar—. Lo dijo don Cervantes y basta. A callar tocan. Y vámonos para «Los Caracoles», que a estas horas ya se han ido los horteras y los forasteros. ¡Nada, nada!; ustedes siguen con nosotros. ¡Tiene aquel bandido unas aceitunas negras acabadas de aliñar que el que no las ha probado no sabe lo que es el mundo; ni es nada!

Salieron a la calle. Salomar emparejó con Walter.

—En el fondo lo que sucede es que nosotros los españoles somos incapaces de objetividad. Vemos siempre las cosas desde dentro, de dentro a fuera, al sesgo, de poder a poder. Usted no entiende: es cuestión de rehiletos. ¡Y los demás, también! ¡Qué narices! Lo que sucede es que no tenéis sangre en las venas y os dejáis convencer; que si éste, que si aquél, que si el de más allá, que el qué dirán, que la justicia, que el tanto te doy si tanto me das... ¡Viva lo subjetivo! El Greco sólo podía ser español, y Picasso. El mundo es de Dios, y las deformaciones, españolas. Aquí pintamos con la punta del... pífano. Y el que no esté conforme que reviente. Luego nos calumnian llamándonos individualistas. ¡Lo que somos es hombres y los demás, matihuelos bamboleantes al más ligero cierzo! ¡Derecha, izquierda, según lo mande Doña Mayoría de las Delicadas Partes! ¡Nosotros somos como somos y no como quieren que seamos! ¡Ijujú! Por eso llamamos maestros a los peluqueros y a los guitarristas, porque tienen cierta influencia sobre nosotros, pero a los profesores, ¡bueno fuera! ¡Eh, profesorzuolo!: si te llamaran maestro, ¿qué dirías?

El profesor, subido en un sillón de la Rambla, gritaba:

—¡Viva la Pepa!

—Es catalán —continuaba Salomar—. No le haga usted caso; es un buen chico, pero es catalán.

—¿Qué es un matijuelo? —preguntaba el suizo, bien embriagado y realizando las frases a distancia.

—¿Un matihuelo? —responde Salomar—. Un dominguillo. ¿No sabe usted lo que es un dominguillo? Un tentetieso. Y se bambolea. ¿No sabes lo que es un tentetieso?

Se les hizo muy tarde. Fuese Bosch con la puta, el suizo a su hotel, Rafael y Salomar a paseo por la Ramblas, con las primeras luces.

—¿Qué sabéis vosotros los intelectuales de nosotros los obreros? (Rafael, subido en el alcohol, desembaulaba). Si alguno de los vuestros salió de nuestra entraña se le olvidó, vuelto traidor, o mejor cobarde; que para traidor se necesita cierta valentía. Nos protegéis, pero de lejos. Un amor platónico. ¿Crees —de pronto se tuteaban— que la caridad es soportable? Aunque sólo fuese por ella hay que acabar con este mundo. Nos protegéis por la lógica y la justicia, pero no por nosotros, por nuestra humanidad o por nuestra sangre, sino por defender unas ideas. El capital es idealista: con el dinero regalan bondad. ¡Sí, hombre! En los bancos, por cada mil pesetas regalan un vale de bondad, por cada cien mil un grado; los millonarios son capitanes generales y más buenos que el pan.

Le resubía el vino amargo al gaznate.

—No sé si me comprendes. Os tienen sin cuidado nuestra situación verdadera, nuestra porquería, nuestra hambre. Vosotros lo apreciáis en general, y con anteojos y guantes. Eso lo siente el pueblo: por eso recurre a la violencia. Entonces os mostráis

sorprendidos y ofendidos: ¡con lo bien que nos queréis! De veras: ¡lo que dais es asco! ¡Si hubiese en vosotros calor humano! Pero tú me lo dijiste el otro día: lo que te importan son las ideas. ¡A la basura las ideas! El hombre y la suciedad... cuando eso despierte en vosotros una fraternidad humana y no un sentimiento que paladeáis en vuestra soledad limpia y harta, entonces hablaremos. —¿Aun nosotros?— preguntó Luis.

—Grandes escritores y defensores nuestros, pero viviendo con salones y cuartos de baño. Y vestidos por los sastres más distinguidos.

—Eres injusto.

—Lo sé y no me importa. Pero es cierto. Basta que escribáis dos garabatos para que todos se fijen en vosotros. Y que si sí, y que si no... Os levantáis a las doce, y pensáis que si escribís que os habéis levantado a las doce la gente se boquiabrirá. Y os acordáis de los pobrecitos de los trabajadores, y, ¡para qué te quiero, morena mía...!

—Es feo y bajo eso que dices...

—¡Sí, sí! (Rafael se acordó de Matilde). ¡Cuernos! No nos entendéis...

—Pero nos entenderemos, que es lo que importa.

—Para ti lo que cuenta es la relación, lo externo. Yo quiero que me comprendan.

—Estás muy curda, Serrador.

—Sí, sí...

Habían llegado a la Plaza de Cataluña, con el día. Serrador subióse en un banco.

—¡Viva Vidal y Planas! Vosotros, ¿qué sabéis? Mejor lo entendemos que todas vuestras gilipolleces.

Los gorriones se llevaban lo que quedaba de noche en los recovecos.

—Eres más fino que todo eso —le dijo Luis después de un silencio—. No sé por qué estás tan fuera de ti. ¿No trabajas mañana, bueno, hoy?

—Ni hoy, ni mañana, ni nunca. ¡Hasta la vista!

Y se fueron cada uno a su olivo.

«¿Qué tiene que ver toda esta gente conmigo? Nada de lo que les importa me importa a mí. Quisiera un mundo llano, donde nos moviéramos sin ligaduras; ellos quieren mandar o, lo que es peor, controlar las relaciones entre los hombres. Yo quisiera ser como todos y que todos fuesen como yo; ellos buscan los distingos, que para ellos no cuenta otra cosa. Se apoyan en las diferencias, yo en las similitudes. Ellos quieren espiar desde una garita y anotar las excentricidades, y yo quisiera vivir al aire libre, donde nada quedara escondido. Ellos buscan los escondrijos, yo la luz; para ellos la luz es un candil, para mí el sol. Ellos encuentran lo de Diógenes genial; yo, una tontería. No la idea, sino la payasada, habiendo día... Yo les tengo por gente aparte; ellos me desprecian creyendo que me aprecian, haciéndomelo patente. Para ellos las ideas son un chal, no les llega a capa, lo menean y remenean, no saben ni

torear, para eso se necesitan partes que ellos no tienen. Se contonean con los flecos por el culo; con eso se engañan a sí mismos. La reunión del café es su buena acción cotidiana: el salvavidas... ¡Revolucionarios de mierda! Entonces, ¿por qué voy con ellos? ¿Me halaga? ¿Espero algún beneficio? ¿Qué me pueden enseñar que no pueda aprender en otro sitio? ¡Una España Imperial! ¿Me divierte? ¡Quizá! ¿Curiosidad? No. Lo mismo me da ir por ahí que a otra parte. ¿Una solución?».

Subíale el arbol del alba al cuello; por los rieles del tranvía, por los hilos de la electricidad, del teléfono, por las antenas de radio; por las ventanas cerradas, por los tejados: agarrotado por su única presencia.

«Son tan hipócritas como yo. ¿Cómo quién? Ese yo me ha salido de más. ¡Estoy solo, solo, completamente solo!».

Lo dijo gritando, ya en el Paralelo. Efectivamente, no había nadie. Sacó su pistola y, apuntando a los cielos, disparó todo su cargador.

3. Prat de Llobregat

A los pocos días Jaime Fernández mandó recado a Serrador para preguntarle si tenía trabajo; éste le contestó que no. Le propusieron ganarse la vida pintando, por la noche, emblemas de Falange en las paredes; ganaría veinte pesetas; era trabajo sin peligro, que podía hacer de dos a cinco de la mañana. Rafael aceptó: «¡Qué más da!». Se pasaba durmiendo el claro del día; desde que cerraron el taller dormía muchísimo. A las diez de la noche se reunía con Salomar en el «León de Oro», un café de estilo germánico que estaba en las Ramblas, cerca de la Plaza del Teatro: a esa tertulia nocturna no acudían los hijos de familia. Solían ir el suizo, Bosch y un tío suyo, viejo a quien divertía verse entre gente joven; algún que otro profesor del Instituto. De tarde en tarde, aparecía por allí un antiguo amigo de Salomar, socialista, que se llamaba José Lledó. Abogado del Estado, casadero y amigo del buen vivir, con ambiciones recortadas, buena biblioteca y cierto gusto por la poesía, vieja raíz de amistad con Luis. Todo en el rostro le venía grande: la frente, la barbilla, la boca: campo de arrugas. El cabezota, para mayor luctuosidad, perdía sus pocos pelos ganando una triste calvicie que le prolongaba aún más la interminable frente; las luces del café lucíanse sobre el cráneo en cuestión. Era el único tema que le sacaba de quicio.

José Lledó solía decirle a Salomar que el día en que triunfaran ellos, los fascistas, le colgarían a él, a Salomar.

—No te das cuenta de que tu falangismo depende de tu amor al castellano. Eso, por una parte; por otra, si algún día estás en el poder, vuestra organización se parecerá tan poco a la que sueñas que serías tú el primero en levantarte contra ella. Vuestra fuerza es ficticia y facticia. El fascismo en Italia y Alemania se basa en una fuerza tangible, capaz de llevar al Parlamento un número considerable de diputados, e incluso la mayoría: Aquí, entre seiscientos no habéis sido capaces de llevar ni uno. Queramos o no, en esos países el fascismo ha sido un movimiento popular.

—Espera que nos echemos a la calle —decía Luis.

—¿Para qué? Una de dos: o vais solos y os aplasta la Guardia Civil, o vais con los militares, y éstos se os meriendan a la vuelta de la esquina. ¡Sois unos pobres conejos de indias, créeme!

—¡Eso quisieras tú!

En esas intervenía el tío de Bosch, hombre amable y un tanto sandio, con los ojos como de través:

—¡Con lo bien que estaríamos si nadie se metiera en líos!

—En España, el fascismo —seguía Lledó— es invención de señoritos. ¡Sois tan pocos los decentes...! Le es fácil a un hombre listo, y más si inteligente, hacerse con vuestros valedores. Basta con lamerles la vanidad, o dedicatorias de rumbo, para

auparse sobre sus espaldas. Sois campo abierto a todos los sinvergüenzas: no hay más que rebajarse para entrar. Los puros como tú se cuentan con los dedos. No hay vallas para el arribista, y no es chiste, aunque no sería malo; el incienso es una cortina de humo que permite todas las maniobras, y los ricos, con tal de no ver y de oírse por las nubes, pagan el precio que sea. ¿Qué piensan de sí esos seres? No piensan sino del mundo, lo rebajan a su deshonor. Por no despreciarse desprecian a los demás; no les envidia ciertas madrugadas; y quizá me paso en elogios. Para ellos la grandeza del mundo se convierte en boato, apariencia, desfiles, uniformes, pura forma.

—¡Vas a salir otra vez con que la culpa la tiene Góngora! —dijo Bosch.

—Dejando aparte la exageración, algo hay de eso, mi joven amigo. No Góngora, el gusto por... Y de ahí el odio de Hitler hacia cierta arquitectura racionalista y hacia Picasso. Todo eso, desprecio de sí mismo y, como colofón, necesidad de muerte: resultado para mañana, la guerra. Todo vana mentecatez, escaso juicio y falta de entendimiento, sahumados por la adoración nocturna, y diurna. Con tal que la duquesa x me convide a comer, y que luego me eche de cenar hasta el fin de mis días... Conoces a algunos, ¿no? Prefiero morirme de hambre, que es lo que hacen las personas decentes.

—Y el pueblo —dijo Rafael.

—Vosotros —continúa Lledó— tomáis la vida en conjunto. En especies, especies son especies; el idioma es una gran cosa y revela fantasmas. Como algo que se os debe, como un planturoso desayuno que Dios os planta cada mañana ante los ojos: los obreros, los campesinos, las golondrinas, los enanos, los peces espada... Así, en general —con generales—, por géneros. Géneros son géneros.

—Acaba de una vez.

—Pero ¿un hombre?, ¿un hombre?, ¿uno solo?, ¿un pequeño, miserable ser humano?: ¡eso ni existe ni ha existido para vosotros! Ni la piedad, ni la caridad, como no sea también hacia otro género: los pobres; pero así, en bulto, a lo grande, en general. Y pasáis volando, para no enterneceros: ¡hay tantos!

—¿Y tú?

—Yo hago poco más o menos lo mismo, pero sé que soy despreciable. Vosotros os enorgullecéis y vanagloriáis de vuestro estiércol. Y, lo que es peor, queréis luchar pensando en el pasado; en algo concreto, con límites y todo, y cuadros de historia. Un verdadero cromo. Un día te dije que estáis muertos. Lo reitero. Para vosotros, los mejores, España es un museo y una biblioteca. Para vosotros; que para los que os empujan, intelectualillos, se llama de otra manera y saben a lo que van. No queréis saber que se vive de los medios, que los fines no existen, que no hay más fines que los medios: el ideal es horizonte: ¡cógelo, bobo! No llegaréis nunca a nada; por eso os moriréis de vergüenza, los que la tengáis, de los medios empleados. Y vuestra España, por los aires.

—¡Ay, abogadete, abogadete, tendremos que colgarte!

—¿Crees que no lo sé? A pesar de mi miedo, de mi incapacidad y mi cobardía. (Volvía a su tema). Todos los escritorzuelos que se os han ido sumando lo hacen por aquello de «Honra me ha causado hacerme oscuro a los ignorantes»...

Prosiguió Salomar: «... Que ésa es la distinción de los hombres doctos: hablar de manera que a ellos les parezca griego, pues no se han de dar las piedras preciosas a animales de cerda».

—Lo malo —continuó Lledó— es que con sólo hablar griego se han creído Góngoras, Mussolinis o Hítleres. Juan Antonio (llamaba así a José Antonio Primo de Rivera) no deja de ser el hijo de un dictador de buena familia. ¡La habéis cagado, mis queridos amigos!

—¡Eres un asqueroso! —le gritaba Luis Salomar.

Barcelona ardía en discusiones, febrero de 1936: las elecciones acababan de dar la victoria y el poder al Frente Popular. Companys y los suyos habían vuelto del penal aquella mañana.

—Hace diez años —dice el bizco—, los jóvenes, lo sé por mis hijos, hablaban exclusivamente de fútbol. Para oírles discutir de toros hay que volver a la vida de Joselito. Es una lástima.

—¡Qué duda cabe que España ha cambiado! —afirma Salomar—. Si Rubén desembarcara hoy no se concibe que escribiera:

Suplica por nos
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, etc...

La juventud ha vuelto a la política: ésa es su fuerza.

—Los señoritos —corrige Rafael—. Los obreros están donde estaban.

—Y los libertinos —asegura Jorge de Bosch.

—Entonces, ¿usted cree —dice el profesor catalán, importante, recalcado, lanzando su busto bien mamellado hacia la mesa—, que no puede haber grandes poetas mientras la política absorbe el interés del país?

—¡No, hombre, no! Los poetas no tienen nada que ver con las circunstancias, se adaptan a las que sea y, si son buenos, las cantan bien; tanto monta que glorifiquen a un capitán como a una ensalada más o menos putrefacta. En España hemos dado ahora con algo por qué morir, y esto es una gran cosa para nuestra generación.

—¡Eres un bárbaro! —dice el socialista.

—Ni bárbaro, ni no bárbaro.

Vuelve a intervenir el viejo:

—Siempre puede uno colocarse por encima de los partidos.

—Entonces el partido eres tú —dice Bosch—. El que quiere abarcar equitativamente el bien y el mal se queda en regular, aguachirle, café con leche, nada entre dos platos, animal híbrido sin posibilidad de descendencia, en mulo.

—¡Para la burra, sobrino!

—No hay gran escritor sin cárcel o destierro —sigue Salomar—, o poltrona ministerial. Digo escritor y no poeta. Los poetas son bichos que lo mismo cantan en invernaderos que en muladares.

—¿Y Lope? —añade el profesor de buen lomo.

—¿No era Lope poeta? —se extraña Salomar.

—¿Y el lameculismo una política? —arguye Lledó—. Y no es cuestión de repetir lo dicho, pero ¿cree que los niños de Cambó no hacen política? Recuerde dedicatorias antiguas y modernas. No tienen el genio de Lope.

—Un novelista pacato escribe novelas pacatas —triumfa Salomar—. A veces me pregunto si Blasco no será tan mal novelista como creo... Vosotros, los catalanes, pensáis resolver los problemas creando premios y repartiendo flores. ¡Así os va! Mejor haríais metiéndolos a todos en la cárcel. Y los poetas, sueltos.

El profesor catalán, un poco fachenda con su voz abaritonada, sus nalgas rimbombantes y su listeza boba, no sabe a qué carta quedarse, si defender a sus conterráneos o pasarse vergonzosamente al enemigo. Lo que él quiere es una cátedra en Madrid.

—Mire usted, Luis —acaba diciendo—: creo que debiera ponerse usted a escribir un libro sobre los místicos y dejarse de tonterías.

—La tontería es suya, profesor —dice Salomar, soliviantado—, y lo de escribir, esas son mis cebollas, que dicen los gabachos. Escribir, para mí, es luchar contra la muerte. Y lo mismo lucho de una manera que de otra.

—Comprendería tu posición si estuvieses del otro lado de la barricada —comentó Lledó—. Pero tu actitud política, pesimista...

—Lo uno no empece a lo otro. En este terreno no quedan huellas. Me salvaré a brazo partido o por la fuerza de las palabras. ¡Tanto monta! Un hombre a quien no le interesa la política no es hombre; puede ser un sabio, una especie de sabandija que se roe las entrañas. ¡Pero el que toma el aire, o ve colores, o husmea campo o calle...! A lo sumo, los que piensan salvar la humanidad a fuerza de microbios, y eso a mí no me interesa, ni creo que a nadie tampoco; habría que estar en el secreto...

Hizo una pausa, acabaron de tomar café.

—Frente a la vida —continuó— no hay más que dos posiciones: mandar u obedecer. ¿Inventar una tercera: la ignorancia? Babia, es cosa de maricas. El purgatorio, una traición. Todo esto es esquelético y primario, pero España es un país de esqueletos y por nada nos matamos más a gusto que por sofismas. Y como, por añadidura, comemos mal, nos importa tres pitos la vida.

—Querrás decir —intervino Rafael— que los que comen mal son los obreros.

—Los obreros comen mal y los demás no saben comer —respondió Lledó—. Siempre les ha importado más la otra vida que ésta a católicos y anarquistas. ¡Y son unos cuantos! ¡Aquí morimos o vivimos de mañanas! Y ahora, vosotros, los falangistas, queréis resucitar el ayer. El pobre español acabará crucificado. Menos mal que no tendréis éxito, mi ilustre amigo.

—¡Ya te colgaré! —decía sonriendo Salomar.

—¿Dónde?

—En un árbol de la Rambla.

—¿Me lo dejas escoger?

—¡Cómo no! ¡Y la rama!

Y se fueron hacia arriba a elegir árbol. Cada uno el suyo, por si vencían los otros.

—Lo que no tolero del pueblo es su desprecio de lo espiritual —dijo el catedrático catalán frente a una cartelera.

—Para despreciar una cosa hay que conocerla. ¿Nació usted sabiendo quién era el Greco? —le preguntó sin amenidad Lledó; y sin esperar contestación emparejó con Serrador y marcharon.

—La salvación no está en nosotros —decía el abogado—, en contra de lo que predicán tantos de los que sostienen el mundo. Tampoco está en lo demás. Está entre los dos. Las gentes aplican a su ser las leyes de su estar. Por eso el cristianismo ha venido tan a menos: se lo han merendado y no lo digieren. Ser bueno ha pasado de las buenas acciones al arrepentimiento. Vivimos del jugo de la Magdalena. ¡Palabras, mi joven amigo! Es la gran canallada del Renacimiento. Y el arrepentimiento, si no es público, ¿qué es? Por eso, los rusos...

—Los rusos, ¿qué?

—Todavía se encuentran allí verdaderos cristianos, mi preclaro amigo. Cuando todo el mundo se hizo católico no hubo manera de serlo. Es la puñeta de las mayorías. El día en que todo Dios sea comunista ya verá usted lo que queda de Marx. Este es un país de arrepentidos donde nadie se arrepiente.

—Así que usted cree que cuando todo el mundo admire los primitivos catalanes que fui a ver el domingo por recomendación suya, y que no me hicieron ni fu ni fa, ¿no quedará nada bueno de ellos?

—Para mí, quizá no, y me fuerzo para contestarle esto. Pero es posible.

—Es usted un cínico.

—En el mal sentido de la palabra, mi joven amigo. Pero, volviendo a lo de antes: el mal está en que el hombre ha llegado a pensar que le basta el espíritu para salvarse; y lo que hay que hacer son cosas. Pero en nuestro tiempo nadie hace nada, como no sea en provecho propio. Si alguien, sea el que sea, obra por el bien general, lo miran como Quijote y tonto, y no le dejan vivir; todos lo hubiesen hecho mejor. ¡Lo

hubiesen, que lo que es hacerlo...!

Lledó hablaba evidentemente de una aventura personal. ¿Cuál? Nadie sabía gran cosa de su vida y milagros.

—El hombre mejor visto —seguía— es el que no hace nada. Sin embargo, para mí, no hay cosa que me enterezca tanto como ver a un hombre jugarse la vida por sus semejantes, sin buscar enriquecimientos. ¡En serio!

—¿Cree usted que el que se juega la vida, sabiendo por qué, no se enriquece?

—No siempre. No tiene nada que ver una cosa con la otra. Ni siquiera en estricto sentido espiritual. La muerte no tiene que ver con el espíritu. ¡Nada, mi querido amigo, nada! Ni con la vida. La muerte es una cosa aparte. Digna de ser tenida en cuenta. Pero a un lado, en un nicho, para las grandes ocasiones.

—Y usted, ¿qué hace?

—¿Yo? Nada. ¡Ahí está el problema! Porque lo que es pagar la cotización de mi partido no creo que me vaya a ganar el cielo. Y lo peor es que nunca haré nada. He tenido demasiadas facilidades para vivir. No hay quien me meta en la cárcel. Además, soy perezoso y me tengo en poco. Y si viniese la ocasión, la dejaría escapar.

Se separaron muy amigos. Luego, solo, con su trepa en el bolsillo, recorría Rafael el itinerario prefijado, que recogía cada día a las siete de la tarde en una mercería de la calle de Balmes. Una tarde le dijo a la encargada del mostrador:

—Quisiera hablar con don Luis Salomar. Ella le miró extrañada.

—Espere —le dijo.

Salió a poco:

—Pase usted.

La tienda era muy chica; la trastienda, un poco mayor, daba a un jardín que tenía otra salida. Le salió Luis al paso.

—¿Qué hay? —le preguntó.

—Fui al café a buscarle.

Ahora volvían a hablarse de usted.

—Sí, no pude ir hoy. ¿Qué pasa?

—Me siguen por la noche.

—Ya lo sé, son nuestros. No tengas cuidado. ¿Algo más?

—Nada.

—Bueno, entonces hasta la noche.

Al salir se cruzó con los Fernández.

A las tres noches, cuando estaba pintarrajeando una valla en la Diagonal, ya cerca de Pedralbes, le sobrecogió un tiroteo. Disparaban de una parte y de otra, cogiéndole en medio. Le hirieron en un brazo. No le dolió hasta después, y no mucho. Vaciados los cargadores, la gente desapareció, dejándole solo. Al llegar a su cuarto se encontró con Rubió registrando su escaso equipaje.

—Me han sacado de la cama. Por si hubiera algo que nos comprometiese. ¿Qué ha pasado?

Rafael se lo contó.

—Serán unos policías de la Generalidad. Los están cambiando. Va a haber que andarse con ojo. —Pero ¡estás herido! Debiste tirarte al suelo.

—No creo que sea gran cosa —dijo Rafael, que se había agarrotado el morcillo.

—Es igual; vente conmigo. Los pipis que te protegían creyeron que los otros te habían despachado.

Fueron a casa de un médico que Rafael había visto en la peña del «Oro del Rhin». Le curó y dijo que dentro de ocho días sólo le quedaría la señal. Luis Salomar entregó quinientas pesetas a Serrador al día siguiente:

—Por ahora, descansa —le indicó.

—¡Este España nos está haciendo la puñeta! —refunfuñaba Rubió.

—Harás el favor de callarte la boca —le atajó Salomar.

España era el consejero de Gobernación del nuevo gobierno de la Generalidad. Por el café iban ahora otros dos jefes de Falange, un abogado de lentes llamado Bassas y un murciano del cual no supo Rafael el apellido. Con el tiempo y el roce Serrador iba amoldándose a las teorías de sus contertulios; él mismo lo notaba con desgana e indiferencia.

—Mira —decía Lledó una noche en el «León de Oro»—, los burgueses han acabado por no saber hablar más que de sus necesidades y de los gustos de las mismas: gastronomía, hembras, locomoción.

—Y, ¿de qué más se puede hablar? —preguntó Rubió que estaba allí por casualidad.

—De política y de arte, mi fogoso amigo. No sostengo que los burgueses no hablan de política ni de arte, pero hablan de ellas exclusivamente en función de sus necesidades.

—Ahora me saldrás diciendo que los obreros hablan de política y arte por puro placer.

—Hablábamos de los intelectuales —respondió Salomar.

—Y, ¿qué es un intelectual?

—Un hombre que tiene una relación moral con la política. O para quien la política es un problema moral, si lo prefieres.

—¡Ah!, y, ¿qué es la política, señor abogado más o menos socialista? Porque supongo que no se referirá a que Martínez Birria sea ministro o cesante...

—La política es la historia del poder y su espíritu.

—¡Caracoles con el marxista! ¿Y el arte, gran definidor?

—La recompensa, el pago de Dios, mi joven amigo. ¡Ahí se fastidia el renombrado Señor, y no le queda más remedio que apoquinar! Para mí,

subjetivamente, es la forma de la verdad. A la postre: el poder del poder —hizo una pausa—. Si quieres: el poder de reproducción. No te quejarás de la cátedra.

—¿Tú crees que Velázquez se veía en «Las Lanzas»?

—¡Qué duda cabe, hijito! Haz la prueba: preséntale a cualquier pintor, como suyo, un cuadro que no haya pintado... Dices de un lienzo: Rubens y no pintado por Rubens. Y no gritéis, ¡sofisma! Los artistas son los únicos que pueden verse sin espejo. El artista es un hombre que puede reconocerse en lo inanimado. Por eso creo en Dios. ¡Ese sí que era un intelectual! Ya lo han dicho por ahí, supongo. Y el mundo a su imagen y semejanza, como mayor prueba.

—¿Usted cree que un intelectual es un hombre que quiere dejar rastro en el mundo?

—¡Alto ahí, mi joven catedrático catalán! No he dicho esto. Dos inexactitudes en su pretendida definición: No basta querer, sino poder. ¡Y va una! Y no se trata de dejar rastro, que eso está al alcance de cualquiera, sino de seguir siendo uno mismo tras la muerte. El rastro o el rostro, es cuestión de pies o de narices. La inmortalidad, amigo mío, la inventó Caín, el primer académico. Un intelectual, mi joven profesor catalán, es un hombre que deja su estilo por el mundo. Sea el que sea.

—Sí —dijo Rubió—, la cuestión es que cuando defeque Leonardo todo el mundo conozca la mona por el olor.

Fuese la conversación por el estilo, y por los estilos al cante, y por el cante a los cafés conciertos y por vencimiento natural, al tinto.

—El arte —le decía Lledó a Serrador, de madrugada—, el arte, mi querido amigo, son ganas de verse, de verse venir, un laberinto de espejos. Ver y ser visto. Lo peor que le pueden decir a un artista es: si te he visto no me acuerdo. Esa es la cuestión, parir algo que no se mueva, parir muerte. Que el movimiento sólo es de Dios. De cuando en cuando la humanidad se olvida de su condición, o se acuerda de ella, como quieras, y juega a los dioses, y hay epidemia de dictadores. Todo se cura. Hasta ahora la democracia era tenida por contraveneno eficaz; ahora se medicinan con ella los dictadores. ¡Dioses menudos y puñeteros los intelectuales, mi querido amigo! Quítate tú de ahí para que me ponga yo, que se me ve mejor. ¡Gentuza, mi joven amigo, gentuza, y Dios su fotógrafo! Tú ya ves el cuadro, ¿no? Al final de cada curso, Dios, que es profesor de Instituto, hace un retrato de cada generación.

Serrador no entendía jota. Toda aquella verbosidad le hería.

Días después llegó Rafael al «Oro del Rhin» más temprano que de costumbre. Charló con Joaquín Lluçh.

—¿Por qué estás con éstos? —le preguntó el camarero.

—¿Qué más da? ¿No estáis vosotros conchabados con esos republicanos de todos los colores? ¿Es que tenéis más confianza en Casares Quiroga o en Prieto que en Primo de Rivera?

—¡Sólo ves lo inmediato!

—Descuídate y verás. La vida es hoy y no mañana. Vuestros jefes hilan demasiado delgado. No se les ve el cabo. De tan finos, llamáis católicos a los beatos. Eso con los obreros no cuadra. Os la dais de demasiado inteligentes. Así no haréis nunca la revolución. La CNT sí que la puede hacer; eso quisierais, y aprovecharos luego, pero no os dejarán. Os habéis comprometido demasiado con la burguesía Vosotros, los comunistas...

—¡Yo no soy comunista!

—Ya lo sé. El PSUC. ¿Es que creéis que el proletariado es tonto? Muchas de vuestras consignas lo dejan suponer. Y no creas que os sirve. Al que quiere pasar por listo quizá le convenzáis; al de buena fe...

—¿Crees que ignoramos que el Estado burgués sólo defiende a los burgueses? ¿Crees que no sabemos que los más demócratas y los más republicanos son los primeros en mandar hacer fuego contra los huelguistas si éstos se atreven tan sólo a contravenir su condición esclava? ¿Supones que tomamos en serio eso de la igualdad de los ciudadanos ante la ley? En todo lo fundamental, los burgueses no defienden más que a los burgueses.

—Entonces, ¿a qué viene eso del Frente Popular y todas esas otras sandeces de daros la lengua con nuestros enemigos? ¿Es que creéis de buena fe que los vais a engañar?

—¿Nos creéis tan fuertes? ¡Vamos, hombre!

—Vosotros no sois más que unos fantoches. Hay que unirse para defender las democracias. Nadie hipoteca con eso el mañana. Y todos los que van contra esa unión traicionan, dando paso, queriendo o sin querer, al enemigo común. ¿Qué tienes en el brazo?

—Nada. En el taller: se torció una roldana.

Llegaban los tertulianos, Morales el primero, radiante desde las elecciones. Por excepción vino aquel mediodía Jorge de Bosch con su tío; Salomar con Bassas y un policía de la Generalidad: escuchimizado, tercero por el gusto de serlo y sin beneficio, echácantos por gusto de llorar sobre su bajeza, más chismero que papagayo, con cara de perro, cuello sucio, corbatín negro, las majuelas colgando sobre la caña de unas botas siempre embarradas. Llámase Ramón Navarro.

—Lo que sucede —le dijo un día a Serrador— es que nunca he tomado nada en serio. Nada me parece que valga la pena de nada. Por eso soy un pobre en todo. ¿Es que mi vida le importa a alguien? Nada tiene importancia y dentro de cien años todos calvos. Ni la miseria, y me rodea, ni las desgracias me llegan, de verdad, adentro. Y soy aficionado a bastantes cosas: al fútbol, a los toros, a las mujeres, a la música. Miro, veo las cosas, me distraen un momento y luego: usted lo pase bien. Lo que soy es un sentimental, se me saltan las lágrimas con cualquier melodía pegajosa. Lo que

más me gusta es la música. ¿Comprendes?, la música es como si oyeras hablar a los muertos. Se filtra por las paredes, dice lo que quieres que diga. Porque lo que soy es envidioso. Lo digo y la gente se ríe y no lo cree. No les deseo más que mi cuerpo y un espejo. Y eso dura desde la primera vez que fui de putas. ¡Si ella se rió entonces, bastante me he reído yo después!

En efecto, le temían en las mancebías.

—Cambian a todos los jefes de Seguridad —le dijo a Salomar.

—¿Todos? —preguntó Bassas.

—Los nuestros.

—¿Cuántos?

—Unos sesenta. Además, España ha reunido a los de la UMR.

—Nos iba mejor con Casellas.

—Sí —dijo uno que acababa de llegar—, o con Dencás.

—¿Sabes algo de la Guardia Civil?

—Por ahora no parece que cambien mando alguno —contestó Navarro—. Han nombrado al teniente coronel Hernando, jefe de los de Asalto.

Intervino el tío de Bosch:

—Señores, ¿por qué no nos dejan en paz? ¿Qué les han ganado en las elecciones? Pues bien, ¡ya ganarán ustedes otras!

—Y mientras tanto, España, ¿qué? —dijo Salomar.

—¿Ustedes se creen indispensables para su historia? ¿Sin ustedes dejaría de ser España?

—¿Hacer nuestra revolución cuando estemos gagá? —bramó Rubió.

—Aquí, en España —contestó el ricohombre de los ojos atravesados— nunca ha habido revolución, ni la habrá. Lo que hubo y habrá son contrarrevoluciones.

—Somos un pueblo de contras, recontras, de encuentros, de hacer o llevarle a uno la contraría —dijo Bosch.

—La república ha nacido de la dictadura —siguió el viejo.

—¡Viva la listezza! —apuntó uno por lo bajo.

—Vivimos de la tontería de los demás —y el hombre alzó la voz para demostrar que la interrupción no le había pasado inadvertida—. Aquí un movimiento organizador, revolucionario, no lo ha habido nunca; tenemos cierta habilidad para conspirar, pero nuestros planes consisten pura y sencillamente en deshacer lo que hizo el antecesor. Y al pueblo le gusta variar, y las novedades, y las crisis. Si no, ¿por qué tantas? Aquí todos somos reaccionarios, la izquierda contra la derecha y viceversa.

—Y el día en que empiece de verdad el baile —preguntó Rafael— y el pueblo tenga las riendas en la mano, ¿cree usted que seguiremos jugando?

—¡Qué duda cabe! España respira por sus costados entreabiertos. Y no hay quien

la cure. Si los obreros detentasen el poder, ¡qué absurdo!, entre ellos se desatarían las mismas contras que entre nosotros. ¡Somos así: un país de contrabandistas!

—De contrastes, contraseñas y contraluces —apunta divertido Luis Salomar.

—Hasta los contrahechos son un tema nacional, de Velázquez a Goya. Papamoscas, papanatas, con sus papandujas por el cuello de celuloide —el malmira de don Ramón les había sorprendido a todos con su salida.

—¡Bien, don Ramón, bien! —le dijo el suizo—. Yo digo lo mismo que usted. Cuando *pudieron hacerr* algo, con la República se les fue el santo al cielo. Se dice así, ¿no? Cambiaron *nombrrres*. Y *esperarron* el maná. Con el *piko* abierto.

—¡Y cayeron albardas! —interrumpe Salomar.

—Una *rrevolución* sólo se puede hacer cambiando completamente de *burrocracia*. Pero así, totalmente; sin eso, la *burrocracia* acaba siempre merendando los *rrevolucionarios*. No invento nada —añadió modestamente—. Aquí los oficinistas no han cambiado, España *tampoko*, y yo encantado.

—¡Ah! —respondió don Ramón, animado por su éxito—, no se preocupe, que hay para rato. Los que tienen esperanza pueden morir. El mundo es igual a sí mismo, y no hay microbios nuevos. El ajedrez es más variado. Por eso los liberales (para él todos los partidos de izquierda se llaman «liberales») son unos pobres tontos a quienes dejamos el poder de tarde en tarde, para que no se aburran demasiado y se descuernen. El mundo está lleno de tontos, bobos, malpensados y ateos, y hay que darles lo que se merecen. La política: arte de tontos para listos.

Don Ramón, que era hombre de posibles, enciende pausadamente un habano.

—¿Usted cree —le pregunta en un aparte Serrador a Walter— que la revolución es cuestión de burocracia?

—La deciden los jefes, la hace el pueblo, la mantiene el *ejérrcito*, la consolida la burocracia.

—No estamos de acuerdo, don Ramón —decíale Morales al tío de Bosch—. Seré de esos que llama usted tontos, bobos o sentimentales o lo que sea; pero me quedo con los débiles, los más y los menos.

—¿Qué?

—Los más numerosos y los menos afortunados. Por eso soy de izquierdas y no me avergüenza el decirlo. Por nada más. Yo no puedo admitir que haya una persona decente —hubo un pequeño revuelo— que esté conforme con la actual organización de la sociedad. Me parece monstruoso que haya quien piense que las cosas están bien como están cuando hay quien no come y quien se atiborra. Ahora bien, yo creo que todo puede resolverse sin necesidad de violencias ni revoluciones.

—A la postre —le respondió Bassas—, usted es partidario de una dictadura de los cojos contra los que perneamos correctamente.

—¿Por qué no? Y ya os podéis reír.

Rafael se acuerda de una frase de no sabe quién, —¿de González Cantos?—, en el Victoria: «La política es una cosa de señoritos; lo único serio es romperles la cara».

Se marchó el panadero: Todos estos idiotas que preconizan la paz eterna son nuestros mejores aliados —comentó Bassas, viéndole marchar—. Hay que darles siempre la razón, aunque nos los carguemos después: ¡retahíla de masones y judíos! Pero desarman a las masas, y las aduermen. Los capadores del siglo. Ante ellos me quito el sombrero y barro los suelos.

Por aquellos primeros días de julio hubieron grandes revuelos. Vino de Madrid un escritor de cierto nombre para ponerse al habla con Salomar, Bassas y el murciano del cual seguía Serrador sin saber el nombre. Eugenio Sánchez traía la cabeza envanecida de historia y paisaje italiano, y los mondongos retorcidos de tesis alemanas no digeridas; no había quien diese con el hilillo fino de su calidad gallega, convertido en cáñamo de su conveniencia.

Los capitostes dejaron de aparecer dos o tres días por los cafés. Una noche, ya tarde, tropezáronse Salomar y Sánchez con Lledó, Bosch y Serrador. Lledó había sido amigo del recién desembarcado cuando éste, no hacía tres años, era candidato socialista; con queridas, punto en los rediles de la Granja el Henar, mujer e hijos pasándolas moradas no se sabía dónde.

Ahora se lo encontraba con la voz aflautada, honda y meliflua a la vez, tan fina que no sabía uno a qué carta quedarse, teniendo que inventar la mitad de lo dicho, una voz a lo d'Ors, en cierta manera su madre —de padre desconocido—, un decir «para hacerse amar locamente» de tituladas señoras, gusanillo que le había salido a don José Ortega; para mayor jolgorio de sus antiguos compañeros.

—¡Has ganado cadenas, don Sánchez! Lo digo por esa virguería, mi olvidado amigo —le soltó el socialista por una pulserilla que lucía el aludido.

El escritor hizo un gesto vago y pronunció unas palabras ininteligibles.

—Estábamos discutiendo de las Cruzadas —continuó Lledó, dispuesto a imponer su presencia, que sabía insoportable a Eugenio Sánchez—. ¿Qué opinas tú de las Cruzadas?

El aludido se encogió de hombros y púsose a hablar para sus adentros: nadie distinguía palabra que valiese.

—¡No! —le interrumpió Lledó—, ¡tienes razón! A vosotros os gusta la palabra: cruzada. Suena bien. Y vosotros, cruzados.

—No hagas chistes —le reprendió Salomar.

—¡Si hablo muy en serio! Queréis irrumpir en España como colonizadores y hacer creer al mundo que todo obedeció a un amplio movimiento popular, tal como ha quedado hasta hoy el recuerdo de las verdaderas. En realidad aquello fue una expedición colonizadora del Papado y de los Capetos. Expedición colonizadora del Papado: ¿Qué te parece, mi apagado amigo?

Volvió a mascullar el recién llegado.

—Tenéis esto por tierra de infieles con mando sobre los Santos Lugares, que no os faltan, de Covadonga a la Virgen del Pilar, pasando por Santiago. Pensáis tratar a los españoles como a indígenas jenízaros, y eso haciéndonos un gran favor. Los cruzados se aprovecharon de la anarquía musulmana de principios del XII. Pero luego los mamelucos...

—Pasaron siglos —dice Salomar.

—¡No tantos! Y para vosotros, ¿cuentan siglos? Lo que importa es que queréis tratar a España como a país conquistado, reclamándoos de la tradición y de la historia; sin que os importen un bledo los españoles y sus dolores. Y eso es lo que encuentras tú, Luis, en el fascismo: un viejo afán de conquistador, y los españoles indios, en el peor de los sentidos. ¡Conquistador de sí mismo; por un campo, roedor de vuestras entrañas, y de las nuestras, animales dañinos! Imperio, ¿cuál? ¿Sentaros a soñar que las Baleares son Sicilia? ¿Las Canarias: la Florida? ¡Todo vuestro programa es literatura, empeño de peña!

—¡Estás salido! —le dijo Luis.

Sánchez volvió a hablar con su barba.

—Somos muchos más de lo que puedas figurarte —insinúa Salomar, como niño con juguete nuevo.

—¿Crees que no lo sé? Sois muchos más de los que vosotros os figuráis: todos los que no creen en el poder creador del pueblo.

—Tú, por ejemplo.

—¡Calla, ladrón!

Farfulló Sánchez una despedida.

—Tiene mucho talento —dijo Bosch cuando hubo marchado.

—¡Y administración! —sentenció Lledó—. ¡Abur!

El día siguiente Salomar le dijo a Rafael:

—Ven a las ocho.

—¿Adónde?

—Donde fuiste la otra vez.

Cuando Serrador se hubo marchado, Rubió dijo, refiriéndose a él:

—España es un pueblo de señoritos.

—¿Crees que un ganapán o un destripaterrones de Medinasidonia quiere ser señorito? —le preguntó el perantón de Bosch.

—Si se atreviese a pensarlo, sí. En España hay los que no saben lo que son y los que no saben lo que quieren, los demás sinvergüenzas, y nosotros. No te olvides que en 1912 teníamos todavía un sesenta por ciento de analfabetos; y hoy, ¿cuántos?, ¿cincuenta? Menos mal que no existen.

—Y es usted capaz de matar a quien se los recuerde —rubricó el camarero que le

escuchaba apoyado en el rodillero, georama de níquel brillante.

—Lo que no comprendo —dijo el suizo— es cómo van ustedes a compaginar el fascismo y la Iglesia. El fascismo es fundamentalmente anticristiano. Y vuestra *rrevolución*, si la hay, *serrá* en beneficio de los curas.

—¡Vamos, hombre! —dijo Bassas.

—¡Al tiempo! —cerró Walter—. Y es hora de marcharse. ¡Coño, puñeta, *carrajo*! —dijo, como siempre, al levantarse, para alegría de oyentes.

Por la noche, en la mercería, Luis le encargó a Serrador que fuese a ver a sus amigos anarquistas para enterarse de su disposición frente a un movimiento «nacional».

Rafael fue al día siguiente al Victoria; le acogieron como si no hubiese faltado un solo día.

—A González le supo mal lo que te dijo —le indicó el Chófer—. Vuelve, se alegrará.

Rafael salió en su compañía y le preguntó lo que le interesaba.

—No sé —le respondió el anarquista—. Depende de los comités. Pero yo creo que no hay duda.

—¿Armas?

—No. Pero no importa. La situación es de todo en todo distinta a la del seis de octubre. Ahora nos ayudará el gobierno... Hay una probabilidad de ganar. Yo creo en la mayor eficacia del contraataque. Los sublevados serán ellos, el atacado el gobierno; entre los dos, nosotros nos podemos hacer los amos.

—¿Y la huelga de transportes? ¿Y la de la construcción en Madrid?

—No tiene nada que ver una cosa con la otra.

Rafael le dijo a Salomar que creía que la CNT se echaría a la calle.

—¿Sin armas?

—Confían en que se las dé el gobierno.

—¡Bah! Hay que repetirles que no tenemos nada contra ellos. ¡Al contrario! Contra los mangoneadores socialistas, sí. Ahora mismo están en huelga. Hay que insistir.

—No comprenderán.

—De todos modos vamos a imprimir unas octavillas. Te daré veinticinco hombres y tú te encargas de repartirlas.

—Bueno.

A los dos días Salomar le preguntó a Rafael:

—¿Qué tal tiras?

—No sé.

—Mañana, a las cuatro y media, en la Plaza de España, esperas sentado; en la taza de la fuente.

—Ya nos veremos en el café.

—No. A las cuatro de la mañana.

Rafael no esperó más de cinco minutos; llegó Salomar en un coche y le hizo subir en la delantera. El auto tomó la carretera del Prat. Una vez en el pueblo torcieron a la derecha y un kilómetro más allá enfilaron la portilla de una finca. Además de Salomar ocupaban el coche cuatro muchachos a los que Serrador no conocía. No hablaron palabra. Pasado el portalón vieron, diseminados por un jardín y la huerta, unas cincuenta personas, en su mayoría jóvenes, con cara luciente y pantalones de buena familia, todos con camisa azul y el yugo y las flechas de Falange, en rojo, sobre la tetilla izquierda. Formaron de dos en fondo tan pronto como avistaron a Salomar. Pasóse lista en la solana, entre una binadora y una balsa. La finca estaba cercada de altas y bien enjalbegadas tapias. En una de las esquinas, subido en una escalera, un centinela avizoraba lo asurcano.

La huerta cuidadísima, las albardillas rosadas, las clavelineras con sus albitañas. Colgadas en el sobrado rebrillan amarillas mazorcas de maíz ladeadas por ristras de pimientos carmesíes, ya secos. Por las paredes escalfadas, siguiendo alambrillos, se ensortijan, trepando, las campanillas y las almortas. Desde la portalada hasta la casa de labor un camino orillado de adelfos blancos, entreverados de amarantos, geranios, lirios y amormíos, y a sus pies, lindando la grava, las trinitarias sosteniendo, muy dignas, sus cabezotas morachas. A la derecha, algunos almendros, algún granado y membrillo, media docena de avellanos; más allá, un cuartel de coles: glaucas, azules y topacio en la madrugada, con su gruesa escarcha tornasol: sígueles un alcachofal, un melonar cerrado por cruzadas cañas donde granan guisantes.

Aloes, chumberas y murcianas forman en la base del tapial. Tras la casa un corral, pegado al mismo un conejar y arriba el enrejado gris, enorme, del palomar; a sus pies un volquete; entre sus ruedas dos gansos y una pollada.

Ya los dondiegos cierran su flor cinzolina: por sobre la pinada que guarda las dunillas, marca el sol su posesión dando larguísimas sombras leves sobre la tierra muda, que va saliendo del mar.

Frente a la falangilla, tiesa con los brazos al cielo, pasa pompeando un gallo, carúncula erecta, marciales los espolones, mientras, un poco más allá, encoban las gallinas.

En la pared del corral se disponen tres blancos de formas vagamente humanas. Salomar entra en la casa y sale con tres pistolas en las manos: Una Star del 6,35, una FN del 9 corto, una Mauser del mismo calibre. Van disparando por turno; uno toma nota de las punterías, cuando le toca su turno, Rafael dispara todo el cargador sin dar en el blanco. Los animales gañen, aúllan, gruñen, graznan, ladran según sus posibilidades. A lo lejos contestan unos perros. Un gato blanco, impertérrito, la cola erizada, pasa entre los tiradores y los cartones.

Acábase el ejercicio y cada cual saca su almuerzo. Salomar los reúne luego y les da clase de historia de España. Empezó hace tres meses con los Reyes Católicos y aún anda por Carlos V.

—Después de Felipe II —dice—, ¡ya no hay historia!

—Yo pensaba... —aventura un rapagón.

—¡Tú no piensas!, ¡crees! —le chilla Salomar, subiéndose a las bovedillas—. ¡Estamos dispuestos a reivindicar el lema de la Universidad de Cervera! ¡Lejos de nosotros la funesta manía de pensar! ¡Creemos, y obedecéis!

Llama el teléfono: Ramón Navarro le advierte que la policía le anda buscando. ¡Han detenido a Bassas!

Luis Salomar despide a su grey y la cita para dos días después.

En el coche, durante la vuelta, indica a Rafael que le espere en el mismo sitio y a la misma hora: —Ahora, que te dejen donde quieras—. Salomar baja antes de llegar al fielato.

Rafael se encontró solo aquella tarde en el «Oro del Rhin».

—Parece que los buscan —le dijo Joaquín—. Hablan de una sublevación militar. Si la buscan gorda, ¡allá ellos! Se darán de narices.

A la noche, Salomar, con grandes gafas ahumadas y sombrero, paseaba por las Ramblas con Lledó. Su aspecto era de rufián quevedesco; faltábale el palo o el perro.

—Hijo, me parece que hemos llegado a las diez de últimas —argumentaba el socialista—. De un lado están los que quieren y del otro los que no quieren. Los que tienen se preguntan haciéndose los extrañados: ¿Qué quieren? ¡Cómo si no...! La sola condición de proletario enaltece; consiervos, dice la Biblia, y está mucho mejor. Están obligados a preguntarse: ¿qué queremos ser? Y en ese mismo momento ya son superiores a lo que eran. Los tuyos, por el contrario, se quieren rebajar —pagar la menos contribución posible—. Saben lo que son y lo que tienen. Tanto tienes, tanto vales. Y no se hacen ilusiones. Por las ilusiones vale el hombre. Ya podéis hacer lo que queráis. ¡Estáis listos y buenos para el arrastre, mi viejo amigo!

—¡Déjate de historias! Lo que importa es dormir poco y andar al avío —decía Luis—. Los sueños son dolencias de estreñidos.

Y alabeaba en lo posible el chambergo hacia su frente.

—Si te dieran a escoger deseos...

—¿Yo? ¡Nada! Quisiera ver colgados a todos los catalanes y pasearme entre las horcas, al olor de su podredumbre; y los pajarillos de las Ramblas por encima; y nuestra escuadra por el mar.

—¡Morir como Garcilaso —dijo su acompañante— después de haber reducido el Quijote a montón de papeletas!

Anduvieron sin palabras.

—¿Y tú? —pregunta Salomar.

¡De no despertarme mañana presidente del Consejo, nada!:

*Bientôt nous plongerons dans les froides ténèbres;
Adieu, vive clarté de nos étés trop courts!*

—¡Vete a paseo con tu franchute! ¡Recita en español, o no eres hombre!

—Está bien, mi general amigo:

Ved de cuán poco valor
son las cosas tras que andamos y corremos,
que en este mundo traidor
aun primero que muramos
las perdemos.

—¡Olé! —dijo Salomar—. Vámonos a beber una botella de amontillado en un tabernucho que ha descubierto Bosch, ahí en una revuelta de Escudillers.

Con el vino por medio, Salomar le indica, como sin importancia: ¡Guárdate!

—¿Tan en corto me lo fías?

—Sí. Estamos frente a frente, y no va más.

En el despacho del consejo de Gobernación están reunidos los jefes de la Guardia Civil: general Aranguren, tenientes coroneles Escobar y Brotóns. El consejero es hombre alto, rubicano, la nariz fina un poco pinjante; aparenta menos de sus cincuenta y cinco años.

—Señores, se prepara un alzamiento militar contra la República. Si quieren pueden no contestarme. Soy hombre de pocas palabras. ¿Cuenta el gobierno con la Guardia Civil?

—Si el movimiento está dirigido contra el gobierno legítimo, sin duda alguna. Como siempre —dice el general.

—¿Y ustedes, señores?

—¡A sus órdenes!

—¿Palabra de honor?

—¡Palabra de honor!

—Ahora les pondré en relación con el comisario de Orden Público, teniente coronel Escofet, y con el jefe superior de policía, teniente coronel Vicente Guarner. Ustedes elaborarán un plan de represión del probable movimiento. Tengo la lista de los jefes comprometidos; les será comunicada más tarde.

—Los comprometidos no tendrán mando —dice Aranguren—. Porque supongo

que no los hará usted detener...

—Evidentemente, ¡sin pruebas!

Salen los militares y entra el secretario particular del consejero.

—¿Sabe usted que Escobar es un beato, y su hermana monja?

—¿Y que aquí nos hemos jugado Barcelona a cara o cruz?

—¿Y?

—¡Canto!

En el local del sindicato de la madera están reunidos unos cuantos responsables de la CNT. —¿Cuántas armas?— pregunta Ascaso.

—Nada. Lo de Pueblo Nuevo: una ametralladora, la que tú sabes, tres fusiles ametralladoras, treinta Winchester, especifica García Oliver, bajo y duro. ¡Hay que hablar con Companys! —dice Durruti. ¡Con lo que hay que hacerse es con Barcelona!

—Nos enviará a España.

—Habla con España.

—En Hospitalet hay una caja de pistolas —dice uno. ¿Cuántas?

—Doce.

—Venga el plano de las armerías; la madrugada que sea vamos por ellas. Los fascistas iniciarán el movimiento de cuatro a cinco de la mañana. (García Oliver baja la voz, sonríe, acaba la frase tras una pequeña pausa, como siempre).

—¿Y luego?

—¡Ya veremos!

—¿Quién toma el mando de las operaciones? —pregunta Ascaso.

—En la capital, García Oliver. Desde esta noche no duerme nadie.

—¿Qué se sabe de Zaragoza?

—Nada.

—¿De Valencia?

—Listos.

Se habían acabado los ejercicios de tiro. Entre los presentes aquella mañana, Rafael conocía a unos cuantos: Rubió, los Fernández, Ramón Navarro. Salomá los reunió en el piso bajo del casón.

Les hizo formar. ¡Camisas azules! —les arengó—. ¡Se acabó el juego! ¡Ha llegado la hora de la verdad! (Vamos a entrar a matar, pensó Rafael). Tomamos entre nuestras manos las tradiciones españolas.

Las tenéis entre vuestros dedos, al alcance de los gatillos. Nos dan para su guarda la libertad y la decencia de España. Por una España libre, una, grande, contestaréis dentro de poco, todos a una: ¡Presente! Las libertades de todos van a convertirse en las libertades de Falange. ¡Todos por José Antonio! Se acabaron las discusiones: ¡con la disciplina! Las disensiones; ¡con la disciplina! Los esfuerzos contrarios: ¡con la

disciplina! Las libertades: ¡con la disciplina! ¡Falange entra en su gloria! ¡Honremos sus muertos! ¡Esta noche cada uno recibirá la indicación de su puesto de combate! ¡Arriba España!

Evidentemente, pensaba Rafael, no es un orador. Esperaban todos que diera la orden de romper filas. Pero Salomar volvió a dirigirles la palabra.

—Camaradas, entre nosotros hay un judas. Si he hablado delante de él es para que se convenza de que no ha de salir de aquí esta mañana. Sé quién es. Si él mismo se adelanta le permitiré que acabe con su vida. Si no, lo haré matar como a un perro. Le doy quince segundos.

Rafael Serrador sintióse de piedra. No podía ser él y, sin embargo, se le alcanzaba que en lo hondo de sus raíces existía el resquicio de una duda, su falta de fe. Nadie miraba a nadie, por miedo a acusarse. ¿Cuál de ellos se sentía libre de no haber dicho una palabra imprudente? Los que Rafael no conocía no pasaban de los veinte años. Habló uno de ellos:

—Yo le dije anoche a mi padre que dentro de poco... Estoy dispuesto. Pero mi padre no hablará.

—No eres tú —tajó Salomar—. Es éste, y designó a Ramón Navarro.

Les pareció a todos que habían quitado el techo, que entraba el aire de golpe; se sintieron más ligeros.

—¡Policía tenías que ser, chivato! Los traidores mueren dos veces.

—Un cadáver, por mucho que insistas, es siempre un cadáver —dijo el escomendrijo con una voz más alta que la suya natural.

—Pero tendrás que pensar en dos sitios y de dos maneras a la vez. Así es difícil morir en paz.

—Quisiera hablar contigo a solas —le indicó a Salomar—.

—¿Para qué? ¿Para revender tu piltrafa? No. Además, yo no hago más que cumplir órdenes. Te debemos el que a estas horas uno de nuestros triunviros esté en la cárcel y nosotros en libertad, de milagro. ¡Qué contento te habrás puesto al llegar aquí! Y al oírme. No sabías que era tu sentencia. El estado de guerra está proclamado. Guzmán y Robles, atadle las manos y llevadlo al corral. Gregorio, Ruiz Aldaneta, Batlló y Matas, coged picos y palas en el cuartucho, según salís, a la derecha; entre el palomar y las bardas caváis una fosa. Es pequeño.

—¿Qué profundidad?

—Setenta, ochenta centímetros. Si hubiésemos tenido tiempo... —se encogió de hombros. Pero sirva de varia lección. Y ahora echad suertes entre los seis más viejos, a ver quien tiene el honor de mandarlo al infierno.

Los muchachos no se habían movido un pelo.

Aculado en un sucucho del corral, Ramón Navarro se aplastaba en el ángulo recto de las paredes enjalbegadas. La sombra le acuchillaba la cara y el hombro derecho.

Enfrente, unos toneles; bajo sus rodajes, hilillos vinosos que corren hasta un montón de estiércol. Zumba el aire de calor y verano. Se han marchado sus guardias, pero un hombre viene hacia él. Cierran el portón de madera.

Chirrían los goznes. Es posible que no tuviese miedo, que le importase poco morir, pero su cuerpo procuraba ennicharse en la pared. Sudaba para sus adentros, la epidermis seca, lustrosa, brillante. 18 de julio y casi mediodía, y todo azul. Una mosca revolotea por su cara. Se la sacude sin darse cuenta meneando la cabeza. La mosca, son ya dos moscas. Las moscas acuden a los que van a morir. Para el que se adelanta aquel movimiento es muy desagradable; parece un caballo, fáltale la bolsa y la paja.

Va a matarme. Dios mío, ¡qué idiotez! No podía pensar en otra cosa. El sol, el muladar y las moscas. Lo único que se le representaban eran las palabras, ya vacías: ¡Dios, qué idiotez! En frente, en la sombra, quedaba el gallinero con tres gallinas grises. Un gallo se acercaba, en el sol, picoteando los sueños, levantando luego la cresta con suficiencia tanta que parecía querer esconder su vergonzoso trato con granos y lombrices y dominar al mundo con su relumbro plumirrojo, plumiverde y los ojillos fríos e impersonales. ¿Por qué no he pensado en afufar? Los alamudes del portillo. Detrás asoman las enredaderas con sus campanillas azules y unos girasoles ensemillados, negros, a punto de reventar. El sol echa tanta luz que Ramón Navarro guiña los ojos.

Morir como un conejo, como un conejo. Y de pronto vio una enorme cabeza de conejo que le guiñaba el ojo. Y me estoy meando. El gato por la alforfa. Le parece que se le sahorna todo el cuerpo.

Cuando el matador llegó a cuatro pasos del calcillas empezó a disparar apuntando al vientre. El miserable cruzó las manos, sosteniéndose el abdomen. ¿Cómo se las había desligado? Fuese doblando, lo que permitió al verdugo pegarle un tiro en la cabeza sin necesidad de agacharse: bastóle alargar el brazo; la pared se ensució de sangre y sesos. A lo lejos se oyó un asno. ¡No será el único! —decía luego Salomar mientras el sorteado se le agarraba a los ojos como a clavo ardiendo—. ¡Matar un hombre, desde la invención de la pólvora, es bien poca cosa!

—Con una navaja no hubiese podido. Y aun así... ¡Tengo la impresión de que me he envenenado!

—¡Eso se cura con caldo!

A lo lejos, Montjuich emergía como un pavés de la neblina.

—¿Por qué —le pregunta Rafael a Salomar— hablaste delante de Navarro? ¿Y si...?

—Para que se arrepintiera mejor, y ganase más fácilmente el cielo en que no creía.

A las tres de la tarde don Juan Manuel Porredón se hace anunciar al Ilmo. Sr. Don Jesús de Buendía y O'Connor, ex ministro de la monarquía, tonto y de paso por Barcelona.

Don Juan Manuel es banquero, don Jesús nació presidente de consejos de administración.

—¡Mi querido Juan Manuel...!

—¡Mi querido don Jesús!

—Esto parece que está en casa.

—¡Hecho, don Jesús, hecho! ¡Ya era hora!

—¿Y aquí?

—Es posible que intenten resistir, pero será cuestión de horas. A lo sumo, otro 6 de octubre. Goded llegará a las once, una vez arreglado lo de Palma. El plan es espléndido y no puede fallar. El único problema era Madrid. Y en Madrid no nos movemos. En las demás capitales están desarmados. ¿Los partidos políticos? ¿Los sindicatos? ¡Bah...!

—¿Y la Guardia Civil? ¿Y los de Asalto?

—Lo primero supongo que lo preguntará usted en broma. Los de Asalto, ¿qué pueden contra el ejército en la calle y declarado el estado de guerra?

—¿Zaragoza?

—No se preocupe. Cabanellas en Zaragoza y Queipo en Sevilla son los más seguros. ¡No hay como los desagradecidos! El problema es Aranda en Oviedo, pero allí está muy aislado. Además, su amigo Lerroux no nos ve con malos ojos.

—¿Entonces?

—Nada, todo saldrá a pedir de boca. Sanjurjo llegará a Burgos. Franco está ya en Tetuán. Llegaron los aviones prometidos. Lo desastroso es que alguno ha tenido que aterrizar en Argelia.

—¿Se sabe algo de la reacción de Francia?

—Quiñones tiene allí muy buenas ataderas. Además, como es un gobierno de Frente Popular, se cuidará muy mucho de no meterse con nosotros, les *réactionnaires*. ¡Mejor nos tratarán que lo haría su amigo de usted don León Daudet!

—Resumiendo...

—Franco pasa a reunirse con Queipo sublevado en la segunda región. Goded toma el mando aquí. En Valencia García Monje está en la higuera, pero los regimientos salen a la calle.

—Que es lo que importa. Siga.

—Por otra parte Mola, desde Pamplona, baja en horas a donde haga falta, que no hará. Galicia es nuestra. Cuestión de echar un bando. ¿Qué puede hacer el gobierno tonto de Casares? ¿Quiere usted decírmelo? Rodeado, cercado, con el enemigo en casa, tendrá que rendirse.

—Yo espero mucho de esa amenaza sorda en Madrid. Es una novedad.

—Sanjurjo reunirá los hilos. Es cuestión de dos días. Nuestros amigos podrían ser un poco más prudentes; en Amsterdam ha subido hoy Almadén como les ha dado la gana.

—¿Y aquí? ¿Qué hará Llano de la Encomienda?

—¡Llorar! Nos sobra, hasta la llegada de Goded, con Legorburu. ¡Sí le conoce usted!: el general jefe de los servicios de artillería. Y con Fernández Ampón. Pero sobre todo tenemos a Moxó, el coronel de E. M., y a Adalberto Sanfeliz.

—Pues los mercurios italianos no se han movido.

—Entre o no Italia a formar parte del consejo, una vez efectuada la unión subirán como la espuma.

El teniente coronel Guarner entra en el despacho del consejero de Gobernación. Saca un libro de su cartera.

—Pertenece a un comandante a mis órdenes. Se le olvidó en el cuerpo de guardia. Dentro he encontrado este pliego cerrado con el encabezamiento de Capitanía. No he querido abrirlo sin su consentimiento.

—Ábralo.

El rasgar del papel. Léelo Guarner y se lo pasa en silencio a España. Es una orden para declarar el estado de guerra.

—Sin fecha —comenta el consejero—. Sello del Estado Mayor.

—Y firma el coronel Moxó —señala Aranguren que está presente.

España llama al capitán general por teléfono: Mire usted, general; a pesar de sus denegaciones, así es. El teniente coronel Guarner va a verle con el documento.

Sale éste cuando entran Brotóns, Escobar y Escofet.

—Señores —dice España—, el comandante Sandino, jefe del aeródromo del Prat, me ofrece su apoyo incondicional. Yo estoy seguro de que si todas las órdenes se han cumplido el movimiento tiene que fracasar en Barcelona.

Sobre un plano márcanse los retenes, los cuarteles vigilados.

—He aumentado el número de hombres en la Diagonal —dice Escofet—. No hay retén de menos de doscientos.

—Yo no creo en milagros —dice el consejero.

—¡Yo sí creo en ellos! —le responde Escobar.

—¡Pues hágase el milagro y hágalo el diablo! —puntea con sorna Brotóns.

Vuelve Guarner:

—El sello es falso; la firma, auténtica.

—¡Ya han hecho hasta los sellos! —dice Aranguren—. Esta vez tienen dinero.

—Sí, parece serio.

—¿Y Madrid? —pregunta Escofet.

—¿Quién? —contesta a España—: ¿Moles? ¿Esplá? ¿Casares? ¿Pozas? ¡Respiran

confianza y me llaman alarmista!

—Los alarmados y mal armados van a ser ellos —dice Brotóns para su barbilla.

A las tres, un muchacho le trajo a Rafael Serrador una orden mecanografiada en un papel pajizo. «A las tres, en Capitanía».

A la tarde pasó por la mercería donde le dieron el santo y seña: «No va más».

TERCERA PARTE

Assi ffué que la tierra començo a bramar

Juan Ruiz



1. Vela y madrugada

Había que tomar posición.

—Sí, nuestro tiempo es una guerra de posiciones. Y has adoptado la más fácil, la más cómoda, la más vergonzosa —le decía Lledó a Serrador.

—¿Por qué, rey de morales?

Bajaban hacia la Universidad. Los vendedores de periódicos agotaban sus existencias vespertinas.

—No, no me quedan *Cieros*, ni *Noches*. ¡*La Rambla! La Rambla: La Rambla*, 18 de julio de 1936.

—El mundo eres tú. No me lo explico en un obrero, consiervo amigo.

Lledó hablaba con voz un poco más ronca que de ordinario; iba con su desgarbo desaliñado subiéndose con el índice de la mano derecha, inconscientemente, el puente de las gafas que se le escurrían por el escaso entrecejo, además que solía remedar con gracia Rafael.

—Juzgas la política como una mecánica construida para hacerte feliz. Como anillo al dedo. Para resolver tus personales trapatiestas.

—Qué, ¿para ti no? ¿Vas a ocuparte de los demás si no puedes contigo?

—No es razón. Yo no he nacido proletario, amigo mío, y ahí me duele. ¿Crees que la gente se va a matar por tu conciencia? ¿Por salvar a Rafael López Serrador?

—Yo no creo nada.

—No es que no creas nada: no crees en nada, que no es lo mismo. Desestimás el mundo. Esa es tu fuerza y tu muerte. Para que no te desprecien, tú más.

Lledó se paró:

—Oye, ¿tú no has querido nunca, de verdad, a una mujer?

—¿También cree usted en esas zarandajas? ¿Qué le puede importar eso al mundo?

—Al mundo ni un adarme, pero a ti sí. Y como para ti el mundo eres tú... Para ti, mi joven amigo, nada tiene precio, o mejor dicho: al revés, a todo le pones precio. A eso llaman desprecio. Ignoro si alguna vez has tropezado con algo noble. En todo caso lo has desconocido. Por eso no crees en el pueblo, ni crees en ti mismo, al no creer en el hombre; y te refugias en ideas vanas. En nombre de ese vacío queréis sojuzgar a España. ¿No te claman las entrañas...? ¡Los que no tenemos precio, los que no nos vendemos, aun no valiendo nada —lo cual sería razón para venderse—, te despreciamos!

—¡Sí que está buena la noche! Y, de verdad, sermoneador falaz, ¿en qué crees tú?

—En mi propia conciencia. En mi virtud de hombre. ¿Sabes en lo que creo? Te va a sonar a rancio y extraño en mis labios; creo en la honra, en la honra de todos.

Lledó se paró en la esquina de Cortes. Las luces se perdían de menudas y juntas, a

lo lejos: la noche estaba pesada y nerviosa; de todas las ventanas abiertas caían estaciones de radio enmadejando a los transeúntes y sus periódicos. Todos tendían las orejas, cazando de oídas. Melilla, Prieto, Pasionaria...

—Honra de muchos y respeto de todos. ¿Te gusta? Te lo regalo como definición del socialismo. Los anarquistas se satisfacen con la mitad: respeto de todos. La honra... Vosotros, y ya ves si os concedo —me paso de honrado—, os batiréis por el honor, que es gloria y reputación, brillo y anaquelera, por la presentación y el escaparate, por la vista y el qué dirán. El honor no es una cualidad moral; es una apariencia, un signo exterior, una realidad palpable, una cosa que se toca y cotiza, que hasta es cuestión de palabras, de partículas, de dineros, de deudas. Honor para unos y ceguera para todos. También te lo regalo como definición de lo vuestro; ya no es «de», sino «para»; no es «de adentro» sino «para afuera». Tanto monta para vosotros el ser humano; cuenta su caparazón; no os importa el talle, sino la cotilla, la vista. No te niego que es muy español. Aquí nadie se asombra de pagar con su vida las apariencias. Teatro. Os vale el boato; en lo cristiano, las sobrepellices, las casullas, las ataujías. Ya sé que es hermoso morir por una palabra... Heroico, pero no honrado. Igual confundís púdico con pudiente.

—¿Algo más?

—Sí. Y como siempre, los idealistas nosotros; nos costará la vida, pero no escarmentamos; nosotros, honrados que honrados —y deshonorados por vosotros—. Hasta que llegue el día...

—Te advierto que no tengo nada que hacer hasta las nueve y a esa hora, cenar.

—Os place vivir de mentiras, creéis en lo falso, en lo inventado. Mandobláis el aire. Se os esconden los hombres y los reemplazáis por peones. Para tus jefes, los terratenientes y tenientes a secas: un hombre, un peón; los gañanes, los ganapanes, los jornaleros; todo eso, peones. Con un desprecio terrible. Lo que les importa es ganar la partida. Les pagan a seis reales el día de vida. Dicen que los pagan y lo que hacen es comprarlos. ¿Sabes lo que vale un peón de labor: todo él, con su pelo, su habla, su semen, sus uñas, su fuerza? Un término medio de ocho a diez mil pesetas. ¡Abolida la esclavitud, mi joven amigo preñado de sí!, ¡pero se compran y se venden mesgueros y pastores! ¿Sabes lo que vale un obrero? Para ti no es difícil la cuenta. Y no vale no querer. Si te rebelas, mueres. Contra esa muerte luchan tus compañeros, y tú los apuñalas, mocito desbaratador. Pero es porque no vales nada: te regalas. No es que desprecies a los demás, te desprecias a ti mismo. ¡Allá la sangre de los torneros, de los pulimentadores; los del hierro, los de la madera...! Y vosotros, ¡caballeros! ¡Caballeros, los que van a morir os saludan! Pero esta vez el ruedo es mayor y no hay barreras que nos separen, ni grados, ni gradas salvadoras. Animales hemos sido para vosotros; fieras serán. Vosotros nos habéis apodado: toros serán, y toros de muerte. ¡Ya podéis preparar estoques! Habrá toros por Navidad.

—¿Algo más? Buenas noches.

Serrador dio media vuelta y se fue. Media en las agujas pensó Lledó. En unos autocares pasaban alborotando jóvenes vestidos de blanco. «Mañana, la Olimpiada Popular. Menudo maratón van a correr todos. Van a batir todos los récords».

Rafael se tumbó en la cama un momento antes de salir al comedor. En lo alto de su pecho, en la base de su garganta, escapándosele por el mango del esternón, sentía y oía en sus adentros el latido de su corazón y el desparramamiento de su sangre. Orbitas de los mundos por su soledad.

La cena en «La Perla del Nuevo Mundo» no tuvo más hablador que el Gordo.

—¡Ahora verán lo que es bueno! Porque Casares dura un minuto y no más, Santo Tomás. A mi que no me digan, si Franco se ha sublevado en África está de acuerdo con todos. Ahora veremos dónde va a parar el pollo Azaña. (El bamboche engullía con evidente satisfacción). Creían que el mundo era suyo. Ya no había respeto, orden, ni nada. No lo digo por ustedes, don Rafael, señor Espinosa, ¡pero ustedes comprendan! Huelgas y más huelgas. Hubo siete años de dictadura que fueron siete soles. ¡Ni Dios chistaba, y los negocios *p' adelante!* Ustedes, ¿qué quieren? ¡Trabajo, señor, trabajo! Y que ocho horas, y que las cuarenta y cuatro, ¡y que cuando tengo las cuarenta y cuatro, quiero las cuarenta! ¿Qué quieren? ¿Qué trabaje yo? Les dan, y nunca están contentos. La gente se cansa, y con razón. Te huelgo, y te rehuelgo. ¡No, si nosotros no tenemos nada contra los obreros! ¡Ahora verán ustedes lo que es caramelo! De cuando en cuando es bueno que la hez sepa quién manda. ¡Y tanta autonomía, y tanto conceller, y tanta Generalidad, a tomar...!, y que perdonen las señoras. Además, dos palmetazos no le hacen daño a nadie. No lo digo por los obreros. Esos ya sabemos que son decentes. Con quien hay que hacer un escarmiento es con los jefes. Esos que viven del barullo y se dan la gran vida. Cobran de los sindicatos, y ¡a vivir y destrozar la sociedad! Yo soy republicano de toda la vida; pero no de una república como ésta en que mandan los socialistas... ¡Una república así se la regalo al que quiera! ¡No hay como la tradición, señores! Se lo dice un viejo. ¿Quién era el republicano de veras, aquí, en España? ¡Don Alejandro, y nadie más que don Alejandro! Entonces, ¿quién hubiera debido ser el amo, si aquí hubiese un tanto de sentido común? ¡Don Alejandro y nadie más que don Alejandro! ¡Ahora viene la nuestra! Ya sé que ustedes son unas personas decentes. Por eso les hablo con el corazón en la mano. ¡Oye, Desi! —grita a la tragasantos de su mujer, que está en la cocina—: ¿Has comprado pan para mañana y pasado? Porque eso va durar por lo menos tres o cuatro días. Compra diez libras de bacalao. Hay que ser prevenidos. Arroz hay. He estado en el círculo esta tarde. Uno cogió Radio Tetuán. Acaban las emisiones al grito de: ¡Viva la República!, y tocan el himno de Riego. Desi, haz café para todo el mundo, convido yo. Y saca copas, y el coñac.

Excusáronse todos. Rafael no tenía gana alguna de quedarse con su fallida víctima; pero, por hacer lo contrario de los demás, aceptó.

—¡Ahora, la nuestra! —repitió el tragaldabas, palmoteando la oronda colina de su ombligo.

—¿Usted cree? —dijo, por decir, Serrador.

—¿Quién, si no?

—Los militares. Falange, el rey. ¡Qué sé yo!

—¡Vamos, hombre! ¡Qué no, hombre, que no! Lo que quiere la gente decente es trabajar y —yéndose pícaro a la confidencia— don Ale presidente de la República y Gil Robles presidente del Consejo. ¡Mean los dos por el mismo agujero!

—Lo que usted quiera —dijo Rafael que no estaba para discusiones—. Voy a dar una vuelta.

Cruzóse con Espinosa, que subía. El olor del aceite rancio y de las basuras se crispaba en la garganta. Volvióse Espinosa, dos escalones más arriba.

—¿Eres de Falange?

—No.

—Pero estás con ellos.

—Tú mismo me indicaste el camino.

—Ahora es distinto. No se trata de teorías. Se echan a la calle esta noche, mañana, pasado...

—¡Ah!

—¡Dirás que no sabes!

—No decía nada.

—Te tengo por decente. ¿Por qué mientes? ¿Te das cuenta de lo que vas a hacer?

—¡Bah! ¡Vosotros o los otros...!

—Con la sola diferencia de que es exactamente lo contrario.

—Para mí los contrarios...

—Está bien. Si te veo en la calle, seré tan idiota que apunte a otra parte.

Fuese Espinosa para arriba. Rafael se quedó indeciso en el rellano: ¡Suerte! Le gritó.

—No la necesito, tengo algo mejor —le respondió, invisible, el comunista.

Bajó Serrador hasta el portal; la noche le pareció tan insoportable que resubió a meterse en su cuchitril. «Vamos a echarnos a la calle. Por el orden, la disciplina y las demás historias. Y eso yo... Lledó tiene razón. Lo que me importa es mi libertad; la de los demás, tres pitos. ¡Mucho cuidado con los Gordos! Y sindicalmente nos conviene. ¡Ya lo creo que nos conviene! Lo que sucede es que todos tienen la cabeza llena de palabras huecas. Ya veremos... Con que, ¿por el honor, mi querido amigo? ¡Vaya filípica!».

Walter está hablando hundido hasta los sobacos en un butacón de piel de cabra; se

le enfrenta un catalán de mediana edad, dueño de fundiciones.

—Mire usted —dice el anfitrión—, mis dos hijos son de Falange. Yo no me he metido nunca en sus gustos. Pero, aunque no quieran, ¡mañana me los llevo a Francia! Mire usted: la equivocación de la gente es creer que mañana el mundo será forzosamente fascista o comunista. Y, naturalmente, son antifascistas o anticomunistas. Creen que el capitalismo está hundido, que tiene que recurrir a subterfugios para poder vivir... ¡Es ridículo! A lo sumo eso demuestra el poder de la propaganda. Yo no digo que el capital —Francia, Inglaterra, América— no se alíe en algún momento con una de estas dos formas de malvivir; pero será para merendarse a su aliado después de haber vencido a su enemigo.

—¿Usted no cree que tendrá que soltar prendas?

—¡Ni una...! Por eso me voy a Toulouse, a esperar que mis compatriotas se pongan de acuerdo. Yo soy partidario de la paz, la industria y el comercio.

—¿Y cree usted en una victoria rápida y fácil de los militares?

—Tienen muchos triunfos en la mano. Barrera y Sanjurjo cuentan con el apoyo de Alemania y de Italia. Mire usted, nosotros les interesamos mucho a Italia y a Alemania y les traemos sin cuidado a Francia e Inglaterra. El ahito es ciego.

—Yo *crreo* que el mundo está bajo el signo de la A. *Afrika parra* Italia, Asia para el Japón, *Amérika* parra Alemania. España le interesa a Italia como potencia africana, y a Alemania como americana. Escalón o pasillo.

—Mire usted, la política es una cuestión de pasillos. Y, si le parece, ahora hablemos de cosas serias. Usted se queda aquí, ¿no?

—Sí, a *verr* qué pasa.

Arregostado en la semivela, ido a la bartola, la cabeza entre los flecos de la colcha, la morra contra el tablero de la yacija, Rafael hace un terrible esfuerzo para levantar su muñeca izquierda hasta el campo de sus ojos: las dos. «Tengo media hora por delante, media hora que es un tapiz sembrado ante mí para que haga en él lo que me dé la gana, una alfombra de flores».

Acidía, corriente estantía, marcha lenta, túnel, noche; flotar sobre el agua como me sostengo ahora panza al cielo. Descansado deslíz. Todavía las dos. Cáese penduleando el brazo como muerto.

—¡Soldados de la República! —dice el coronel del regimiento acuartelado en San Andrés—. ¡Soldados de la República!: Ha sido descubierto un complot comunista contra las instituciones republicanas. Pero se han podido desenredar todos los hilos de la madeja urdida traidoramente en Moscú contra las libertades españolas. Con una rapidez ejemplar para el castigo de los culpables, el gobierno de la República ha decretado el estado de guerra. Ahora no hay más mando que el mando militar. Antes que llegue a ser perturbado, el orden ya estará restablecido por el glorioso ejército

español, que, una vez más, sabrá sacrificarse por la Patria. ¡Soldados de la República! ¡Ahora saldréis a la calle para demostrar cómo las armas amparan a los ciudadanos dignos! No se quebrará la brillante tradición, y patatín y patatán —el coronel tose, compónese el célico fajín, frente al armario de luna; mírase de frente por detrás, ojéase de perfil. ¡Un tanto cebón, mi coronel, un tanto cebón!, se dice, satisfecho del conjunto. Llama a su asistente: Diles a esos señores que pasen.

En la plazoleta de la Vía Layetana, donde un tanto atrás alza sus tres modestos pisos la Comisaría General de Orden Público, hay ocho vehículos con el motor en marcha; pululan guardias; de tarde en tarde, por la recuesta de la amplia calle, pasan coches a toda velocidad.

—Sí, el comisario general al aparato. Bien, sigan vigilando y avisen.

Otro teléfono: Oiga, ¿España? Me avisan de que van entrando paisanos en el cuartel de San Adrián. ¿En el de Icaria también? Bueno, hasta en seguida.

Cuelga el auricular, atiende los ruidos de la calle. Los coches pasan con el acelerador a fondo; le suenan a subrayado, a cierre de cuenta, a fin de capítulo o principio de otro nuevo: van y vuelven al silencio, su zumbido ascendente y muerte lejana en degradado le parecen latigazos en la espalda de la noche. «Vida nueva, muerte; realmente mañana, ya hoy, será otro día».

En un cafetucho de la parte alta de la ciudad anda y desanda Luis Salomar lo que le permiten los vanos; con los brazos cruzados, frente a Rubió, sentado y encodado, fijo en una botella de coñac. Salomar piensa que dentro de una hora los trescientos hombres que manda estarán en sus puestos.

—¿Crees tú que faltará alguno?

Rubió alza sus desmesurados hombros bien vestidos, échase al colete otro remansillo ámbar. Sigue Luis sus idas y venidas, los brazos cruzados, las manos descansando abiertas sobre los bíceps, los dedos llegando a los hombros.

—¿En qué piensas, capitán? —le espeta el curda.

Párase en seco el aludido, volviéndose rápido hacia su interlocutor. Mírale con sus ajillos de azabache vivo.

—En la llegada de Don Quijote a Barcelona —le contesta—, las galeras por el mar, las flámulas y los gallardetes. Los clarines y las chirimías. El ruido de la artillería «rompiendo los vientos». Los caballeros saliendo de la ciudad...

El Gordo está desplegado al aire de un sofá de reps. Alarga la mano en un último esfuerzo desperezonil hacia la mesilla donde se ha apagado la punta colillera de un toscano. Alcánzala el rufián y la chupetea a favor del chispero. Entre cortinas de terciopelo marino asoma la cabeza emperejilada de la alcahueta segunda.

—¿Descansó?

—¿Y la Pepita?

—En el comedor, con unos. Están toas ocupás.

—Dile que venga.

—Ahora mismito, don Joaquín.

Llega, desfondando aires, la celestina mayor, bamboleando grasas.

—¿Qué quieres?

—Quince mil.

—¿Y ara?

—Mil cartones y la comisión.

—¡Pero si va a haber lío, y gordo!

—Eso, a ti, ¿qué te importa? ¿Por eso se va a dejar de fumar y de ocuparse? Las revoluciones, para los tontos, y yo concejal. ¡Apoquina y trae café!

El bárbaro enfoca sus posaderas en lo más mullido del asiento.

Espinosa sube hacia los locales del partido. «Contra el fascismo enemigo, el gobierno se siente un beligerante más»... ¡Vamos a verlo, don Casares! En la puerta del Central da con Joaquín Lluch.

—Parece que Azaña intentó un pastel esta madrugada. Martínez Barrio, etc... Pero le salió mal.

—Los periódicos...

—¡Bah!... Se han cargado a todos los nuestros en Melilla.

—¿Cómo se sabe?

—No sé.

—¿Y aquí?

—Tiene que ser hoy o mañana.

—¿Y en Madrid?

—Todavía nada. Hablan de Sevilla, Pamplona...

—¿Dónde vas?

—Diagonal esquina a Balmes.

—¡Salud!

El coronel Moxó está en su despacho de Capitanía. Escúchale el teniente coronel Sanfeliz.

—A las cuatro y media saldrán los piquetes para proclamar el estado de guerra. Una vez hecho esto ya podemos proceder con arreglo a la ley.

—¿Hay noticias, mi coronel?

—Por telégrafo. Controlan todavía los teléfonos. Noticias excelentes. Que yo sepa, a estas horas se ha declarado el estado de guerra en Pamplona, Zaragoza, Huesca, Logroño, Burgos, Valladolid, Zamora, Salamanca, Orense, Lugo y Coruña.

El coronel cuenta con los dedos y va consultando sus papeles.

—¿Sevilla? —insinúa el inferior.

—Sevilla, Granada, Córdoba.

—¡No está mal!

—No está mal.

—¿A qué hora amerizará el General?

—De diez a once.

—¿Si tirotean los piquetes?

—Que salgan en seguida las columnas previstas para las siete.

Atilio y Jaime Fernández hablan descansando las espaldas en una pared del patio del cuartel de Atarazanas. Visten camisa azul; cuélgales la pistola, por las nalgas.

—¡Vaya vuelta que daremos por el pueblo pasado mañana!

—¡Cómo se van a quedar algunos hijos de su madre cuando nos vean llegar!

Les parece tener el Canfranc a alzada de mano. Se callan.

—¿Quieres fumar?

—No.

El teléfono suena y resuena en todos los periódicos.

—El gobierno domina la situación. No hay nada.

—No hay noticias. El gobierno...

—No sé nada. ¡Buenas noches!

—¿No te digo que no sé nada?

—El gobierno domina la situación.

—¿No sabes que en los periódicos nunca sabemos nada?

—Pero ¿hay noticias?

El médico le mira tras sus espejuelos. No sabe si le duelen o no las tripas. Hay momentos en que cree que sí, pero en cuanto se quiere dar cuenta ya no le duelen. Y al revés. Siente que sopla. ¿Por qué sopla? Quisiera no soplarle en la cara al doctor, pero no puede contenerse. ¿Qué le han puesto encima del pecho? Antes estaban todos los chicos alrededor. ¿Quién ha ido a la estación? Quiere preguntarlo y no puede. Sobre todo, que tengan cuidado al meter la segunda. ¡Dichoso embrague! No es que no pueda hablar; él sabe muy bien lo que quiere decir, pero no le entienden. Como si todos se hubiesen vuelto sordos. Quizá Rafael le entendiese. ¿Quién habrá ido a la estación? Se le acerca la mujer. Hácele seña. Habla, y no le entiende el soplillo. ¡Tantos días sin afeitarse! ¿Quién habrá llevado el coche a la estación? Le duele el vientre, ¡Dios!, le duele el vientre. Y ese pecho, ¡qué peso! ¿Quién ha ido a la estación? Si muero, ¿qué va a pasar? El autovía sale a las seis. No puedo con el aire,

¡no puedo! ¿Qué hora será? Ya habrán dado la salida de Segorbe.

Lledó pasea, solo, las manos cruzadas sobre los riñones. ¿Qué tiene el aire que los árboles le suenan de otra manera? ¿Qué ruido de pasos por los vientos? Oye la tierra como si tuviese el oído pegado a ella. Duermen en los sillones de las orillas más gentes que de ordinario, eso es todo. «Por las calles, nada; por las aceras, nada; por los aires que dejan libres las ramas, nada: las constelaciones. Los burgueses duermen la sangre de todos. Los gatos, las culebras, las vacas, las moscas y los palomos duermen. Las chinches, es otro cantar. Duermen los vegetales. El viento adormilado se arrastra por los hoyos, las plazas, las calles anchas; sin aliento para forzar callejones, vase por los desmontes, y los deslunados. Por los alrededores de la ciudad se vela en los cuarteles. En todo nuestro alrededor las lucecitas de los cuerpos de guardia: Hospitalet, Pedralbes, San Andrés, y más cerca. ¡Cómo cae y pasa el tiempo! Giral, jefe del gobierno, ¡qué gracioso! ¿Por qué me hace gracia? ¿Qué voy a hacer mañana? Quedarme en casa. La joven Francisca no me dejará salir, ni su señora mamá. ¡Con tal que funcione la radio! ¿Soy un cobarde? Sí, soy un cobarde. Sé dónde está la verdad y no tengo ganas de matarme por ella. El discurso a Serrador me lo debiera de endilgar a mí mismo. Dos criadas y cuarto de baño me impiden ser una persona respetada por mí. Me doy asco, pero no demasiado. Si tuviese uno otras razones... y aceptaré cargos, y todos me dirán que así se sirve a la República, y acabaré creyéndomelo. Pero ¡lo que es jugarme la piel mañana! Soy un espectador apasionado, pero un espectador. Ver los toros desde la barrera. ¡Qué valor! Y ahí: duro, pesado, detrás de la oreja, el moscardoneo: ¿Qué interés tiene la República en que me peguen un tiro? No la serviré mejor, etc. ¡Cochino burgués: a la cama! Y a soñar dulce. ¿Me doy asco? ¿No me doy asco? Me doy asco. Las dos y media. Bronca en el ocho. A la joven Francisca no hay quien la convenza de mi honradez y de mi cobardía».

González Cantos y el Chófer están en el pescante de una camioneta, en la calle Roger de Flor.

—¿Sigue la huelga de transportes?

—Sigue.

—¿Cómo te has procurado el camión?

—Es del Sindicato.

—¿En Madrid sigue la huelga de la construcción?

—Sí. No han soltado los presos. Antona, López, Mera, Marín, siguen en la cárcel.

—Ya les había dicho yo a algunos que no era el momento de emperrarse. ¿Dónde vamos?

—Ahora bajan. A Pueblo Nuevo, a por el material.

—¿Se mueven?

—Ahora han telefonado que entran paisanos en todos los cuarteles, de uno en uno, de dos en dos.

En un cuartucho del Nouvel Hotel Barcelona, en la calle de la Unión, Jorge de Bosch tiene aculada una tusona en uno de los rincones. El lavabo está sostenido en la pared por unos tornillos brillantes, el esmaltado bidé luce desconchados. Las hazalejas cuelgan del toallero niquelado, un trozo de linóleo ajado fondea por los suelos. La cama, desmantada, sin hollar. Un biombo inútil cerca de la ventana. La cruda luz viene de una perilla apenas cubierta por una tulipa que acaba en rosa. Un desastroso armario con su luna desazogada hace bulto frente a los personajes. Sobre el mármol vetado de la mesilla de noche el reloj pulsera del hobachón. En una silla y en los cansados brazos de un sillón verdinoso, con oscuras flores desdibujadas por los sobeos y el tiempo, las ropas revueltas a como cae. El señorito y la ramera, como les parieron sus respectivas madres. La pindonga tiene los muslos adelgazados por su mitad, el vientre lacio y las ubres vencidas; las uñas de los pies, carmesíes, haciendo juego con las de las manos. Estas sostienen, cruzadas, el desmazalado pecho. La cara comida de viruelas, los ojos azules, hermosos, las greñas rubias, los hombros picudos. El zascandil collón la mira fijo en los ojos. Conoce su flaco, la churriana le tiene asco a todo lo pegajoso, a las viscosidades, al limazo. Sábelo el mocero, y árdenle los ojos. Acorralada en un sucucho la piruja, el perantón le espeta amorosamente los vocablos, búscale los labios y los oídos mientras ella procura defenderse de la repugnancia tapándose infelizmente las orejas.

—¡Moco! —le dice el zangón—. ¡Babas, candelas, escupitajos, gragajos, esputos! (Quiébrasele la voz meliflua y amorosa). ¡Te llenaré la boca de babosas, de caracoles vivos, de flemas! ¡Tú toda revestida de humores viscosos, de limazo, de escupitiñas, de escupiduras blancas, verdes, amarillentas; de salivazos, de pegajosidades, de pus!

Muérdese los nudillos la escomendrija. Esparráncala el hombre contra la pared. Húndele las uñas la hética en los hombros, danle arcadas y vomita por las espaldas que se le ofrecen, mientras el profesor va a lo suyo.

El consejero de Gobernación al general comandante de la Cuarta Región: Me aseguran que en San Andrés el coronel ha reunido a la tropa y los ha arengado.

—¡No es posible! Pero, por si acaso, y para su tranquilidad, envío allí, ahora mismo, un general.

Serrador mira otra vez su reloj. Las dos y media, casi las tres menos veinticinco. Alzase, va al palanganero, llena de agua la jofaina, mójase la cara. Por la casa en sombras baja a la calle.

En la cama estrecha da vuelta un cuerpo.

—¡Prométeme que mañana te estarás en casa!

—¡Déjame dormir! Haré lo que tengo que hacer. ¡Las mujeres!

Despiértase un crío y llora.

—¿General Llano de la Encomienda? Aquí, otra vez, España. Me dicen que en el cuartel de Pedralbes entran paisanos después de dar el santo y seña.

—Ahora mismo mando otro general. Pero le advierto que mis subordinados responden de que no ocurre ni ocurrirá nada en Barcelona.

La puerta del cuartel de Icaria está cerrada. Por el postigo entreabierto se asoma de cuando en cuando una cabeza destocada. Cien metros, más allá, sin ningún rebozo, vigilan el sereno del barrio y un agente de policía.

—Mira —dice el sereno—: pescar aquí con palangre, ¡narices!, o tienes que irte al mismísimo demonio. ¡Qué me vas a contar tú a mí! Yo, aunque soy de Alcantarilla, es como si hubiese nacido en la Barceloneta.

—¡Todo lo que no sea pescar con caña...! —le empieza a decir el ojo de la Generalidad con todo reposo.

Han ido acercándose a la portalada del edificio. Abrese ésta y salen hasta cinco hombres en mangas de camisa, agarran a los disquisidores, quieras que no; métenlos en el zaguán y sin encomendarse a nadie los empiezan a aporrear de firme. Intenta el agente sacar su pistolita. Danle un hebillazo en los mismísimos metacarpios. Aúllan los representantes de la autoridad civil sin que les valga; muélenlos con el propio chuzo para mayor escarnio, pícanles los fondillos con la aguda extremidad del asta. Los empujan, acardenalados, polvorientos, con los lomos bien heñidos, a la solitaria calle.

—¡Con nuestros mejores recuerdos para vuestros amos, jóvenes exploradores! Y vuelvan por más, si gustan tortas para grullos. ¡Aprendan a meterse donde los llamen y las narices donde les quepan!

Duélenles más los golpes que las burlas.

Con la noche no había nadie. La oscuridad le había dado siempre la sensación de

una manta, de algo con que envolverse y protegerse; ahora se daba cuenta de que se había engañado: la noche no estaba con nadie. No que le fuese hostil, sino fuera de él, indiferente, muerta. Los ruidos no le llegaban por los oídos sino por la garganta, como si estuviera oyéndose a sí mismo. Sus pasos le parecían más largos, resonaban en su memoria, en el vacío. Las rendijas de luz, en los umbrales de algunos bares, boquiabiertos cerca de los suelos, subrayan las sombras. Jamás se había visto tan largo por las aceras y las paredes.

«No es la noche, sino yo». Apretaba contra su muslo la culata del revólver. Todos iban de prisa. Chirriaban los faroles. Ni manflas, ni celestinas por la calle del Conde de Asalto; nadie bajo los arcos de entrada al distrito quinto. Soledad lejana. Por los cielos, las señas ciertas de un amanecer de leche. Algún gallo, y a medida que se acercaba a las Ramblas el gorjeo de los pajarillos en forma de río. Rafael tomó un chato en «La Giralda», todavía abierta. En la Rambla del Centro había un gran silencio de tranvías. Duermen gentes en los sillones de plancha y enrejado amarillo. Nadie en la Plaza del Rey, los faroles bajo los arcos multiplicando sombras. Un hombre escapa por el fondo. En la calle de Escudillers todavía hay jolgorio en el «Ideal Room» y en el «Pingüino». Sentados en el bordillo de la acera, una joven en traje de noche y un señorito de buena familia. Tocan un tango. Por unas ventanas abiertas, el rasguear de una guitarra; arriba, por el canal de la calle estrecha, le parece adivinar las primeras batallas del día con los luceros: la hora lo prohíbe. Un grupo sube por la calle de Aviñó. Serrador aprieta el paso. No son todavía las tres cuando da la frase en la puerta trasera de Capitanía. Condúcenle cerca de Salomar, a un salón isabelino, blanco y dorado, con canapé y sillones tapizados de amarillo, cortinones haciendo juego. Un cuadro enorme con un marco muy entallado: un molino de aspas y una larga tropa desfilando por una campiña oscura. No hay alfombra; el enladrillado blanco y negro da frialdad al conjunto. Salomar, en el centro, charla con cinco jóvenes que Rafael recuerda del Prat, entre ellos un metesillas y sacamuertos que le tiene hinchado. Salúdanse a la romana. Luis Salomar le tiende una insignia bordada, con el yugo y las flechas; Rafael se la cuelga del pecho. Pésale.

—Aquí el general Llano de la Encomienda. ¿Es usted, señor consejero? ¿Ve usted? Son las cuatro de la mañana, y no ha pasado nada. ¡Lo que yo decía! Me voy a dormir. ¡Buenas noches!

Montjuich sobre el cielo, y el Tibidabo apoyado todavía en la noche; suenan, retrasadas, las cuatro y media en la torre del monasterio de Pedralbes.

Las chumberas, los alces, los adelfos se confunden en el trocatinte del amanecer. Más abajo ábrese, chirriando, la puerta del cuartel; sale, bien formado, un nutrido piquete: enfila la anchísima avenida abierta. Sábenlo en seguida la policía, el consejero, los jefes de la Guardia Civil. Trasmítense órdenes. Forman en los lugares

estratégicos los retenes.

—¿Qué les han dicho?

—Represión de un movimiento comunista a unos, represión de un movimiento fascista, a otros.

—¿El general?

—Descansa en sus habitaciones.

—Póngale cortejo. Que pase el delegado de Falange.

Entra Salomar en el despacho del coronel Moxó. Acércanse a la ventana. A sus alturas, las copas de las palmeras del paseo de Colón; tras los tinglados, una raja de mar, topacio de madrugada. En la soledad, un perro husmea las verjas del puerto.

—Ahora salen de toda la periferia —dice el coronel— y acuden hacia el centro de la ciudad. No pueden resistir. Copados. Todos estos cuarteles nuevos están perfectamente emplazados. ¡La estrategia!, señor delegado. Contra la organización no hay quien pueda: de Sans, de Hospitalet, de la Barceloneta, de Gracia, de San Andrés, acuden hacia nosotros. Estamos en el centro de ese abanico abierto, somos el clavo del varillaje, el mango. Tenemos la sartén por el mango. El general se quedará bobo. No le costará mucho.

Hay un plano de Barcelona sobre la mesa, Moxó le indica a Salomar la avenida de los regimientos sublevados.

—La confluencia.

Salomar aprueba; mira la madrugada lenta. El jefe descuelga el teléfono.

—Póngame con San Andrés.

—No contesta el teléfono. No da tono —le responde el plantón—. Sólo puede usted hablar con la línea directa de la consejería de Gobernación.

El coronel mira la hora. Se la da un reloj de bronce dorado, desde la repisa de la chimenea. Unos amorcillos tejiendo coronas se balancean a compás: las cinco y cinco.

Entra un ordenanza con un pliego. Abrelo, llama a su ayudante: «Los de la Bordeta han llegado a la plaza de España. Que dejen un piquete en el Paralelo, esquina a Rondas, para asegurar el enlace. Sí, veinte o treinta hombres. Sobran. ¿No hay más noticias? Está bien».

El día sale del mar.

Córtase el paseo de la Diagonal, en la plaza de los hermanos Badía, con césped y unos arbolillos; prosigue luego, sin casas que lo encuadren, y toma el nombre de Pedralbes. Cuatro kilómetros hasta el mar, y la ciudad por medio. De Pedralbes vienen hacia el centro los de su cuartel, banda de trompetas al frente. En las

bocacalles hay guardia civil aguardando, mosquetón avisado; mándales un capitán con barbas. Son muchos cuatrocientos hombres para los que llegan. A la tercera descarga no quedan ni los rabos. La primera fue al aire; a la segunda no había quien les diera.

Al nordeste de la ciudad, cercano al mar, el cuartel de Icaria. Salen hasta cien hombres al mando del capitán López Varela. Enfilan hacia la estación de Francia. Espéranles antes de la plaza Palacio trescientos guardias de asalto. Déjanlos meterse en la boca del lobo. A los cinco minutos, López Varela, desencajado y herido, entra, prisionero, en la consejería de Gobernación.

—¡Por Dios, no me maten!

—¡Aquí no matamos a nadie!

Y pasa al hospital. Ochenta hombres piden servir al gobierno. Seis o siete han logrado refugiarse de nuevo en el cuartel. Los otros desaparecen dejando sus guerreras en prenda.

En la plaza de la Universidad, mismísimo centro de Barcelona, a los pies del rameadísimo monumento al Dr. Robert, conchábanse unos afiliados a la CNT. Por la calle de Cortes llega un piquete de soldados, venidos de la Bordeta. Repliéganse los anarquistas, disparando sus pistolas, hacia la calle de Balmes, buscando portales. En una de las esquinas de la plaza cae el primer obrero. Las cinco y cuarenta y siete en el reloj de la Universidad. Ya cantan todos los gallos. Ya no hay sombras. El sol, por encima de la ciudad, espeja en los ventanales de las atracciones verbeneras de la cumbre del monte Tibidabo.

2. Mañana y mediodía

En la esquina del Paralelo, cara al puerto, cara a Montjuich, está el cuartel de Santa Madrona. Reúne a la tropa su coronel.

—¡Soldados de la República! ¡Ha llegado la hora!...

Suenan tres tiros y el oficial se desploma.

—¡Viva la República!, soldados, ¡viva la República!

Huyen los otros mandos. Persíguelos la tropa. Tres falaces se hacen fuertes en el cuarto de banderas. Tiran a través de ataires y tableros. Buscan varios soldados una viga y todos a una desfondan la puerta. Un oficial herido está derrumbado en un banco, los otros huyen por las oficinas. Acorrálanlos. Entreábrese las ventanillas del pago de haberes para dar paso a pistolas. Caen revueltos papeles, tinta, máquina de escribir, secantes, palilleros, libros mayores y salvaderas. Los disparos de los mosquetones. Desde los dormitorios de los oficiales hay quien ha tenido tiempo de fugarse por los patios traseros, de abrir boquete en un tabique; por su parte inferior corren todavía dos reguerillos de sangre. El yeso la seca y oscurece. El sargento Valeriano Gordo se ha hecho con las cuadras. Los soldados gritan su entusiasmo correteando por el patio. El suboficial Manzana les grita su libertad. Por el distrito quinto se desparraman los soldados. Manzana manda aviso a la Cofederación: Total, dos ametralladoras que funcionan.

Las máquinas, tras unos colchones, enfilaban el Paralelo.

—Habría que mandar un hombre, que no estuviese fichado, a Atarazanas y a la Plaza de España —le dice Moxó a Salomar—. A ver qué pasa. Lo del teléfono es una lata. Hasta que no lleguen a la plaza de Cataluña...

Salomar sale al saloncillo y llama a Serrador.

En los hoteles de ladrillo de la plaza de España se asoman a las ventanas los centenares de muchachos venidos a Barcelona para disputar las pruebas deportivas de la Olimpiada Popular, que debe principiar a las once de la mañana. Ven tropas descansando en medio de la plaza. Tres avioncillos por los cielos. Un corredor francés (100 metros en 11”), que habla su poquito de español, baja a por noticias.

—A lo mejor —le dice un sueco—, es para cubrir la carrera. Dicen que va a venir el Presidente a la inauguración.

El francés se encara con el primer sublevado que encuentra. Entiéndense a las mil maravillas.

—Sublevación en Barcelona —el quinto mira las avionetas y se las señala al atleta—: Fascistas.

—¿Fascistas? ¿Et tú?

—¡Anti, antifascista! —le responde el soldado, convencido de que ha salido a luchar contra un alzamiento reaccionario.

Ya los mandan formar. Se acerca un tenientillo de bigote recortado.

—¿Quién es éste? —pregunta por el extranjero—. ¿Nuestro o rojo?

—¿*Moi?* ¡*Sprinter!*

Y levanta el puño.

—No hay manera de comunicar con el Prat.

España mira el mismo mar que doscientos metros más abajo ve y no ve el coronel Moxó. Ya pasan las avionetas: la de Ponce de León y Meana, la de Villaceballos y Giménez, la de Bayo Herguido.

—¡Todas las sábanas o lienzos al terrado! —ordena y grita el consejero de Gobernación.

Tiéndense las telas por la azotea enladrillada, píntase en ellas, la mayor posible: SAN ANDRÉS. Pasan las avionetas a treinta metros.

—Tienen que haber leído sin dificultad... ¡Y pensar que no hay más aviación en Barcelona...!

—Llevan bombas de mano, y algunas de diez kilos.

—Los de San Andrés han salido a las seis. Son las seis y cuarto. Los cogen en pleno descampado.

España palmotea la espalda del general Aranguren. Se da cuenta, y le sonrío.

El presidente de la Generalidad está en el despacho del director general de Orden Público. Desde hace un cuarto de hora no hay noticias. A lo lejos, perdidos en la ansiedad, algunos tiros. La Vía Layetana, solitaria. El mugido de una sirena, barco que entra o sale, ignorante.

Tras un «adelante», tercia un ordenanza.

—El señor García Oliver y el señor Durruti quieren ver al Honorable Señor Presidente.

—¡Qué pasen!

—¿Qué hay? —pregunta Durruti desde su fuerza un tanto socarrona.

—Esperando —contesta Escofet—. Salieron los piquetes y se desbandaron. Demasiado fácil. Esperamos el grueso de las fuerzas.

—Santa Madrona: nuestro —dice, con su fuerza reconcentrada, García Oliver.

—Por Cortes han llegado hasta la Universidad. Por el momento es la única infiltración —contrasta Companys.

—Dominan el Paralelo, pero la aviación ha desbandado la columna de San Andrés —informa Escofet.

—¿Y las Ramblas? —pregunta García Oliver.

—Libres.

—Entonces no hay nada perdido.

—¿Quién controla Teléfonos? —habla Durruti.

—Nosotros, pero no sé lo que pasa. No se puede comunicar.

Salen.

—¡Hasta después! —acaba Durruti. Ha puesto un cierto acento en «después».
Salen.

Abajo, en un coche, está Ascaso.

—Dentro de un cuarto de hora, todos los que podáis reunir, en la plaza de la Constitución —dice García Oliver—. Uno que se vuelva a Pueblo Nuevo y que le diga a González Cantos que con los compañeros, más los del puerto, se hagan como sea con Icaria. ¡Vamos!

Suben en la camioneta que seguía. Continúa hablando García Oliver mientras enfilan la Layetana y Jaime I.

—Como siempre, han concebido lo suyo como una operación puramente militar, sin tener en cuenta la topografía revolucionaria de Barcelona. Y eso les pierde. Todos los movimientos revolucionarios de Barcelona han nacido y se han desarrollado en el distrito quinto. Mientras esté en nuestro poder no hay nada perdido. Ellos se mueven según las órdenes que reciben de Capitanía. Si cortamos ésta de los cuarteles y sus columnas, la partida es nuestra; podremos atacar sus reductos, ya sin contactos ni cabeza. Y vamos a aislarlos.

—¿Teléfonos? —pregunta Ascaso.

—Hechos polvo. La cosa es clara: ellos convergen hacia el puerto, Capitanía, Atarazanas, etc. Sus enlaces no pueden colarse por la izquierda: tendrían que pasar por delante de la consejería de Gobernación. No hay caso. Por el centro parece que no lo han intentado. Para ellos las Ramblas son tabú.

—Son brutos y tradicionalistas: quieren copar el centro.

—Esto está más claro que el agua. Entonces el único camino de comunicación que les queda es el Paralelo. ¡Vamos a por él!

En la plaza de la Constitución hay trescientos hombres; bajan del camión la ametralladora, los tres fusiles ametralladores, los treinta Winchester. García Oliver reúne a los jefes de grupo.

—Dividíos en tres: los unos entran en la armería de Schilling, otro en la de Laplana, el resto conmigo, en casa de Beristáin. Reunión: en la esquina de la Rambla.

Saltan los cierres, ondúlase las puertas de chapa; salen los trescientos con armas de caza los afortunados, con carabinas de salón otros, los más con pistolas de todos los calibres, sin munición; quién con asustaperros, quién con canana sola. Reúnelos García Oliver en la bocacalle de la Rambla.

—Cien se quedan aquí, con Durruti; cien con Ascaso, el resto conmigo. Tú, Durruti, divide tu gente: cincuenta hacia abajo, hasta Atarazanas, para impedir que suban; no creo que lo intenten; cincuenta hacia Cataluña, para impedir que bajen. Tú, Ascaso, por Conde de Asalto hacia el Paralelo, a salir a la fábrica de electricidad; los otros que me sigan.

—¡Pegados a las casas, y cuidado con los tejados!

García Oliver sube hasta el Llano de la Boquería. El reloj de la esquina de San Pablo ha recibido un impacto: ya, para siempre, las ocho y media. Tiran de alguna ventana, de algunas azoteas; contestan, un poco a la ventura, los anarquistas desde la calle. Los primeros rompen escaparates, descristalan ventanas los agredidos. Las primeras sangres no surgen del plomo, sino del cristal.

Durruti y los suyos han llegado a la plaza del Teatro; pasan pegados al Principal Palace. Enfrente, desde el Hotel Falcón, les disparan a mansalva.

—¡Atrás! —baladra el jefe.

Atropéllanse los hombres en la entrada de los dos cines cercanos; otros, del otro lado de la Rambla, han buscado refugio en los portales: arrastran tres heridos. En la acera, frente a sus heridores, queda un hombre caído.

—¡Quietos todos! —Brama Durruti—. Y va, solo, por el muerto. Cuenta tiros. Siete, cinco, seis. «¡Balas cantan! Esta es de carabina». Dale una esquirla. «Con pistola no me darán a esta distancia. Un hombre solo es poca cosa. ¡Tendríamos que ir como colegio en tarde de domingo para que nos tumbaran!». Vuelve sin recoger al caído —una bala en los sesos—. Sabe lo que quería saber. Llama a los de enfrente. Manda diez hombres por la plaza del Rey a dar la vuelta por Escudillers:

—Una vez en la plaza del Teatro, os pegáis a la pared del hotel y entráis. No os pueden ver, ni dar. No son más de seis o siete. (Lo menos hay quince, piensa). Están en las habitaciones del último piso, a la izquierda, y en el tejado. Tan pronto como lleguéis a la escalera disparáis por el hueco; entonces nosotros atravesaremos la plaza. En cinco minutos debe quedar liquidado esto.

Y lo está. Y los que no tenían pistolas las tienen. Durruti dispone sus hombres a derecha e izquierda de la entrada de las Ramblas, diez en casa Juan, cinco en los balcones de una mancebía frontera, otros cinco en otra, un piso más arriba; otros diez repartidos por los tejados; guarda los restantes consigo, en la calle. Los de los pisos acumulan colchones en las ventanas. Las golfas chillan amontonadas en los penetrales. Los hombres ni las ven. Tienen la muerte demasiado presente y la victoria en la mano.

«Hoy es pasado mañana», piensa un parroquiano del Paralelo. Oyéanse tiros hacia Atarazanas. «Los de Ascaso». Placer de disparar. Todos los que se codean allí son luchadores de otros tiempos: de los de huida y escondida después de vaciar el cargador. Meses, años esperando este momento de disparar bien afianzado en una esquina. Disparar como a uno le dé la gana. Ya no sólo con su derecho: con el de los demás también. Darle gusto a la mano; luchar a pecho descubierto. Disparan por el gusto de disparar, como si el plomo que envía llevara flameando el rabioso derecho de vivir de la humanidad esclava de Barcelona. Siéntense unos; los heridos y los muertos no cuentan; porque no son ellos, sino su unión, su relación, su deseo; palpable en sus manos, en sus barbillas; ante todo en sus ojos, en su piel luciente y cansada de tres y cuatro noches veladas; sírvenles las balas de sueño, los traquidos de noche y silencio. Tienen su vida en la mano, la pasan, la notan, saben por qué viven. Son, están; no son ni fulano, ni mengano; están todos a una; ligados, enraizados, enlazados en esta mañana, gloriosa de sol, por los tiros que va suenan por todas partes.

—¡Esto es vivir! —le dice uno a Durruti.

Y otro: ¡Esto es gloria!

Rafael Serrador, desde el quicio de una puerta, nota este salirse de sí. «No es la letra lo que entra con sangre»... Nadie le hacía caso, nadie reparaba en él aunque le conocieran, aunque un conocido le hubiese palmoteado el hombro como diciéndole: «Bien, estás ahí: ¡Aquí estamos!».

Nadie por el centro de la Rambla, nadie por las aceras, nadie por los cauces empedrados. Sólo van y vienen las balas. Rafael Serrador, cruzados los brazos, ve la cara de los hombres y sus lenguas de fuego. «Lo que entra con sangre es la vida». Se sobrecoge figurándose toda la ciudad violando los cielos, espantoso falo, bárbaro puño en alto, y la sangre por los aires.

Asoma uno la cabeza desde un balcón y grita: ¡Vaya jurado mixto!

Serrador se acordó de un dicho de González Cantos:

—No hay más justicia que la nuestra, los cobardes necesitan jurados mixtos, tribunales, ¡toda la pesca! Y luego esos mismos hablan de morir por la patria. ¿En qué quedamos?

—¿Estás *dormit*? —le pregunta uno, al pasar. Iban acudiendo hombres de toda la ciudad desentrañada. Rafael Serrador envidia a los que disparan. Se acuerda del correo de Castellón, del ayudado por bajo de Domingo Ortega. Le encuentra al aire, ¿a la vida?, lo que nunca sospechó que tuviese: sentido. «Vivir sin sentido. Ciego, sordo, mudo. Estos tienen razón de ser. Tienen razón, y razones de ser. Por primera vez veo vivir gente en movimiento: muriendo, en las astas del toro. Encunándose. Esto que era mío sólo, sentimiento, es ahora una cosa externa que liga al uno con el otro, a cada uno con todos». Recuerda una frase de Lledó, que se le había caído en

olvido: «Cuando un hombre piensa dejándose guiar sólo por su sentimiento, por su intuición o por su fantasía, está solo, completamente solo. Estos se guían por su razón. Estar solo es estar consigo mismo. Estar de acuerdo consigo mismo es estar solo. Solitario de mi propio desierto. Se acuerda del salón de Capitanía y del aire encerrado de cada cual. Serrador se da cuenta de que no está de acuerdo consigo mismo. Que no son esos hombres los que le interesan, ni él mismo, sino la relación de los hombres entre sí: la fraternidad».

Todo esto lo piensa sin pensarlo; como un aire, como aquel vientecillo marero que le llega por encima de Atarazanas hasta su escondido puesto: con jilguerías, fresco, limpio, con color de sal, tacto de agua: partido por balas que rebotan silbando.

Por vez primera Rafael López Serrador se ve desde fuera. Y se siente hombre. «Hasta ahora he sido la embocadura de un teatro. La grandeza del toro le viene de su incomunicación, de su animalidad. ¡Qué animal, qué tonto animal he sido! ¡Y cómo luce el mundo! Pensar con la razón y no con el sentimiento. ¡Qué estupendo animal he sido! No es cuestión de estar de acuerdo con nadie, sino de querer. Yo no he querido nunca, me he dejado llevar. La soledad era mi propio sentimiento. He vivido en mis adentros, pensando que el mundo era una discontinuidad de cercas ajenas. Y estos hombres están ahí, juntos, movidos por un mismo sentimiento, sintiéndose hombres. Y, por eso mismo, no importándoles morir. Luego la realidad existe; la puedo tocar: la toco». Y, lentamente, con cuidado, Serrador alarga la mano y acaricia la piedra del oscuro portal de la mancebía. Pasa raudo el Chófer. Lo despechugado, negro entre su camiseta, descolorida del sudor, un pistolón metido en un suspensorio a guisa de estuche, greñoso, con barba de cuatro días, un brazo rasguñado, medio puro en la boca y ese aire ido, de todos, por el semblante. Ciérrale Serrador el paso para apretujarle la mano húmeda, grasienta y fría de sudor.

—¡Bueno, hombre, bueno! —le dice el bólido cojo—. Ha llegado la hora, pero no es para tanto... ¡Ahora verás lo que es bueno!

«Estos hombres tienen fe los unos en los otros. ¿Es esto la fraternidad? No les importa que yo exista o no, que tú existas o no; lo que vale es lo que los une, lo que nos separa si quieres: cierto aire humano, confianza en la muerte y desconocimiento de la lástima. ¿Qué quedará al amainar el entusiasmo? El recuerdo. Efectivamente, con este recuerdo y esa esperanza quizá se puede vivir».

Silban balas.

—Echate para atrás que de rebote te pueden dar —le chillan desde la otra acera. «He descubierto una vida». Y mira la palma de su mano.

—¡Sí hombre! —grita uno que salta hacia afuera pisándole los pies—. Lo mismo da. ¡Si sale con barbas, San Antón, y si no, la Purísima Concepción!

García Oliver y sus hombres han llegado al final de la calle de San Pablo sin inconvenientes. Conocen cada esquina, cada tienda. A doscientos metros, frente a

ellos, el Paralelo; en la acera del Moulin Rouge, un pelotón de veinte soldados con sus oficiales. García Oliver manda quince hombres por el teatro Olimpia, para cortar una posible retirada del piquete hacia el grueso de la columna; envía otros tantos a su izquierda al socaire del teatro Español, para impedir su marcha hacia el puerto.

—Cuando empecemos a darle a la máquina, disparáis a todo meter.

Súbese con diez hombres a la casa que se les enfrenta, el bar Chicago, y en su único piso emplaza la ametralladora. El sobresalto de los soldados es el natural. Salen todos de naja a refugiarse en el teatrúcho que los espalda. Los rebeldes se figuran, al cruzárseles los fuegos, que los asaltantes son mucho más numerosos: ríndense a la media hora, agitando un traje de bailarina que han debido coger al azar de algún camerino. Bajan los soldados puño en alto. Tres hay sin guerrera: los oficiales. Gordo y Manzana, los vencedores de Santa Madrona, traen en aquel momento las dos ametralladoras conseguidas. García Oliver envía una a Durruti; con las otras dos y su gente acrecida toma las Rondas, paso ante paso, hacia la Universidad.

Capitanía, Gobierno Militar, Atarazanas, Aduana —la cabeza de la rebelión— quedan separados de sus fuerzas.

—Hemos ganado Barcelona con cien hombres y una ametralladora.

—Acogotados.

Y efectivamente, desde Montjuich hasta Badalona, trazando una recta, todo está en poder del gobierno.

—Ahora vamos por partes —dice el más bien pequeño, magro y duro hombre de la FAI.

Por el Paseo de Gracia van bajando las tropas sublevadas.

Durruti está en el despacho de España.

—¡Tengo miles de hombres y no tengo armas! Vengo a que me las des.

El consejero de Gobernación mide y recalca sus palabras:

—No os necesito para nada.

—Te fías demasiado de las fuerzas.

—Eso es cuestión mía. Me basto y me sobro para vencer la rebelión.

—¡Mira que si bajan hasta Atarazanas...!

—No te preocupes.

Durruti vuelve hacia las Ramblas.

—¿Qué hay?

El guardia está carleando, córrele el sudor por la frente.

—No sé por dónde han pasado, pero están en la plaza de Cataluña. Se han hecho con el Colón y con la Telefónica.

—¿Con la Telefónica?

—Sí. El teniente que mandaba nuestra fuerza se ha pasado. Los de la plaza de la Universidad se han metido en el restaurant Patria y en las casas de alrededor.

—Está bien.

—¡A la orden!

Companys está sentado en un rincón.

—Si logran establecer contacto con Capitanía —dice Escofet— va a ser muy duro.

—Sí —dice el Presidente—, muy duro.

Son las once menos cuarto.

Durruti reúne doscientos hombres: No nos quieren dar armas. Vamos por ellas adonde las hay: al Parque de Artillería.

Por el único teléfono que funciona en Barcelona el general Llano de la Encomienda llama al consejero de Gobernación.

—¡Qué me tirotean, señor consejero!

—Venga usted aquí, mi general.

—No puedo. Estoy encerrado en mis habitaciones. Dé usted las órdenes oportunas para que no disparen.

—Lo siento mucho, mi general.

España se vuelve al teniente coronel Escobar:

—Han llegado a la plaza de Cataluña, ocupan el hotel Colón y la Telefónica: ¡Desalójelos!

Vía Layetana arriba suben los guardias civiles, en dos líneas de quinientos, pegados a las casas; por medio de la calle, solo, pistola en mano, marcha el teniente coronel Escobar, el de la hermana monja.

Velos llegar, desde el balcón de la dirección general de Orden Público, Luis Companys: trajes color almendra tierna, botas negras, tricornos de charol, tercerolas terciadas, dedos en el gatillo. Los tiros por la ciudad y la benemérita subiendo del puerto hacia los sublevados por la calle solitaria de miedo. ¿Con quién están estos hombres duros? No hay teléfono. Llególe a España el aviso de que doscientos metros más arriba, en la plaza de Cataluña, están ya los rebeldes, fuertes en la Telefónica, dueños del hotel Colón, ¿del Paseo de Gracia?

La fuerza sube andando despacio con su teniente coronel en medio. La suerte de Cataluña... Ya avista el jefe al Presidente de la Generalidad, ya se cuadra y saluda, ya

sigue hacia arriba la Guardia Civil española.

Companys mira a Escofet y no le dice nada.

Frente a los cuarteles, cincuenta mil hombres hambrientos de fusiles. De los tejados a la calle, de la calle a los tejados, un enrejado de tiros porque sí. Por encima de la ciudad empieza a subir el humo de un incendio.

—Debe ser por la Diagonal —dice un chiquillo a otro.

—Sí, vamos allá.

Y salen corriendo hacia el fuego.

Por la plaza de Cataluña vuelan altas las palomas. En el arenal del centro, dos caballos muertos y otro que patalea los aires... Si hay quien cuente, llegan a veinte los hombres muertos repartidos un poco por todas partes, velados por las balas. Cuando desemboca la guardia civil no disparan más que los desesperados. Cinco minutos para tomar el Colón. Ni eso para la Telefónica. Sale del hotel, menudo, en mangas de camisa, dándole el brazo a un jovencillo, un hombre calvo, con barbita, el puñito en alto: don Jacinto Benavente, premio Nobel de Literatura.

Lledó, en su galería, charla con un vecino y amigo, profesor de dibujo en el Instituto Balmes.

—No le dé vueltas. Mucha de esta gente que anda por ahí a tiros no sabe por qué lucha. Yo, que lo sé, estoy en casa. Si a eso no lo llama usted cobardía... Y no me importa la muerte.

—No es cierto.

—Es posible. Si usted quiere, creo que no me importa la muerte. Pero esta gente la desprecia. La diferencia es fundamental. Yo no respondo del mañana, pero hoy, en la borrachera de la revolución, son héroes. Esta noche leía a Vauvenargues...

—¿Esta noche leía usted a Vauvenargues?

—Sí, mi estimado amigo, y se lo doy como una prueba más de mi pusilanimidad.

—Y, ¿qué decía el amigo Vauvenargues, a quien no tengo el gusto de conocer, aunque me suena?

«*Ce n'est pas á porter la faim et la misère chez les étrangers qu'un héro attache la gloire, mais á les souffrir por l'Etat; ce n'est pas à donner la mort, mais a la braver*». Estos que oye usted luchan, en su mayoría, porque sí. Porque se lo pide el cuerpo y la sangre. Hambrientos de gloria. Sí, no me mire usted así, mi ilustre amigo. El portero acaba de contarme que esta mañana no sé quién se ha hecho con una barricada defendida por no sé cuanta tropa, mucha, en el Paralelo. Y que los

asaltantes no eran más de cien. Los españoles nunca hemos sabido ser muchos. Y Barcelona no es el Amazonas. La gente vale por buena y no por mucha.

—Sí, y la parte iguala al todo.

—Me alegra oír esto de un profesor de dibujo. Cuando somos muchos no hay quien nos aguante. Tendemos siempre hacia la fracción.

—Y la facción.

—En el trozo está el gusto. Todo lo español es desmedido, como sus escritores. Acabamos siempre en trozos. Sí, en trozos escogidos. Hechos trizas.

Acércanse a las cristaleras. Sube el humo lento.

—Quieren vivir la revolución y morirse. La revolución para ellos solos. A lo mejor los comunistas tienen razón. Pero yo, mi querido dibujante, y que no se le olvide, yo: un cobarde incapaz de sacudirme la broza que me recubre...

La gente que acompaña a García Oliver por la Ronda de San Antonio se ha acrecido; algunos llevan terciados o tumbados hacia la nuca cascos del ejército, otros apretujan máusers entre las manos, otros lucen correaes nuevos. Todos sonríen sin saberlo. Fuerzan el paso.

Al llegar a la calle de Muntaner, caen como moscas; refluyen como agua vertida, hacia los portales. Los relojes, unos tras otros, dan las doce.

Una criada en un portal, un cazo de leche entre las manos, pregunta: Pero ¿qué pasa?

3. Siesta y atardecer

Suena el teléfono en el despacho de la Consejería.

—Quisiera hablar con el general Aranguren. —Pásanle el auricular al jefe de la Guardia Civil.

—Aquí habla el coronel Moxó. De parte del general Goded a ver si se puede arreglar esto.

—Aquí está el Consejero, puede hablar con él.

Al otro cabo de la línea cuelgan, sin más.

Dos horas resisten los facciosos en el restaurant Patria. Pasado este tiempo se rinde la tropa. Algunos oficiales disparan desde los salones reservados. Por el centro de Barcelona sólo quedan pacos.

En la avenida de Icaria, los obreros del puerto y los voluntarios de Pueblo Nuevo, a las órdenes de González Cantos, disparan contra el cuartel. En el zaguán de una fábrica de yute se reúnen a deliberar los responsables.

—Hay que entrar por la puerta. Inútil probar por otra parte. Y delante de la puerta hay dos ametralladoras bien parapetadas. Ellos no saldrán, pero nosotros no entramos. Y hay armas y cañones dentro. A ellos los cañones no les sirven para nada. ¿Adónde iban a disparar? Pero para nosotros son la llave. No habrá edificio que resista. Para ellos bombardear la ciudad sería tan tonto como tirar al mar. Hay que ir por ellos. ¿Cómo?

—Nos han matado a veinte y herido a más de cincuenta.

La avenida es ancha, y las ametralladoras la barren toda.

—Y tiran bien.

—Sí, oficiales y señoritos de Falange.

—Habría que hacer una barricada e irla adelantando: ganar terreno.

—Lo malo es que no hay casas que los dominen.

—¡Toma, si no nos propones otra solución! ¡Podríamos construirlas! ¡Nos ha fastidiado!

Cecilio Puche, un capataz del puerto, lanza un ajo y explica:

—En el puerto acaban de descargar una balas de papel para *La Veu de Catalunya*. ¡Vaya trinchera de cuatro pares de micos! («*La Veu*» es el periódico de la Lliga).

Chilla las órdenes oportunas.

—¡Traed también las carretillas! —exulta Puche.

En el centro de la avenida, un muerto, un muerto espatarrado; un poco más a la

derecha, un caballo con la misma suerte; entre los dos, un máuser. Los que no tienen arma lo miran desde los portales y las esquinas, pero nadie se atreve: doscientos metros más arriba, las ametralladoras fascistas que no se encasquillan. En las bocacalles, los obreros se colocan al milímetro de la enfilada de las balas. Las esquinas se han quedado de piedra y ladrillo desnudo; por el suelo pelladas de yeso y astillas del cornijal. Tras la fila llegan algunos curiosos pertrechados con prendas de victoria de otro cuartel.

—¡No empujar!

Los pies de los asaltantes marcan la trayectoria de los proyectiles.

Rafael Serrador lo mira todo con las manos en los bolsillos. Nadie dice esta boca es mía. Alguno saca una gorra, en la punta de un palo. Diez centímetros más allá de la cantonada silban las ráfagas. Parece que las calles se han hecho para pelear y el hombre para la guerra. De cuando en cuando, un mozo se decide a pasar la mano y descargar el arma a la buena de Dios. Un viejo deja su escopeta de dos cañones descansando contra la pared; siéntase en los suelos, su espalda en el muro; saca una fiambarrera, ábrela; sale a relucir una espléndida tortilla y luego un regular cacho de pan que traía, por otra parte, envuelto en un periódico.

—¡Ale, ale! —jalea uno.

—No seas bobo, ya cenaremos todos en el Ritz —contesta otro.

Al lado del viejuco va a sentarse un joven a quien Rafael conoce del Victoria. Responde por el Vago. Alto, bien parecido, aceitunado, con el pelo largo, mejillas hundidas y barba dura, blanquísimos dientes entre los labios finos y sin color, mozo, viste con garbo un traje de buen corte y ajado, desflecado en muñecas y tobillos. Vio a Serrador, saludóle como siempre con un frío:

—¡Hola!

—¿Qué haces por aquí?

—¡Pues ya ves: ver!

Madrileño de Santa Rita como él mismo se dice, gusta de hablar seco y tajante.

—Mira, hijo —solía dictaminar en tabernas y bancos, con aire insolente y condescendiente—, siempre se es el burgués de alguien. Pues bueno: a mí no me da la gana de ser el burgués de nadie. Todo Cristo vive del moquillo de otro. Yo no. Y para eso no hay dos caminos, sino uno: no hacer nada. Pero nada, ¿eh?, nada. Ni trabajar, ni pensar. Vivir, lo que se llama vivir, y ya está bien; tomar el sol; comer, si hay quien te lo dé, y dormir. ¡Y punto! El sol y el sueño no te lo quita nadie. El comer...

Le echó un ojo a la tortilla del vecino.

De niño le habían enviado a un colegio del Escorial, porque la familia tenía sus posibles; ya por entonces se negó a estudiar. «Me enseñaron a leer por sorpresa, ¡que si me entero!»... «Lo malo es que no se puede desaprender. Me enrabio cuando leo

un letrado y lo leo sin darme cuenta».

Fugóse a los diez años con un compañero suyo algo mayor; le tocó, por suertes, al correo de La Coruña. A medio camino los descubrió, bajo los asientos, una inglesa en mal de bandoleros, y el revisor los entregó a la Guardia Civil. Estos, por seguir la costumbre, los tundieron, a pesar de que nuestro héroe vociferaba a voz en grito:

—¡Mi tío es capitán! ¡Mi tío es el capitán Fuentes!

Por si acaso se los llevaron al llamado superior, que servía en Madrid. Quejóse el niño de la paliza; felicita el bellaconazo a sus subordinados y devuelve los polizontes a sus respectivos hogares. La madre de nuestro mozo es viuda liviana, amiga de garatusas para el cortejo: por entonces un mequetrefe chisgaravís a quien molesta el mirar desvergonzado del jovenzuelo. Una tarde en que el niño sorprendió miradas particularmente brillantes, fue a por una rana, premeditadamente aprisionada, y con grandes cuidados la introdujo en la amplia cama maternal. No le dijeron ni pío, pero le volvieron al colegio. Vigilábales allí, por la noche, un hermano carinifino que mostró inmediatamente ciertas preferencias por nuestro amigo, y éste, que ya por entonces sabía más que Lepe, se dejó mamolear, de tal modo que pasó a ser el más regalado; hasta el día en que el hermano quiso cobrar sus buenas acciones en algo más que tentarujas. Esa noche famosa clavóle el mancebo un tenedor en la mamila derecha. Nada dijo el pederasta, pero no pudo resistir nuestro joven las miradas airadas o de dulce reproche del mamacallos y a los tres días de su acción casi homicida fue otra vez hacia la estación. Su primera aventura le había enseñado a desconfiar de las clases distinguidas, así que esta vez escogió un sotabanco de tercera. Llegó a Gijón. Descubrió el mar, los puertos, la polifagia. Le chocó ver a las mujeres fumar en pipa y ese mundo de hule mojado: las brumas, el calabobos, los vientos húmedos, la niebla. Correteó por los muelles, hizo amistad con un galopín: la cosa era embarcar, que el destino lo de menos. Para comer enrolló velas, recogió redes, ayudó a llevar la sardina al tinglado. Sentado en la escollera le pescaron los civiles. Tozudo como mulo, dióle a la cantinela: «Mi tío es capitán», con superior resultado. La pareja pensó que, a lo mejor, era verdad, y como se trataba de un «*reclamao*» se contentaron con esposarle. De la estación del Norte fueron a ver al tío famoso, dieron con él, y éste, harto del sobrino, lo negó. Pusiéronse farrucos los hombres:

—¡Denle, para que se acuerde de quién es su tío! ¡Y vaya si me dieron! A mí me han pegado bastante en esta vida, pero como aquélla... ¡Aún se me ven los chirlos!

Mandáronle a Santa Rita:

—Los años más felices de mi vida. Hice una cantidad de burradas prodigiosas, me pasé en el calabozo la mayoría del tiempo, sin haber hecho ab-so-lu-ta-men-te nada. Luego mi madre me compró una perfumería, para darme un quehacer. A los cuatro días había regalado todas las existencias. Era en Argüelles; creo que todavía se acuerdan. Se armaron unas trifulcas bárbaras, hasta maridos en mal de amores...

—Lo que soy es un caballero; sí, hijo sí; nada menos que todo un caballero. Un señor. De verdad. ¿Qué soy un vago? Bueno. ¿Y qué? ¿Me meto con alguien? ¿He *faltao*? ¿Qué no trabajo? ¡Y a mucha honra! Como un poco menos que los demás, y en paz. Yo no comprendo cómo se puede vivir explotando a sus semejantes, ni cómo pueden vivir los que se dejan explotar. Todo eso no es más que falta de dignidad humana. Que hagan lo que yo: ¡tumbarse a la bartola! Ni aguanto, ni mando: me sostengo.

—Pero ¿y el mundo? —le objetan.

—¿El mundo? ¿Qué, que se hunde? Pues: ¡buen viaje!

El vago miraba la tortilla y a su feliz poseedor:

—Hace dos días que no he comido, compañero...

El viejo le miró:

—¿Te lo has *ganao*?

—¿Qué quieres decir? Yo no gano nunca nada. ¡Estaría bueno!

—¿Qué si has *zumbao* bien?

—¿Para qué?

—¡Puño!, ¡pareces zurumbático!

El viejo se llama Fermín: sin afeitar, salpimentadas las mejillas hondamente marcadas por la intemperie. Toca una gorra afelpada, a pesar del mucho calor; reviste camiseta rosicler y pantalón de pana, calza alpargatas: gitano de Pueblo Seco, de los de la falda de Montjuich.

—¡Un cacho, hombre!

El cañí de la tortilla le mira con los ojos pícaros.

—¿Chanelas aquello? —le dice con la boca llena y señalando con el pulgar el cadáver, el caballo y el fusil.

Sobre la cabeza del muerto hay ahora un enjambre de moscas, y una mancha negra va ensanchándose por el polvo, bajo la cabeza vuelta hacia la tierra.

—¡Anda a por la escoba, y hacemos feria!

Todos han vuelto la cabeza interesados en la conversación. El Vago se acaricia la barbilla.

—¿Diquelas o no? —insinúa el gitano.

—¡Pa'luego es tarde!

Se levanta nuestro hombre, párase un momento en la esquina, lanza un ojo y da el salto. Tíranle, cae el atrevido con el caballo por talanquera. ¿Le dieron?

—No —asegura el viejo—. ¡No se te vayan a ir las aguas!

Ya se levanta tras el caballo y se acerca a por el máuser, se agacha, lo recoge y vuelve los diez metros que le separan del callejón sin que le disparen más que luego. Límpiase las rodilleras con ahínco.

—¡Se debieron creer que salías de la tripa del rocinante!

Le da el arma al viejo farolero, y pónese a comer con gran comedimiento.

—Puedes quedarte con el palo —le dice Fermín por el arma.

—¿Yo? ¡Vamos, anda!, ¿por quién me has *tomao*?

Rafael no se puede estar quieto, da la vuelta a la manzana. Del puerto llegan las balas de papel. Tráenlas en carretillas. Amontónanlas primero en la bocacalle. Todos los cargadores se hermanan en el sudor que oscurece camisetas o abrillanta desnudos.

«¿Por qué había de luchar yo contra estos que son los que quieren algo? No quieren que manden los ricos aunque se hunda el mundo. ¿No es suficiente? Creen que lo van a conseguir mañana. Eso era ayer, y hoy es mañana. A los Salomares les gusta el ayer, la muerte y los catafalcos. A uno, cuando está solo, le gusta la muerte, el recuerdo. ¿Qué remedio? Y éstos, hagan lo que hagan, lo hacen por vivir, y eso les salva siempre. Lo que importa de las cosas no son las cosas en sí, sino el porqué se hacen. Espinosa me diría que lo que importa es hacer las cosas que se deben hacer y... ¿De qué me quiero convencer?».

—¡Eh, tú, papamoscas, echa una mano!

Es a él, por las bobinas. Pónenlas primero a lo largo de la pared de la fábrica de yute, que forma ángulo recto con la avenida. Luego las van empujando hacia el centro de la calle segada por los rebeldes; cuando éstos ven aparecer aquello, sin darse cuenta de lo que es, fríen el papel a balazos. No hay proyectil que atravesase un carrito de papel de periódico. No todo fue coser y cantar; a veces los rollones se torcían y había que enderezarlos con peligro de servir de blanco. Una hora costó el tenerlos puestos a lo ancho de la avenida. Cupieron unas treinta bobinas: dos heridos leves. EL ardor de los obreros, a quienes había venido a sumarse una compañía de guardias de asalto, era prodigioso.

—Arma nueva, vida nueva —jaleó González Cantos.

Y el sol por montera, derritiéndose.

—Tres hombres por bobina —decretó González Cantos—; detrás de cada una dos hombres armados, de los que tengan fusil. ¡Hola! —le dijo a Rafael cuando lo apercibió (no lo había vuelto a ver desde que le echara con cajas destempladas del bar)—. Ponte ahí, a empujar. Y tú, y tú.

Se trata de apuntalar, de resistir, de empujar en línea recta, sin desviarse, bajo peligro de balas. «¿Qué pesa ese rodillo de papel?». Tendidos a lo ancho de la calle aparecen como una enorme apisonadora. De la estación de Francia, los pitidos de las locomotoras: la huelga general no ha sido decretada a la misma hora en toda Cataluña, y llegan todavía algunos trenes. Los viajeros se apelotonan en el andén y en el vestíbulo. Las cristaleras estrelladas por impactos.

—¡Esto es el copón!

Baja la cabeza, los brazos tendidos, las manos abiertas al no se puede más, toda la fuerza hacia las palmas.

—¡Aquí no hay que echar una mano, sino las dos! —dice un gracioso.

Lo que importa son los hombros, y afianzar bien los pies. Serrador se siente atlante. «Pensar es una cosa gris y triste, quieta y melancólica, un recuerdo. Recuerdos de la familia. Empujar, cargar, tirar, llevar, moverse, hacer fuerza: eso es vivir. Pensar es defenderse contra la vida y contra la muerte. No hay otro olvido como el de hacer cosas: crear movimiento, empujar». Que el de la derecha no empuje más que el de la izquierda: para eso está el de enmedio. Las sacudidas de las balas penetrando en el papel no se notan; un ligero aire, sí, una ráfaga de ametralladora lo rasga de lleno; cuando los agujeros le llegan a uno a la mano, un metro más adelante, están todavía calientes.

Los rebeldes no tienen piso ni azotea a que subirse para parar la avenida del fantástico dique rodante. Las paredes, demasiado altas, que rodean el cuartel se lo impiden. El muro, acribillado, está en los huesos. Rafael Serrador piensa en los fascistas que se le enfrentan y que ven llegar aquello como la fatalidad. Se emperran en tirar. Serrador no piensa que podría estar enfrente, que debiera estar enfrente; no le cabe en la cabeza. Hieren a alguno en la mano, a otro en el pie y en el tobillo; atraviésanle la cabeza a uno que anda por el centro de la calzada, da un salto al aire: el rollo habíase corrido por una depresión, bache imprevisible, y al quererlo detener, el hombre pasó la cabeza por sobre la trinchera. Amén. Sube ahora la avenida una ligera pendiente, alguno no puede con ella y se queda atrás. Una de las bobinas da, de pronto, media vuelta, por darle a destiempo el empujador de la izquierda. A ochenta metros de los facciosos queda el esforzado a descubierto. Pónenle como espumadera: pero el hombre se está firme cubriendo con su cuerpo el de sus compañeros, dándoles tiempo de guarecerse. Abandónase el improvisado tanque, queda de perfil, como una boca de cañón niño, terrible, de madera y papel. Tras la barrera que forman los restantes, más de mil hombres se arrastran por el empedrado, protegidos por la extraordinaria albarrada ofensiva. Van delante los que no tienen armas y las huelen en el cuartel. Al sol, desde arriba, Dios debe verlos culebrear como lagartos. Si no hubiese el trueno de la pólvora se oiría el rozar de tanto cuerpo humano contra la piedra.

—¡Se van a poner buenos!

De pronto, al principio no se sabe de dónde, un altavoz de radio lanza atronadora su voz rayada: un vals, y en seguida a los tres segundos, una sardana. González Cantos ruge, brama, completamente fuera de sí:

—¡Callarse, coño, callarse! ¡Qué esto es una cosa seria!

Apágase la música.

Han aparecido unas bombas de mano. Deben haberlas traído ahora mismo, porque son los últimos asaltantes los que las tienen. Las van pasando a los que les preceden, sin dejar por ello de arrastrarse.

—¡Pásalo! Son de Atarazanas.

Las bombas suben como una marea, y el rumor de su procedencia. (Noticia falsa: Atarazanas no se tomará hasta el día siguiente). Cuando las bombas de mano llegan a los primeros las bobinas están a treinta metros de la barricada fascista.

—¡Para! ¡Para!

Y saltan por encima de la talanquera. El muchacho que ha pasado por sobre Serrador se alabea hacia atrás, la bomba en la mano derecha, codo izquierdo a los aires; rásgale una cintura de sangre quitándole fuerza, lanza la piña al aire, pero ya el brazo muerto no alcanza lo previsto: explota el artefacto al exterior del reducto rebelde. Pero han surgido veinte, sorbidos por la proximidad del enemigo y lanzados por el arma nueva; dejan atrás las rodelas de papel, corren frenéticos al asalto, dando muerte por tiempo. Síguenles cien más. González está frenético:

—¡Coño, que esperen! ¡Coño, que esperen! ¡No perdíamos ni un hombre!

Pero ya las ametralladoras son del pueblo. El portalón del cuartel forzado, por los patios se rinden los oficiales asombrados. Riñen los hombres por acercarse a tocar una batería del siete y medio.

—Esta vez vamos a ganar —dice González a Serrador—. Esta vez va la vencida.

No se lo acaba de creer y, ante la sorpresa de todos los que le conocen, empieza a bailar como un salvaje, dándose de puñadas en el pecho. Los que no chillan se abrazan llorando:

—¡Tenemos cañones! ¡Tenemos cañones!

Los guardias de asalto intentan, por las buenas, apartar a las gentes de las piezas. Un viejo de melena besa la boca del cañón. De los muertos nadie hace caso. Crece todo un bosque de fusiles, y en las manos hambreadas los dientes agudos de los cargadores.

El teniente Giménez Labrador, que manda los de asalto, reconoce las piezas: sólo una está en condiciones de disparar. Empújansela hacia afuera guardias y obreros. Peléanse por ello. De cuando en cuando, la cureña ara el suelo y frena la marcha. La munición se lleva a brazo; quién trae un proyectil como si fuese un niño, quién dos bajo los brazos, como colmillos de elefante.

—¡Durruti se ha hecho con el Parque de Artillería!

—De ahí provenían las bombas.

La tarde empieza a madurar.

García Oliver baja por las Ramblas.

—Era un golpe militar y no una revolución. ¡No tienen a nadie! ¡Más claro, agua! ¡A nadie! ¡El fascismo en España, ni Dios!

Capitanía, Gobierno Militar, Aduana, Casa de Italia, Atarazanas: la cabeza viviseccionada de la rebelión, sigue resistiendo.

—¿Disparan por la calle Ancha? ¿No? Bueno, tú, Ortega, ve a ver a Guarner; sí, al teniente coronel. No pongas esa cara. Y le pides un tanque de gasolina. ¿Me oyes? Un tanque con su manguera y todo. Y lo traes por Aviñó a las espaldas de Capitanía. Y tú —le dice a otro—, a por unas botellas de inflamables.

—¡Menuda rociada! —se alborozaba uno.

El cañón ha llegado a la plaza Palacio. Dan con él la vuelta a las Siete Puertas y lo asestan contra Capitanía.

A las cuatro de la tarde, el general Goded llama por teléfono al consejero de Gobernación.

—Mire usted —le contesta éste— ¡o luchar, o darse por vencido!

—Está bien, todo es inútil. Pero que sea la Guardia Civil la que venga por mí.

El comandante Pérez Farrás va por el general Goded, al mando de la Guardia Civil. Lo conducen a la Generalidad. Bastaron dos cañonazos y desconchar esquirlas de la fachada. Por detrás del edificio llega García Oliver con la gasolina, pero sin tanque, en bidones, y tarde. Se la reparten los vecinos de la calle, que ya salen a los portales y a los balcones. Entra la gente atorbellinada en Capitanía. Rafael Serrador ve salir, a contracorriente, entre la turbamulta, a Luis Salomar, desnudo de medio cuerpo para arriba, gesticulando como el que más. Lo ve desaparecer inapercibido.

Corren por la ciudad los calofríos del triunfo, empiezan a circular coches y camiones repletos de obreros y obreras, soldados con el puño o los puños en alto, chillando. No hay tranvías —no hay corriente eléctrica—, no hay gasolina, los cafés están cerrados, en la plaza de Cataluña hay caballos muertos. Pero el aire se ha vuelto gozo. Van y vienen, únicas campanas de la ciudad, las ambulancias. Empiezan a quemarse iglesias.

—¡Qué quieres! —dice uno—. ¡Se ven más que los bancos, y arden mejor!

Ni una tienda desvalijada, ni un robo, ni un ultramarinos asaltado, ni un desmán en la ciudad delirante.

Cerca del puerto, en las proximidades de los edificios que todavía resisten, se han abierto unos bares y cafés y la gente bebe lo que encuentra a mano.

Un campesino andrajoso busca ahincadamente a «los responsables». Acaba por encontrar a Durruti.

—¿Qué quieres?

—Un vale para que me den una vaca en el pueblo.

Se lo da.

Un poco más arriba, en lo que hasta ayer fue un dancing para uso de señoritos, la gente amontonada bebe jerez y champaña. Está puesta la radio. Hace un cuarto de hora que repiten el discurso de Goded, rindiéndose. Ahora lo corean.

—Podían haber puesto el de Companys del año treinta y cuatro —dice uno—. Por lo visto los que pierden y no saben morir tampoco tienen mucha imaginación.

—No se muere por dos caminos —le contestan.

—El que juega, pierde y no paga, ya sabes cómo se llama.

—Eres burgués y contrarrevolucionario. ¿Bebes?

España se desespera en el teléfono, ya restablecido.

—¡Que se haga cargo Guarner de los cuarteles! ¡Que se haga cargo Guarner de los cuarteles!

—¿Para qué? Los que se han tomado están en poder del pueblo. Los otros...

—Que se reúnan las fuerzas.

—¿Qué fuerzas?

—La guardia civil, los de asalto...

—No hay quien dé con ellos. Se han fundido con el pueblo. Se han deshecho las formaciones. Han dado la guerrera a uno, la gorra a otro. ¡Cualquiera sabe dónde han ido a parar los tricornios! Como estaban subdivididos en grupos de doscientos o trescientos, se han disgregado. Cuando han querido darse cuenta, sólo había pueblo.

—¿Quién va a responder del orden?

—Hay treinta mil fusiles por la calle.

—¿Quién los controla?

—¡Ellos! Por otra parte, Guarner tiene seis o siete mil mosquetones.

—Presidente: hemos vencido NOSOTROS la rebelión. Y no sabemos lo que se nos viene encima. Yo, como responsable del orden, como consejero de Gobernación, dimito.

—¿No tiene usted confianza en el pueblo?

—¡No es ésa la cuestión, Presidente! Yo tenía esta mañana el poder en la mano, y ahora está en la calle. Sin razón.

—España, el vencedor de hoy es el pueblo.

—El vencedor es el gobierno, Presidente. Reitero mi dimisión.

—No la acepto.

—La cuestión ahora es Zaragoza —dice Durruti.

—Mallorca —indican desde la Generalidad.

—Ya veremos.

En la calle del Este la noche sube de los adoquines hacia los tejados. Rafael Serrador se acerca a un grupo donde se discute recio.

—¡Te digo que no! ¡Es una vergüenza!

—¿Qué pasa?

—Han cogido a uno que se fugaba de Atarazanas.

—Uno de Falange.

—¿Aún no lo han picado?

—Este quiere hacerlo cantar antes. Debe saber dónde tienen el fichero.

—¡Y a mí, qué! —contesta un gigantón con la camisa rota y los brazos sucios—. ¡Y a mí!, ¿qué? ¡Así supiese dónde tienen el oro y el moro! ¡Tente un poco de respeto, cojones! ¿Para eso vamos a hacer la revolución? ¿Para hacer cantar a los presos igual que si fuésemos policías? Pero ¿por quién nos has *toma*o? Nosotros respetamos la voluntad de los individuos. ¿Qué ha dicho éste? ¿Qué no sabe? ¡Pues no sabe o no quiere decirlo! Está en su derecho. Cada uno es libre de hacer lo que le dé la gana.

El prisionero es un triste desgalichado con las ojeras amoratadas de miedo.

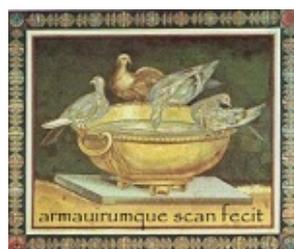
—La dignidad del hombre, ¿me oyes?, ¡la dignidad! Nosotros nos batimos contra las palizas, contra la policía, contra los papeles, contra los contratos, contra el soborno. ¿Y quieres sonsacar, hacer cantar un preso? ¿Ha perdido? ¡Qué se muera! ¡Pero decentemente, sin chivarse!

Saca un pistolón, un Colt tremebundo y le levanta la tapa de los sesos a la mosca muerta.

—¡Así, para que aprenda cómo somos nosotros de libertarios!

Caía la noche, subían los tiros.

COLMO



1. Noche

No hay luz eléctrica en Barcelona. Ni luna. Sólo tiros e iglesias ardiendo. La gente por la calle va de un incendio a otro. Intentaron salir los bomberos, pero el pueblo cortó las mangas. Se consumen las iglesias, pero no la Catedral, ni el monasterio de Pedralbes. Lo gótico no se quema, es el único orden que le impone al pueblo. Barcelona a oscuras pero con bastantes iglesias para poder andar por la ciudad, con el trágala de las caballerías muertas y los tiros de los fascistas confortablemente instalados tras su balcón, asesinando a mansalva. Un millón de habitantes sin más luz que gigantescas antorchas. Todos los templos se parecen ahora a la Sagrada Familia, y Barcelona huele a chamusquina. Largos ramos, pobladísimas lenguas de chispas por lo negro, negro de la noche; y los humos contra las estrellas. La gente callada, de una estación a otra, con su sentido trágico de la vida en los bolsillos, esperando el milagro; dándose cuenta de que nace un mundo nuevo, que puede morir en cierne, como otras tantas veces en este mismo lecho; pero todos husmean el parto; y, barruntándolo, nadie dice nada: óyese sólo el crepitar del fuego. El fuego hacia los cielos y la ciudad negra con heridos por los portales y asesinos por los tejados. Se ven las panzas del humo a la luz de las llamas, no las espaldas, ni la altura.

Rafael Serrador, apoyado en una farola, mira cómo se abrasa la iglesia del Carmen. No se le alcanza, en su nueva vida, por qué destruyen e incendian, por qué no lo guardan para sí. Le duelen las llamas. Ya ha preguntado a veinte por qué queman, y todos se han alzado de hombros. Sin embargo, algo les mueve.

Pegado a una de las puertas divisa un viejo al que cree recordar; mirando cómo sacan las imágenes y hacen una gran falla; síguete con la vista, no le suelta y se le acerca.

—¿Por qué queman?

El vejete le mira y le dice confidencialmente:

—¡Chist! Hay que empezar siempre por el coro. Siempre.

—¿Por qué?

—¡Ahí está el meollo! —y mirándole fijo a los ojos—: Si no, son capaces de volverse a sentar allí.

El hombre se lleva a Serrador Ramblas arriba:

—Ven.

Le hace subir a la terraza del edificio de *Las Noticias*. Desde allí se descubren diez o doce incendios.

—¿Ves tú, pequeño? De cuando en cuando hay que quitarse las chinches de encima y desinfectar el ambiente. Yo he sido mozo en la escuela de Ferrer, ¿sabes? ¡Aquel sí que era un hombre! Ya sabían lo que se hacían cuando lo fusilaron. Esta va

a ser tan sonada como aquélla. ¿Crees que queman por quemar? ¡Pues no! Se mata lo que se odia. Se quema por purificar y salvar la vida: para ahuyentar los malos espíritus y rehabilitar la tierra. En el mundo hay dos cosas puras y hermosas: el fuego y el desnudo. ¿El arte? Historias y engaños bobos. ¡Dímelo a mí! Fabrico vírgenes del siglo XVI. Los burgueses, los comunistas; creen que quemamos por destruir, que robamos para enriquecernos. Aquí cuando un niño es malo le dicen: eres peor que un ravachol. ¡Asquerosos! Lo de Rayachol es por un tranvía de Valencia, que descarrilaba con frecuencia y mató a unos cuantos. No viene a cuento. Quemamos para salvar y hacer tabla rasa; y cuando ha hecho falta robar es que hacía falta para vivir. Ya sé que no sé quién eres, pero me es igual.

El viejo estaba completamente ido y mirando la ciudad, lloraba. «¡Ferrer santo! —musitaba— ¡Ferrer santo!». De pronto se volvió rápido hacia Serrador y le dijo tajante:

—¡Porque si no las queman, volverán!

—¿Quiénes?

—Curas y diablos.

Rafael bajó otra vez hacia el puerto. Anduvo hasta la «Buena Sombra», convertida en cuartel del asalto a Atarazanas. Reinaba un barullo tremendo. Se sentó en un rincón al lado de un librero de viejo y de un vendedor de biblias protestantes.

—Mira —decía el más viejo—; la cosa no puede ser más sencilla. Aquí estamos los que no creemos en Dios y enfrente están los que creen. Y nada más. Huelgan otras explicaciones. Cuando deje de haber curas dejaré de haber ricos.

—Mira, Ambrosio —dijo Serrador—, más bien creería lo contrario.

—¡Tú qué sabes, mocoso! Aquí la nada, y ellos con Dios. ¡Imponente! (Era su bordón). ¡Imponente! Claro está que lo grande es que, para los que husmeamos la verdad, pelea la nada contra la nada, pero eso se queda para los escogidos.

—Sí —dijo el vendedor de biblias—, hace siglos que nos quieren romper la crisma en nombre de Dios.

—¡Y lo que te rondaré, morena!

—Yo —dijo Serrador— creo que aquéllos creen en lo que tienen, y que son ustedes los que creen en Dios.

—¡Imponente, mocoso, imponente! ¿Me vas a querer dar lecciones a mí? Nosotros creemos en el hombre.

—Es lo mismo —dijo condescendiente Rafael.

—¿Cómo que es lo mismo? Aquéllos creen en Dios porque le tienen miedo al hombre, y Dios es buen comodín.

Rafael le pregunta al propagandista protestante:

—¿Cómo vendes biblias siendo ateo?

—Si creyese en Dios, las regalaría. A mí no me engaña ni Dios —le responde

guiñando un ojo y descubriendo unas encías sin más diente que un incisivo amarillo y gris oscuro, mitad por mitad.

—Yo tengo publicado un libro —encadena el librero—, donde demuestro que todas las calamidades nacen de la creencia en Dios. Con más de doscientas citas y prólogo del conde de Tolstoi.

—¿Te lo mandó él?

—¡Lo recorté yo!

El café concierto puede apenas con su oscuridad a pesar de las dos o tres docenas de bujías repartidas en mesas, mostrador y escenario. El camino de la bodega estaba libre y el bombo desfondado con una vela en el parche.

Alrededor de una mesa discutían varios hombres de la FAI.

—La ciudad es nuestra de arriba abajo.

—¿Y la Esquerra?

—¿Qué es la Esquerra sin nosotros? Ya se vio hace dos años.

—¿Y los de la UGT?

—Eso es otro cantar. Pero no nos vengan con monsergas, ellos no son nadie aquí, ¡nadie! Aquí mandamos nosotros. Y en Zaragoza, y en Sevilla. Y en Valencia, si me apuras. Referente a Madrid y Bilbao, ya hablaremos.

—¿Tú crees que vamos a tomar directamente el poder?

—Ya resolverá el comité. Yo creo que no. Esta no es «nuestra» revolución: es la de las derechas. Ellas lo han querido, ¡allá ellas! Pero por eso mismo no podemos perder las apariencias republicanas. Nos ha llegado la hora de salvaguardar las esencias liberales y democráticas. «*Allons, enfants de la Patrie...*».

—¡No fastidies!

—Sí, hijo: ¡y viva la Constitución!

—¿Qué se sabe de Zaragoza?

—Nada. Yo siempre dije que el secretario de la Federación...

—Parece que allí empiezan a fusilar gente.

—Vosotros diréis lo que queráis, pero si no es por la guardia civil y los de asalto, ¡ya quisiera yo ver dónde estaríamos a estas horas!

—¿Y la tropa sin nosotros?

—Eso es harina de otro costal. Pero vamos a ver lo que hace la Confederación en Zaragoza y Sevilla.

—Dependerá un tanto de los gobernadores.

—¡Che, callarse! —dijo un valenciano en la oscuridad—. Hemos luchado todos por la revolución, y ahí fuera todavía quedan cuarteles que tomar.

—Sí, bueno. Hoy la Guardia Civil ha estado con nosotros, pero ¿y mañana? Lo que hay que hacer es disolverla. Y en seguida.

En otro local, el del PSUC, Vidiella y Comorera abonaban en el mismo sentido.
—Hay que formar Comités de Obreros y Campesinos.

Companys, después de consultar con unos y otros, formaba el Comité Central de Milicias.

—¡Se hunde la legalidad republicana! —clamaba por los gloriosos patios de la Generalidad un importante burócrata, de la Lliga—: ¡Eso es crear el poder revolucionario por decreto!

—¿Y quién se lo ha buscado, monín? —le contestaba un ordenanza.

Siguen subiendo hacia los cielos oscuros las abullonadas columnas de color rojuelo, salpicadas de pavesas brillantes.

Rafael Serrador vaga por las calles tropezando con las gentes y sintiendo los lazos que le unen con los hombres, y como cogido en una red de la cual él fuese una de las mallas, una de las hebras de la noche. Por la plaza del Pino pasea un hombre completamente desnudo, gritando:

—¡Viva el Sr. Kneipp! ¡Viva el Sr. Kneipp!

Un mundo salido de sí, un mundo sin madre. Apoyado en un canalón, Rafael Serrador piensa en el agua, un agua bárbara, ímpetu bronco, raudo, tenaz, incontenible: como el de un toro de fuego, un arco iris de fuego, por encima de la ciudad vencedora.

2. Muerte

Para los que se hayan podido interesar, si a tanto me atrevo, por los personajes y personajillos de esta verídica y nada divertida galería, doy, a fin de ahorrar páginas, la lista de sus destinos tal y como me los cuentan hoy, 17 de agosto de 1939.

RAFAEL LÓPEZ SERRADOR murió, a los ocho días del capítulo anterior, en el Hospital Clínico de Barcelona, de tifus.

DURRUTI, muerto en el frente de Madrid el 19 de noviembre de 1936.

ASCASO, muerto frente a Atarazanas el 20 de julio de 1936.

GONZÁLEZ CANTOS, muerto en el frente de Huesca el 8 de enero de 1937.

EL MAQUINISTA, muerto a consecuencia de las heridas que alcanzó en Pinto. Ignoro la fecha.

EL CHÓFER, muerto en el frente de Talavera el 4 de octubre de 1936.

JAIME FERNÁNDEZ, fusilado en Montjuich el 23 de febrero de 1937.

JOAQUÍN LLUCH, muerto en el frente del Ebro el 20 de noviembre de 1938.

AGUSTÍN ESPINOSA, muerto en el frente de Teruel el 25 de diciembre de 1937.

PEDRO RUBIÓ, muerto en el cuartel de Atarazanas el 20 de julio de 1936.

EL GENERAL ARANGUREN, fusilado por Franco a su entrada en Barcelona.

EL CORONEL ESCOBAR, fusilado por Franco a su entrada en Madrid.

EL CORONEL BROTONS, fusilado por Franco a su entrada en Madrid.

EL MAESTRO, parecido a don Quijote, fusilado por Franco a su entrada en Barcelona.

CECILIO PUCHE, capataz del puerto; la MADRE y la MUJER DE MARIANO, el mozo del almacén de don Enrique Barberá Comas; DON PISCIS y DESIDERIA, la esposa de EL GORDO, murieron a consecuencia de diversos bombardeos, en Barcelona.

MANOLO, el guardia civil, murió en el frente de Teruel el 16 de octubre de 1937. SEVERIANO está bueno, en Zaragoza.

En los campos de St. Cyprien y Argelés encuéntrase:

EL OTRO MAQUINISTA; DON FÉLIX, Barba Blanca; MARIANO, el mozo; EL JOVEN «SI ANTEAYER FUESE MAÑANA»; EL VENDEDOR DE BIBLIAS PROTESTANTES; JOSÉ REVERTER, el dencasiano; el ITALIANO, que ha servido en las Brigadas Internacionales.

En la cárcel de Barcelona están FEDERICO MORALES, el panadero; FERNÁNDEZ, el gallego.

En Francia están, exiliados, ESPAÑA, GARCÍA OLIVER, COMPANYS.

En México, JOSÉ LLEDÓ.

LUIS SALOMAR, después de ser condenado a muerte por los tribunales de la República viose conmutar la pena. Anda hoy por Barcelona, con JORGE DE BOSCH, que fue director de un museo republicano durante la guerra.

EL ANACORETA fue fusilado, por equivocación.

ATILANO FERNÁNDEZ desapareció.

EUGENIO SÁNCHEZ se refugió en Madrid, en la embajada de Chile; está hoy en Italia.

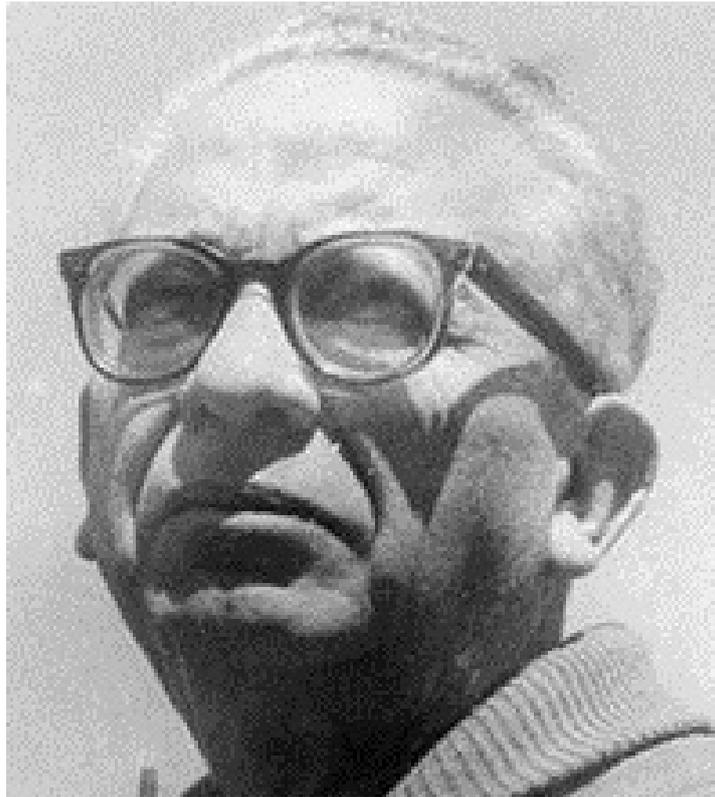
EL VAGO sigue por Barcelona, como DON ENRIQUE BARBERA COMAS, EL TÍO DE BOSCH, DON PRUDENCIO BERTOMEU, DON JUAN MANUEL PORREDÓN; DON JESÚS DE BUENDÍA Y O'CONNOR falleció en Suiza, naturalmente.

LA PLATERA de Castellón murió, hace años, de un cáncer en la matriz; EL PLATERO se casó, en justas nupcias, con MARIETA. Esta es la única que algunos sábados por la noche, cuando le llega la brisa del mar, se acuerda de Rafael López Serrador:

—¿Qué se habrá hecho?

A lo lejos ladra un perro.

París, mayo-agosto de 1939



MAX AUB MOHRENWITZ.(París, 2 de junio de 1903-México DF, 22 de julio de 1972). Escritor español de origen francés. Toda su obra la escribe en español, cultivando diferentes géneros: narrativa, teatro y poesía. Siendo un niño, su familia —padre alemán y madre francesa— se traslada a España por motivos de trabajo y en medio de la I Primera Guerra Mundial se establece en Valencia, donde Max cursa el bachillerato. Recibe una educación muy rica y cosmopolita y desde niño destaca por su facilidad para aprender idiomas. Al terminar sus estudios recorre el país como viajante de comercio y al cumplir los veinte años decide adoptar la nacionalidad española. Es famosa la frase de Max Aub: «se es de donde se hace el bachillerato». En los años 20 es afín a la estética vanguardista y gracias a su trabajo como viajante asiste a tertulias de Barcelona de los vanguardistas de la época. Durante esta época empieza a escribir teatro experimental: «El desconfiado prodigioso», «Una botella», «El celoso y su enamorada», «Espejo de avaricia» y «Narciso».

De ideas socialistas, durante la guerra civil se compromete con la República y colabora con André Malraux en la película «Sierra de Teruel». Al terminar la contienda se exilia a París, pero preparando su marcha a México le detienen y es recluido en diferentes campos de concentración de Francia y del norte de África. Gracias a la ayuda del escritor John Dos Passos, tras tres años de encarcelamiento consigue embarcar para México.

Se gana la vida gracias al periodismo, escribiendo en los diarios «Nacional» y «Excelsior», y también en el cine ejerciendo de autor, coautor, director, traductor de

guiones cinematográficos y profesor de la Academia de Cinematografía. En 1944 es nombrado secretario de la Comisión Nacional de Cinematografía. Durante estos años escribe «San Juan» y «Morir por cerrar los ojos» y estrena su obra de teatro «La vida conyugal» con gran éxito. Desde mediados de los 50 viaja por Estados Unidos y Europa pero sin poder entrar en España, desarrollando activamente en estos años su actividad literaria, periodística y cineasta. En 1969 por fin se le permite entrar en España y recupera parte de su biblioteca personal, que estaba en la Universidad de Valencia.

A su vuelta a México sigue con sus estudios de la figura de Luis Buñuel; posteriormente participa como jurado en el festival de Cannes, da conferencias por todo el mundo y, tras otro viaje a España, muere en 1972 en México.

Desde 1987 se entregan los Premios Internacionales de Cuento Max Aub, otorgados por la Fundación que lleva su nombre.